

Fábulas de Samaniego.



ED. "SATURNINO CALLEJA"

María

FABULAS EN VERSO

POR SAMANIEGO

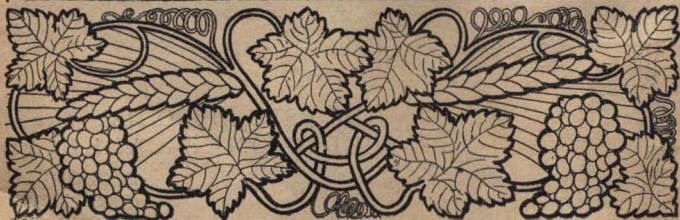
EDICIÓN MINERVA

DE ESTE LIBRO HAY TRES
EDICIONES CALLEJA:

ECONÓMICA
CORRIENTE
Y MINERVA



00022337



*Duplicado
del N.º 6.182*

EDICIÓN MINERVA

FÁBULAS

EN

VERSO CASTELLANO

POR

FÉLIX MARÍA SAMANIEGO

OBRA DECLARADA DE TEXTO
POR EL REAL CONSEJO DE INSTRUCCIÓN
PÚBLICA Y APROBADA POR
LA AUTORIDAD ECLESIAÍSTICA

DIBUJOS DE MARCO

**BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS**

EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA», S. A.

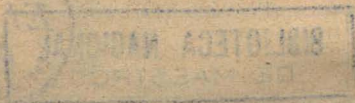
FUNDADA EN 1876

M A D R I D



120x160

RESERVADOS LOS DERECHOS
DE PROPIEDAD ARTÍSTICA



A LOS CABALLEROS ALUMNOS DEL REAL SEMINARIO PATRIÓTICO VASCONGADO

*Duplex liberi dos est: quod risum movet,
Et quod prudenti vitam consilio monet.*

(.PHEDRI FÁB.; PRÓL., LIB. I.)

¡Oh jóvenes amables
Que en vuestros tiernos años
Al templo de Minerva
Dirigís vuestros pasos!
Seguid, seguid la senda
En que marcháis, guiados
A la luz de las ciencias
Por profesores sabios.
Aunque el camino sea
Ya difícil, ya largo,
Lo allana y facilita
El tiempo y el trabajo.
Rompiendo el duro suelo,
Con la esteva agobiado,
El labrador sus bueyes
Guía con paso tardo;
Mas al fin llega a verse,
En medio del verano,
De doradas espigas
Como Ceres rodeado,
A mayores tareas,

A más graves cuidados,
Es mayor y más dulce
El premio y el descanso.
Tras penosas fatigas
De labradora mano,
¡Con qué gusto recoge
Los racimos de Baco!
¡Ea, jóvenes, ea;
Seguid, seguid marchando
Al templo de Minerva
A recibir el lauro!
Mas yo sé, caballeros,
Que un joven, entre tantos,
Responderá a mis voces;
¡No puedo, que me canso!
¡Descansa enhorabuena!
¿Digo yo lo contrario?
Tan lejos estoy de eso,
Que en estos versos trato
De daros un asunto
Que instruya deleitando.
Los perros y los lobos,
Los ratones y gatos,
Las zorras y las monas,
Los ciervos y caballos
Os han de hablar en verso;
Pero con juicio tanto,

Que sus máximas sean
Los consejos más sanos.
Deleitaos en ello.
Y con este descanso
A las serias tareas
Volved más alentados.
¡Ea, jóvenes, ea;
Seguid, seguid marchando,
Al templo de Minerva
A recibir el lauro!
Pero... ¡qué! ¿Os detienen
El ocio y el regalo?
Pues escuchad a Esopo,
Mis jóvenes, amados.





LIBRO PRIMERO

I

EL MUCHACHO Y LA FORTUNA



A la orilla de un pozo,
Sobre la fresca hierba,
Un incauto mancebo
Dormía a pierna suelta.
Gritóle la Fortuna:
—¡Insensato, despierta!
¿No ves que ahogarte puedes
A poco que te muevas?
Por ti y otros canallas
A veces me motejan,
Los unos de inconstante
Y los otros de adversa.

*¡Reveses de fortuna
Llamáis a las miserias!
¿Por qué, si son reveses
De la conducta necia?*



EL ASNO Y EL COCHINO



II

Envidiando la suerte del Cochino,
Un Asno maldecía su destino.

—Yo, decía, trabajo y como paja;
Él come harina y berza y no trabaja:
A mí me dan de palos cada día;
A él le rascan y halagan a porfía.—
Así se lamentaba de su suerte;
Pero luego que advierte
Que a la pocilga alguna gente avanza
En guisa de matanza,
Armada de cuchillo y de caldera,
Y que con maña fiera
Dan al gordo Cochino fin sangriento,
Dijo entre sí el Jumento:

—*Si en esto para el ocio y los regalos,
Al trabajo me atengo y a los palos,*

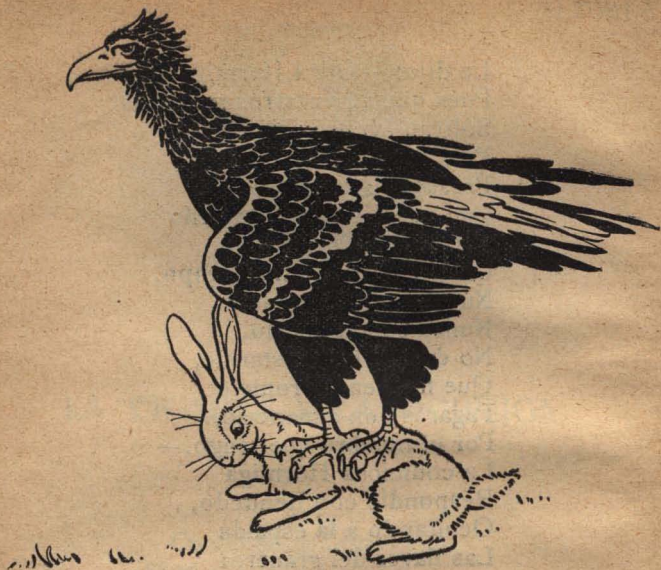


III

LA CIGARRA Y LA HORMIGA

Cantando la Cigarra
Pasó el verano entero,
Sin hacer provisiones
Allá para el invierno.
Los fríos la obligaron
A guardar el silencio
Y acogerse al abrigo
De su estrecho aposento.
Vióse desproveída
Del precioso sustento,
Sin moscas, sin gusanos,
Sin trigo y sin centeno.
Habitaba la Hormiga
Allí tabique en medio,
Y con mil expresiones
De atención y respeto

Le dijo: —Doña Hormiga,
 Pues que en vuestros graneros
 Sobran las provisiones
 Para vuestro alimento,
 Prestad alguna cosa
 Con que viva este invierno
 Esta triste Cigarra
 Que, alegre en otro tiempo,
 Nunca conoció el daño,
 Nunca supo temerlo.
 No dudéis en prestarme,
 Que fielmente prometo
 Pagáros con ganancias,
 Por el nombre que tengo. —
 La codiciosa Hormiga
 Respondió con denuedo,
 Ocultando a la espalda
 Las llaves del granero:
 —¡Yo prestar lo que gano
 Con un trabajo inmenso!
 Dime, pues, holgazana:
 ¿Qué has hecho en el buen tiempo?—
 —Yo, dijo la Cigarra,
 A todo pasajero
 Cantaba alegremente,
 Sin cesar ni un momento.—
 —¡Hola! ¿Conque cantabas
 Cuando yo andaba al remo?
 ¡Pues ahora que yo como,
 Baila, pese a tu cuerpo!



IV

EL ÁGUILA Y EL ESCARABAJO

—¡Que me matan! ¡Favor!—Así clamaba
Una liebre infeliz, que se miraba
En las garras de un Águila sangrienta.
A las voces, según Esopo cuenta,
Acudió un compasivo Escarabajo,
Y viendo a la cuitada en tal trabajo,
Por libertarla de tan cruda muerte,
Lleno de horror exclama de esta suerte:

—¡Oh reina de las aves escogida!
¿Por qué quitas la vida
A ese pobre animal, manso y cobarde?
¿No sería mejor hacer alarde
De devorar a dañadoras fieras,
O, ya que resistencia hallar no quieras,
Cebat tus uñas y tu corvo pico
En el frío cadáver de un borrico?—
Cuando el Escarabajo así decía,
El Águila con desprecio se reía,
Y sin usar de mas atenta frase,
Mata, trinchas, devora, pillas y vases.
El pequeño animal, así burlado,
Quiere verse vengado.
En la ocasión primera
Vuela al nido del Águila altanera:
Halla sólo los huevos, y arrastrando
Uno por uno, fuélos despeñando.
Mas como nada alcanza
A dejar satisfecha una venganza,
Cuantos huevos ponía en adelante
Se los hizo tortilla en el instante.
La reina de las aves, sin consuelo,
Remontando su vuelo,
A Júpiter excelso humilde llega,
Expone su dolor, pídele, ruega
Remedie tanto mal. El dios, propicio,
Por un incomparable beneficio,
En su regazo hizo que pusiese
El Águila sus huevos y se fuese,
Que a la vuelta, colmada de consuelos,
Encontraría hermosos sus polluelos.

Supo el Escarabajo el caso todo:
Astuto e ingenioso, hace de modo
Que una bola fabrica diestramente
De la materia en que continuamente
Trabajando se halla,
Cuyo nombre se sabe, aunque se calla,
Y qué, según yo pienso,
Para los dioses no es muy buen incienso.
Carga con ella, vuela, y atrevido
Pone la bola en el sagrado nido.
Júpiter, que se vió con tal basura,
Al punto sacudió su vestidura,
Haciendo, al arrojar la albondiguilla,
Con la bola y los huevos su tortilla.
Del trágico suceso noticiosa,
Arrepentida el águila y llorosa,
Aprendió esta lección a mucho precio:

*A nadie se le trate con desprecio
Como al Escarabajo,
Porque al más miserable, vil y bajo,
Para tomar venganza, si se irrita,
¿Le faltará siquiera una bolita?*





V

EL LEÓN VENCIDO POR EL HOMBRE

Cierto artífice pintó
Una lucha en que, valiente,
Un hombre tan solamente
A un terrible León venció.
Otro León que el cuadro vió,
Sin preguntar por su autor,
En tono despreciador
Dijo: — ¡Bien se deja ver
Que es pintar como querer,
Y no fué león el pintor!



VI

LA ZORRA Y EL BUSTO

— Dijo la Zorra al Busto,
Después de olerlo:
— ¡Tu cabeza es hermosa,
Pero sin seso! —

*Como éste hay muchos
Que, aunque parecen hombres,
Sólo son bustos.*



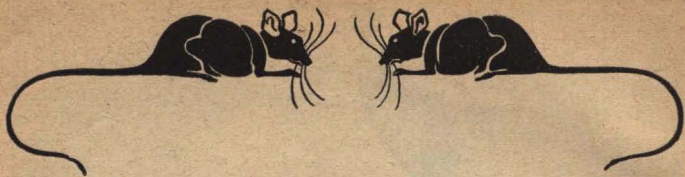


VII

LA CODORNIZ

Presa en estrecho lazo
La Codorniz sencilla,
Daba quejas al aire,
Ya tarde arrepentida.
— ¡Ay de mí, miserable,
Infeliz avecilla,
Que antes cantaba libre
Y ya lloro cautiva!
¡Perdí mi nido amado,
Perdí en él mis delicias;
Al fin perdílo todo,
Pues que perdí la vida!
¿Por qué desgracia tanta?
¿Por qué tanta desdicha?
¡Por un grano de trigo!
¡Oh cara golosina!

*El apetito ciego
A cuántos precipita,
Que por lograr un nada
Un todo sacrifican.*



VIII

EL RATÓN DE LA CORTE Y EL DEL CAMPO

Un Ratón cortesano
Convidó con un modo muy urbano
A un Ratón campesino.
Dióle gordo tocino,
Queso fresco de Holanda,
Y una despensa llena de vianda
Era su alojamiento,
Pues no pudiera haber un aposento
Tan magníficamente preparado,
Aunque fuese en *Ratópolis* buscado
Con el mayor esmero,
Para alojar a *Roepán primero*.
Las paredes y techos adornaban,
Entre mil ratonescas golosinas,
Salchichones, pernils y cecinas.

Saltaban de placer, ¡oh qué embeleso!,
De pernil en pernil, de queso en queso.
En esta situación tan lisonjera,
Llega la despensera.
Oyen el ruido, corren, se agazapan,
Pierden el tino; mas al fin se escapan
Atropelladamente
Por cierto pasadizo abierto a diente.
— ¡Esto tenemos!, dijo el capesino.
¡Reniego yo del queso y del tocino,
Y de quien busca gustos
Entre los sobresaltos y los sustos!—
Volvióse a su campiña en el instante,
Y estimó mucho más de allí adelante,
Sin zozobras, temor ni pesadumbres,
Su casita de tierra y sus legumbres.





IX

EL HERRERO Y EL PERRO

Un Herrero tenía
Un Perro que no hacía
Sino comer, dormir y estar echado.
De la casa jamás tuvo cuidado.
Levantábase sólo a mesa puesta:
Entonces con gran fiesta
Al dueño se acercaba,
Con perrunas caricias lo halagaba,
Mostrando de cariño mil excesos
Por pillar las piltrafas y los huesos.
— He llegado a notar, le dijo el amo,
Que, aunque nunca te llamo,
A la mesa te llegas prontamente:
En la fragua jamás te vi presente.
Y yo me maravillo
De que, no despertándote el martillo,
Te desveles al ruido de mis dientes.

¡Anda, anda, poltrón; no es bien que cuentes
Que el amo, hecho un gañán y sin reposo,
Te mantiene a lo conde muy ocioso! —

El Perro le responde:

— ¿Qué más tiene que yo cualquiera conde?

Para no trabajar, debo al Destino

Haber nacido perro y no pollino.

— ¡Pues, señor conde, fuera de mi casal

¡Verás en las demás lo que te pasa!

En efecto; salió a probar fortuna,

Y las casas anduvo de una en una:

Allí le hacen servir de centinela

Y que pase la noche toda vela;

Acá, de lazarillo y de danzante;

Allá, dentro de un horno, a cada instante

Asa la carne que comer no espera.

Al cabo conoció de esta manera

Que el destino, y no es cuento,

A todos nos cargó como al jumento.

LA ZORRA y la CIGÜEÑA



LA ZORRA Y LA CIGÜEÑA

Una Zorra se empeña
En dar una comida a la Cigüeña.
La convidó con tales expresiones,
Que anunciaba sin duda provisiones
De lo más excelente y exquisito.
Acepta alegre, va con apetito;
Pero encontró en la mesa solamente
Jigote claro sobre chata fuente.
En vano a la comida picoteaba,
Pues era, para el guiso que miraba,
Inútil tenedor su largo pico.
La Zorra con la lengua y el hocico
Limpió tan bien su fuente, que pudiera
Servir de fregatriz si a Holanda fuera.
Mas de allí a poco tiempo, convidada
De la Cigüeña, halla preparada
Una redoma de jigote llena.
Allí fué su afición; allí su pena:
El hocico goloso al punto asoma
Al cuello de la hidrópica redoma;
Mas en vano, pues era tan estrecho
Cual si por la Cigüeña fuese hecho.
Envidiosa de ver que a conveniencia
Chupaba la del pico a su presencia,
Vuelve, tienta, discurre,
Huele, se desatina, en fin, se aburre.
Marchó rabo entre piernas, tan corrida,
Que ni aun tuvo siquiera la salida
De decir: *¡están verdes!* como antaño.
¡También hay para pícaros engaño!



XI

EL LEOPARDO Y LAS MONAS

No a pares, a docenas encontraba
Las Monas en Tetuán, cuando cazaba,
Un Leopardo. Apenas lo veían,
A los árboles todas se subían,
Quedando del contrario tan seguras,
Que pudieran decir: «¡No están maduras!»
El cazador astuto se hace el muerto
Tan vivamente, que parece cierto.
Hasta las viejas Monas,
Alegres con el caso y juguetonas,
Empiezan a saltar: la más osada
Baja, arrímase al muerto de callada;
Mira, huele y aun tienta,
Y grita muy contenta:
— ¡Llegad, que muerto está de todo punto;
Tanto, que empieza a oler el tal difunto. —

Bajan todas con bulla y algazara;
Ya le tocan la cara,
Ya le saltan encima;
Aquella se le arrima,
Y haciendo mimos, a su mano queda;
Otra se finge muerta y lo remeda.
Mas luego que las siente fatigadas
De correr, de saltar y hacer monadas,
Levántase ligero
Y, más que nunca fiero,
Pilla, mata y devora; de manera
Que parecía la sangrienta fiera,
Cubriendo con los muertos la campaña,
Al Cid matando moros en España.

*Es el peor enemigo el que aparenta
No poder causar daño, porque intenta,
Inspirando confianza,
Asegurar su golpe de venganza.*



XII

EL CIRVO EN LA FUENTE

Un Ciervo se miraba
En una hermosa y cristalina fuente.
Placentero admiraba
Los enramados cuernos de su frente;
Pero al ver sus delgadas largas piernas,
Al alto cielo daba quejas tiernas.
— ¡Oh dioses! ¿A qué intento
A esta fábrica hermosa de cabeza
Construís su cimiento
Sin guardar proporción en la belleza?
¡Oh; qué pesar! ¡Oh; qué dolor profundo
No haber gloria cumplida en este mundo! —

Hablando de esta suerte,
El Ciervo vió venir a un lebrel fiero.
Por evitar su muerte,
Parte al espeso bosque muy ligero;
Pero al cuerno retarda su salida
Con una y otra rama entretrejida.
Mas, libre del apuro
A duras penas, dijo con espanto:
— Si me veo seguro,
Pese a mis cuernos, fué por correr tanto.
¡Lleve el Diablo lo hermoso de mis cuernos!
¡Haga mis feos pies el Cielo eternos! —

*El hombre se deslumbra con lo hermoso,
Elige lo aparente,
Abrazando tal vez lo más dañoso;
Pero escarmiente ahora en tal cabeza:
El útil bien es la mejor belleza.*



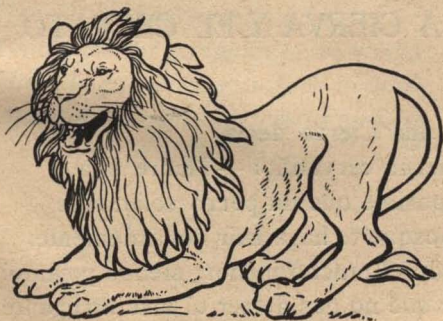
XIII

EL LEÓN Y LA ZORRA

Un León, en otro tiempo poderoso,
Ya viejo y achacoso,
En vano perseguía, hambriento y fiero
Al mamón becerrito y al cordero
Que, trepando por áspera montaña,
Huían libremente de su saña.
Afligido del hambre a par de muerte,
Discurrió su remedio de esta suerte:
Hace correr la voz de que se hallaba
Enfermo en su palacio y deseaba
Ser de los animales visitado.
Acudieron algunos de contado;
Mas como el grave mal que le postraba
Era un hambre voraz, tan sólo usaba
La receta exquisita
De engullirse al *monsieur* de la visita.

Acércase la Zorra de callada,
Y a la puerta asomada,
Atisba muy despacio
La entrada de aquel cóncavo palacio.
El León la divisa, y al momento
Le dice: — ¡Ven acá, pues que me siento
En el último instante de mi vida!
Visítame como otros, mi querida. —
— ¿Cómo otros? ¡Ah, señor; he conocido
Que entraran, si, pero que no han salido!
¡Mirad, mirad la huella!
¡Bien claro lo dice ella,
Y no es bien el entrar do no se sale!

La prudente cautela mucho vale.





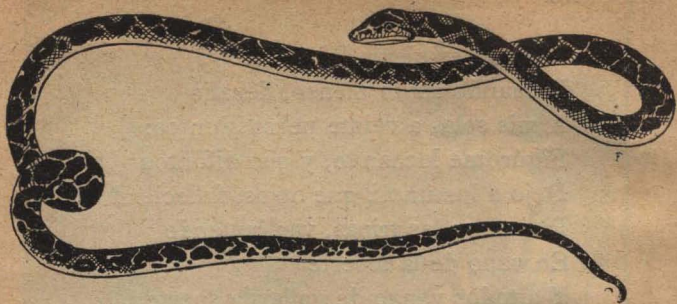
XIV

LA CIERVA Y EL CERVATO

A una Cierva decía
Su tierno cervatillo: — Madre mía,
¿Es posible que un perro solamente
Al bosque te haga huir cobardemente,
Siendo él mucho menor, menos pujante?
¿Por qué no has de ser tú más arrogante? —

—Todo es cierto, hijo mío:
Y cuando así lo pienso, desafío
A mis solas a veinte perros juntos:
Figúrome luchando, y que difuntos
Dejo a los unos; que otros, falleciendo,
Pisándose las tripas, van huyendo
En vano de la muerte
Y a todos venzo de gallarda suerte.
Mas si embebida en este pensamiento
A un perro ladrar siento,
Escapo más ligera que venablo,
Y mi victoria se la lleva el Diablo.—

*A quien no sea de ánimo esforzado,
No armarlo de soldado,
Pues por más que al mirarse la armadura
Piense en tiempo de paz que su bravura
Herirá, matará cuanto acometa,
En oyendo en campaña la trompeta
Hará lo que la Cierva de la historia,
Aunque el Diablo se lleve la victoria.*



XV

LA SERPIENTE Y LA LIMA

En casa de un cerrajero
Entró la Serpiente un día,
Y la insensata mordía
En una Lima de acero.
Díjole la Lima: — El mal,
Necia, será para ti:
¿Cómo has de hacer mella en mí,
Que hago polvos el metal?—

*Quien pretende sin razón
Al más fuerte derribar,
No consigue si no dar
Coces contra el aguijón.*



XVI

LAS MOSCAS



A un panal de rica miel
Dos mil moscas acudieron,
Que por golosas murieron
Presas de patas en él.
Otra dentro de un pastel
Enterró su golosina.



*Así, si bien se examina,
Los humanos corazones
Perecen en las prisiones
Del vicio que los domina.*





El labrador y la Cigüeña.

XVII

EL LABRADOR Y LA CIGÜEÑA

Un labrador miraba
Con duelo su sembrado,
Por que gansos y grullas
De su trigo solían hacer pasto.
Armó, sin más tardanza,
Diestramente sus lazos,
Y cayeron en ellos
La Cigüeña, las Grullas y los Gansos.
—Señor rústico, dijo
La Cigüeña temblando;
Quíteme las prisiones,
Pues no merezco pena de culpados;
La diosa Ceres sabe
Que, lejos de hacer daño,
Limpio de sabandijas,
De culebras y vívoras los campos. —
—Nada me sastiface,
Respondió el hombre airado:
¡Te hallé con delicuentes:
Con ellos morirás entre mis manos! —

*La inocente cigüeña
Tuvo el fin desgraciado
Qué pueden prometerse
Los buenos que se juntan con los malos.*



XVIII

LOS DOS AMIGOS Y EL OSO

A dos amigos se aparece un Oso:
El uno, muy medroso,
En las ramas de un árbol se asegura;
El otro, abandonado a la ventura,
Se finge muerto repentinamente.
El Oso se le acerca lentamente;
Mas como este animal, según se cuenta,
De cadáveres nunca se alimenta,
Sin ofenderlo lo registra y toca.
Huélele las narices y la boca,
No le siente el aliento
Ni el menor movimiento,
Y así, se fué diciendo sin recelo:
—¡Éste tan muerto está como mi abuelo!—
Entonces el cobarde,
De su gran amistad haciendo alarde,

Del árbol se desprende muy ligero;
Corre, llega y abraza al compañero.
Pondera la fortuna
De haberle hallado sin lesión alguna,
Y al fin le dice: — ¿Sabes que he notado
Que el Oso te decía algún recado?
¿Qué pudo ser?—Diréte lo que ha sido:
Estas dos palabritas al oído:

*Aparta tu amistad de la persona
Que si te ve en el riesgo te abandona.*





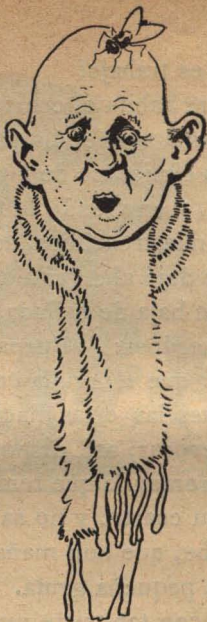
XIX

EL ÁGUILA, LA GATA Y LA JABALINA

Un Águila anidó sobre una encina;
Al pie criaba cierta Jabalina,
Y era un hueco del cuerpo corpulento
De una Gata y sus crías aposento.
Ésta gran marrullera,
Sube al nido del Águila altanera,
Y con fingidas lágrimas le dice:
—¡Ay, mísera de mí! ¡Ay, infelice!

¡Éste sí que es trabajo!
La vecina que habita el cuarto bajo,
Como tú misma ves, el día pasa
Hozando los cimientos de la casa;
La arruinará, y en viendo la traidora
Por tierra a nuestros hijos, los devora.—
Después que dejó al Águila asustada,
A la cueva se baja de callada,
Y dice a la cerdosa: — Buena amiga,
Has de saber que el Águila enemiga,
Cuando saques las crías hacia el monte,
Las ha de devorar; así, disponte.—
La Gata aparentando que temía,
Se retiró a su cuarto, y no salía
Sino de noche, que con maña astuta
Abastecía su pequeña gruta.
La Jabalina, con tan triste nueva,
No salió de su cueva.
La Águila en el ramaje temerosa,
Haciendo centinela, no reposa.
En fin, a ambas familias la hambre mata,
Y de ellas hizo víveres la Gata.

*Jóvenes, ojo alerta, gran cuidado,
Que un chismoso, en amigo disfrazado,
Con capa de amistad cubre sus trazas
Y así causan el mal sus añagazas!*



XX

EL CALVO Y LA MOSCA

Picaba impertinente
En la espaciosa calva de un anciano
Una mosca insolente.
Quiso matarla; levantó la mano,

Tiró un cachete; pero fuése salva,
 Hiriendo el golpe la redonda calva.
 Con risa desmedida
 La Mosca prorrumpio: — Calvo maldito,
 Si quitarme la vida
 Intentase por un leve delito,
 ¿A qué pena condenas a tu brazo,
 Bárbaro ejecutor de tal porrazo?—
 —Al que obra con malicia,
 Le respondió el varón prudentemente,
 Rigurosa justicia
 Debe dar el castigo conveniente;
 Y es bien ejercitarse la clemencia
 En el que peca por inadvertencia.
 Sabe, Mosca villana,
 Que coteja el agravio recibido
 La condición humana
 Según la mano de donde ha venido.---

*Que el grado de la ofensa a tanto asciende
 Cuanto sea más vil aquel que ofende.*





A DON JAVIER MARÍA DE MUNIVE E IDIÁQUEZ

CONDE DE PEÑAFLORIDA,
DIRECTOR PERPETUO DE
LA SOCIEDAD VASCONGADA
DE AMIGOS DEL PAÍS

Mientras que con la espada en mar y tierra
Los ilustres varones
Engrandecen su fama por la guerra
Sojuzgando naciones,
Tú, Conde, con la pluma y el arado,
Ya enriqueces la patria, ya la instruyes;
Y haciendo venturosos, has ganado
El bien que buscas y el laurel que huyes,
Con darte todo el bien de los humanos.
No contento, tu celo
Supo unir a los nobles ciudadanos
Para felicidad del patrio suelo.
La hormiga codiciosa
Trabaja en sociedad fructuosamente,
Y la abeja oficiosa
Labra siempre ayudada de su gente.
Así unes a los hombres laboriosos,
Por hacer los trabajos más fructuosos.
Aquél viaja observando
Por las naciones cultas,
Cuál cultiva los campos, cuál las ciencias,
Y de diversos modos,

Juntando estudios, viajes y experiencias,
 Resulta el bien en que trabajan todos.
 ¡En que trabajan todos! Ya lo dije,
 Por más que yo también sea contado.
 El sabio Presidente que nos rige
 Tiene aún al más inútil ocupado.
 Dar-me, Conde, querías un destino
 Al contemplarme ocioso e ignorante.
 Era difícil; mas al fin tu tino
 Encontró un genio en mí versificante.
 A *Fedro* y *La Fontaine* por modelos
 Me pusiste a la vista,
 Y hallaron tus desvelos
 Que pudiera ensayarme a fabulista.
 Y pues viene al intento,
 Pasemos al ensayo: va de cuento.





El León con su Ejército.

LIBRO SEGUNDO

I

EL LEÓN CON SU EJÉRCITO

El León, rey de los bosques, poderoso,
Quiso armar un ejército famoso.
Juntó sus animales al instante:
Empezó por cargar al elefante
Un castillo con útiles, y encima
Rabiosos lobos que pusiesen grima.
Al oso le encargó de los asaltos,
Al mono, con sus gestos y sus saltos,
Mandó que al enemigo entretuviese.
A la zorra, que diese
Ingeniosos ardides al intento.
Uno gritó: — La liebre y el jumento,
Este por tardo, aquélla por medrosa,
De estorbo servirán, no de otra cosa.
— De estorbo?, dijo el rey. Yo no lo creo:
En la liebre tendremos un correo,
Y en el asno, mis trompas un corneta.—
Así quedó la armada bien completa.

*Tu retrato es León, CONDE prudente;
Y si a tu imitación, según deseo,
Examinan los jefes a su gente,
A todos han de dar útil empleo.
¿Porqué no lo han de hacer? Si hay cucaña,
¿Cómo no hallar ociosos en España?*





II

LA LECHERA

Llevaba en la cabeza
Una lechera el cántaro al mercado
Con aquella presteza,
Aquel aire sencillo, aquel agrado
Que va diciendo a todo el que lo advierte:
¡Yo sí que estoy contenta con mi suerte!
Porque no apetecía
Más compañía que su pensamiento
Que alegre le ofrecía
Inocentes ideas de contento.
Marchaba sola la feliz lechera
Y decía entre sí de esta manera:
— Esta leche, vendida,
En limpio me dará tanto dinero;

Y con esta partida,
Un canasto de huevos comprar quiero
Para sacar cien pollos, que al estío
Me rodeen cantando el pío-pío.

Del importe logrado
De tanto pollo, mercaré un cochino:
Con bellota, salvado,
Berza y castaña, engordará sin tino;
Tanto, que puede ser que yo consiga
El ver cómo le arrastra la barriga.

Llevarélo al mercado,
Sacaré de él, sin duda, buen dinero;
Compraré de contado
Una robusta vaca y un ternero
Que salte y corra toda la campaña,
Desde el monte cercano a la cabaña.

Con este pensamiento
Enajenada, brinca de manera
Que a su salto violento
El cantaro cayó. ¡Pobre Lechera!
¡Qué compasión! ¡Adiós, leche, dinero,
Huevos, pollos, lechón, vaca y ternero!
¡Oh loca fantasía!

¡Qué palacios fabricas en el viento!
Modera tu alegría,
No sea que saltando de contento
Al contemplar dichosa tu mudanza,
Quiebre tu cantarilla la esperanza.

No seas ambiciosa
De mejor o más próspera fortuna,
Que vivirás ansiosa
Sin que pueda saciarte cosa alguna.

*No anheles impaciente el fin futuro:
Mira que ni el presente está seguro.*





III

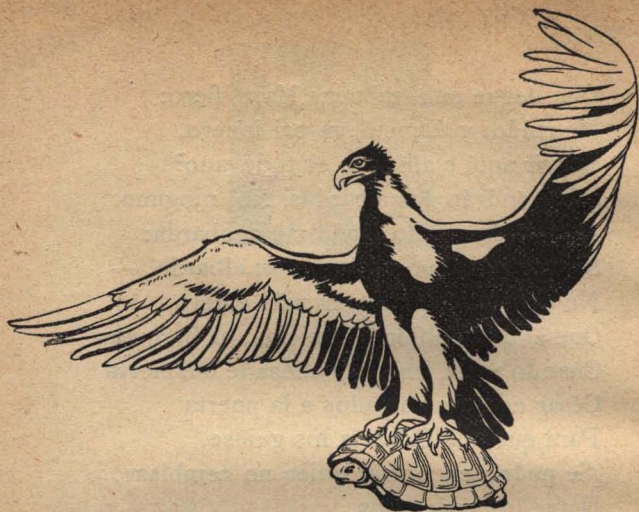
EL ASNO SESUDO

Cierto burro pacía
En la fresca y hermosa pradería,
Con tanta paz como si aquella tierra
No fuese entonces teatro de la guerra.
Su dueño, que con miedo lo guardaba,
De centinela en la ribera estaba.
Divisa al enemigo en la llanura;
Baja, y al buen pollino le conjura
Que huya precipitado.
El Asno, muy sesudo y reposado,
Empieza a andar a paso perezoso.
Impaciente su dueño, temeroso
Con el marcial ruido
De bélicas trompetas al oído,
Le exhorta con fervor a la carrera.
— ¡Yo correr!, dijo el Asno. ¡Bueno fuera!

Que llegue enhorabuena Marte fiero:
 Me rindo, y él me lleva prisionero.
 Servir aquí o allí, ¿no es todo uno?
 ¿Me pondrán dos albardas? No, ninguno.
 Pues nada pierdo, nada me acobarda:
 Siempre seré un esclavo con albarda. —
 No estuvo más en sí, ni más entero
 Que el buen pollino, Amiclas, el barquero
 Cuando en su humilde choza le despierta
 César con sus soldados a la puerta
 Para que a la Calabria los guiase.
 ¿Se podría encontrar quien no temblase,
 Entre los poderosos,
 De insultos militares horrorosos
 De la guerra enemiga?
 No hay, si no la pobreza, que consiga
 Esta grande exención. De aqui le viene:

Nada teme perder quien nada tiene.





IV

EL AGUILA, LA CORNEJA Y LA TORTUGA

A una Tortuga una Águila arrebató.
La ladrona se apura y desbarató
Por hacerla pedazos,
Ya que no con la garra, a picotazos.
Viéndola una Corneja en tal faena,
Le dice: — En vano tomas tanta pena.
¿No ves que es la tortuga, cuya casa
Diente, cuerno ni pico la traspasa,
Y si siente que llaman a la puerta,
Se finge la dormida, sorda o muerta?

— ¿Pues qué he de hacer? — Remontarás tu vuelo
Y en mirándote allá, cerca del cielo,
La dejarás caer sobre un peñasco,
Y se hará una tortilla el duro casco. —
La Águila porque diestra lo ejecuta,
Y la Corneja astuta
Por autora de aquella maravilla,
Juntamente comieron la tortilla.

*¿Qué podrá resistirse a un poderoso
Guiado de un consejo malicioso?
De estos tales se aparta el que es prudente,
Y así, por escaparse de esta gente,
Los descendientes de la tal Tortuga
A cuevas ignoradas hacen fuga.*



EL LOBO Y LA CIGÜEÑA



Sin duda alguna que se hubiera ahogado
Un Lobo con un hueso atragantado
Si a la razón no pasá una Cigüeña.
El paciente la ve, hácele seña,
Llega, y, ejecutiva,
Con su pico, jeringa primitiva,
Cual diestro cirujano,
Hizo la operación, y quedó sano.
Su salario pedía,
Pero el ingrato Lobo respondía:

— ¿Tu salario? ¿Pues qué más recompensa
Que el no haberte causado leve ofensa
Y dejarte vivir, para que cuentes
Que pusiste tu vida entre mis dientes? —
Marchó, para evitar una desdicha,
Sin decir *tus* ni *mus*, la susodicha.
Haz b'en, dice el proverbio castellano,
Y no sepas a quién; pero es muy llano
Que no tiene razón ni por asomó;
Es menester saber a quién, y cómo,
El ejemplo siguiente
Te lo demostrará más evidente.



VI

EL HOMBRE Y LA CULEBRA

A una culebra que de frío yerta
En el suelo yacía medio muerta,
Un labrador cogió; mas fué tan bueno,
Que incautamente la abrigó en su seno.
Apenas revivió, cuando la ingrata
A su gran bienechor traidora mata.



VII

EL ZAGAL Y LAS OVEJAS

Apacentando un joven su ganado,
Gritó desde la cima de un collado:
— ¡Favor; que viene un lobo labradores!
Estos, abandonando sus labores,
Acuden prontamente.
Y hallan que es una chanza solamente.
Vuelve a llamar, y temen la desgracia.
Segunda vez los burla. ¡Linda gracia!
Pero ¿qué sucedió la vez tercera?
Que vino en realidad la hambrienta fiera.
Entonces el Zagal se desgañita,
Y por más que pateo, llora y grita,
No se mueve la gente escarmentada,
Y el lobo le devora la manada.

*¡Cuántas veces resulta de un engaño
Contra el engañador el mayor daño!*



VIII
EL PÁJARO HERIDO
DE UNA FLECHA

Un pájaro inocente
Herido de una flecha
Guarnecida de acero
Y de plumas ligeras,
Decía en su lenguaje
Con amargas querellas:
— ¡Oh crueles humanos,
Más crueles que fieras!
Con nuestras propias alas,
Que la Naturaleza
Nos dió, sin otras armas
Para propia defensa,
Forjáis el instrumento
De la desdicha nuestra,
Haciendo que inocentes
Prestemos la materia.
Pero no, no es extraño
Que así bárbaros sean
Aquellos que su ruina
Trabajan y no cesan;
Los unos y otros fraguan
Armas para las guerras,
Y es dar contra sus vidas
Plumas para las flechas.



IX EL PESCADOR Y EL PEZ

Recoge un Pescador su red tendida
Y saca un pececillo. — ¡Por tu vida,
Exclamó el inocente prisionero,
Dame la libertad! Sólo la quiero,
Mira que no te engaño,
Porque ahora soy ruín: dentro de un año
Sin duda lograrás el gran consuelo
De pescarme más grande que mi abuelo.
¡Qué! ¿Te burlas? ¿Te ríes de mi llanto?
Sólo por otro tanto,
A un hermanito mío
Un señor pescador lo tiró al río.
— ¿Por otro tanto al río? ¡Qué manía!,
Replicó el Pescador. ¿Pues no sabía
Que el refrán castellano
Dice: *Más vale pájaro en la mano?* . . .
¡A sartén te condeno, que mi panza
No se llena jamás con la esperanza!

X

EL GORRIÓN
Y LA LIEBRE

Un maldito Gorrión así decía
A una liebre que un Aguila oprimía:
— ¡No eres tú tan ligera
Que si el perro te sigue en la carrera
Lo acarician y halagan, como al cabo
Acerque sus narices a tu rabo?
Pues empieza a correr. ¿Qué te detiene? —
De este modo le insulta, cuando viene
El diestro gavilán y lo arrebatá.
El preso chilla, el prendedor lo mata,
Y la Liebre exclamó: — ¡Bien merecido!
¿Quién te mandó insultar al afligido,
Y a más a más meterte a consejero,
No sabiendo mirar por ti primero?





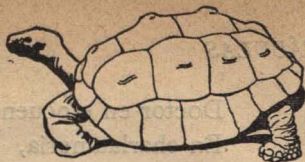
XI EL CHARLATÁN

— Si cualquiera de ustedes
Se da por las paredes,
O arroja de un tejado
Y queda, a bien librar, descostillado,
Yo me reiré muy bien: me importa un pito,
Como tenga mi bálsamo exquisito. —
Con esta relación un chacharero
Gana mucha opinión y más dinero,
Pues el vulgo, pendiente de sus labios,
Más quiere a un charlatán que a veinte sabios.

Por esa conveniencia
Los hay el día de hoy en toda ciencia
Que ocupan, igualmente acreditados,
Cátedras, academias y tablados.
Prueba de esta verdad será un famoso

Doctor en elocuencia, tan copioso
En charlatanería,
Que ofreció enseñaría
A hablar discreto, con profundo pico,
En diez años de término, a un borrico.
Sábelo el rey; lo llama, y al momento
Le manda dé lecciones a un jumento.
Pero bien entendido
Que sería, cumpliendo lo ofrecido,
Ricamente premiado;
Mas cuando no, que moriría ahorcado.
El doctor asegura nuevamente
Sacar un orador asno elocuente.
Dícele callandito un cortesano:
— Escuche, buen hermano:
Su frescura me espanta.
¡A cáñamo me huele su garganta! —
— No temáis, señor mío,
Respondió el charlatán, pues yo me río;
En diez años de plazo que tenemos,
¿El Rey, el asno o yo no moriremos?

*Nadie encuentra embarazo
En dar un largo plazo
A importantes negocios; mas no advierte
Que ajusta mal la cuenta sin la muerte.*



XII

JUPITER Y LA TORTUGA

A las bodas de Júpiter estaban
Todos los animales convidados:
Unos y otros llegaban
A la fiesta nupcial apresurados.
No faltaba a tan grande concurrencia
Ni aun la reptil ni más lejana oruga,
Cuando llega muy tarde y con paciencia,
A paso perezoso, la Tortuga.
Su tardanza reprende el dios airado,
Y ella le respondió sencillamente:
— Si es mi casita mi retiro amado,
¿Cómo podré dejarla prontamente? —
Por tal disculpa, Júpiter Tonante,
Olvidando el indulto de la fiesta,
La ley del caracol le echó al instante,
Que es andar con la casa siempre a cuestas.

*Gentes machuchas hay que hacen alarde
De que aman su retiro con exceso,
Pero a su obligación acuden tarde:
Viven como el ratón dentro del queso.*

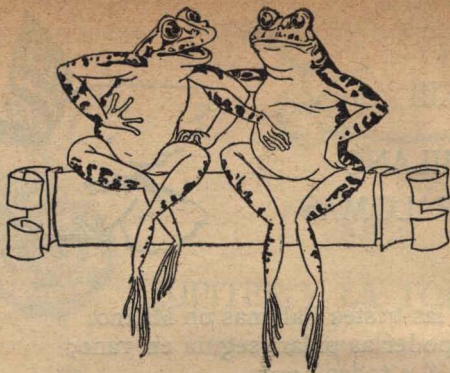
XIII

EL MILANO Y LAS PALOMAS



A las tristes Palomas un Milano,
Sin poderlas pillar, seguía en vano;
Mas él a todas horas
Servía de lacayo a estas señoras.
Un día, en fin, hambriento e ingenioso,
Así les dice: — ¡Amáis vuestro reposo,
Vuestra seguridad y conveniencia?
Pues creedme en conciencia:
En lugar de ser yo vuestro enemigo,
Desde ahora me obligo,
Si la banda por rey me aclama luego,
A tenerla en sosiego,
Sin que de garra o pico tema agravio,
Pues, tocante a la paz, seré un Octavio. —
Las sencillas palomas consintieron;
Aclámanle por rey. — ¡Viva, dijeron,
Nuestro rey el Milano! —
Sin esperar a más este tirano
Sobre un vasallo mísero se planta;
Déjalo con el *viva* en la garganta,
Y continuando así sus tiranías,
Acabó con el reino en cuatro días.

*Quien al poder se acoge de un malvado
Será, en vez de feliz, un desdichado.*



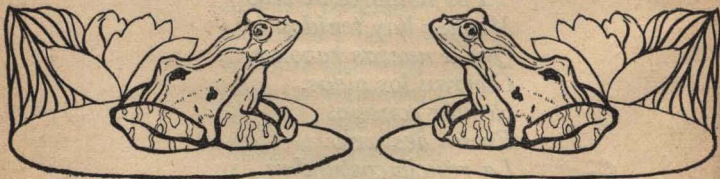
XIV

LAS DOS RANAS

Tenían dos ranas
Sus pastos vecinos,
Una en un estanque,
Otra en un camino.
Cierta día a ésta
Aquella le dijo:
— ¡Es creíble, amiga,
De tu mucho juicio
Que vivas contenta
Entre los peligros
Donde te amenazan
Al paso preciso
Los pies y las ruedas
Riesgos infinitos?
Deja tal vivienda,
Muda de destino;
Sigue mi dictamen,
Y vente conmigo. —

En tono de mofa,
 Haciendo mil mimos,
 Respondió a su amiga:
 — ¡Excelente aviso!
 ¡A mí novedades!
 ¡Vaya, qué delirio!
 ¡Eso sí que fuera
 Dar-me el diablo ruido!
 ¿Yo dejar la casa
 Que fué domicilio
 De padres, abuelos
 Y todos los míos,
 Sin que haya memoria
 De haber sucedido
 La menor desgracia
 Desde luengos siglos? —
 — Allá te compongas;
 Más ten entendido
 Que tal vez suceda
 Lo que no se ha visto. —
 Llegó una carreta
 A este tiempo mismo,
 Y a la triste rana
 Tortilla la hizo.

*Por hombres de seso
 Muchos hay tenidos
 Que a nuevas razones
 Cierran los oídos.
 Recibir consejos
 En un desvario.
 La rancia costumbre
 Suele ser su libro.*



Las ranas pidiendo rey.



XV

LAS RANAS PIDIENDO REY

Sin Rey vivía libre, independiente,
El pueblo de las Ranas felizmente:
La amable libertad sólo reinaba
En la inmensa laguna que habitaba;
Mas las Ranas, al fin, un Rey quisieron,
Y a Júpiter excelso lo pidieron.
Conoce el dios la súplica importuna,
Y arroja un Rey de palo a la laguna.
Debió de ser sin duda gran pedazo,
Pues dió Su Majestad tan gran porrazo,
Que el ruido atemoriza el reino todo;
Cada cual se zambulle en agua o lodo,
Y quedan en silencio tan profundo
Cual si no hubiese Ranas en el mundo.
Una de ellas asoma la cabeza,

Y viendo a la real pieza,
Publica que el Monarca es un zoquete.
Congrégase la turba, y por juguete
Lo desprecian, lo ensucian con el cieno,
Y piden otro Rey, que aquél no es bueno.
El padre de los dioses, irritado,
Envía un culebrón, que a diente airado,
Muerde, traga y castiga,
Y a la mísera grey al punto obliga
A recurrir al dios humildemente.
— ¡Padeced, le responde, eternamente.
Que así castiga a aquel que no examina
Si su solicitud será su ruina!

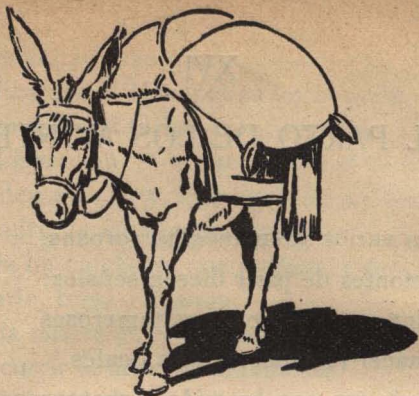


XVI

EL PARTO DE LOS MONTES

Con varios ademanes horrorosos,
Los montes de parir dieron señales;
Consintieron los hombres temerosos
Ver nacer los abortos más fatales.
Después que con bramidos espantosos
Infundieron pavor a los mortales,
Estos montes, que al mundo estremecieron,
Un ratoncillo fué lo que parieron.

*Hay autores que en voces misteriosas,
Estilo fanfarón y campanudo,
Nos anuncian ideas portentosas;
Pero suele a menudo
Ser el gran parto de su pensamiento,
Después de tanto ruido, sólo viento.*

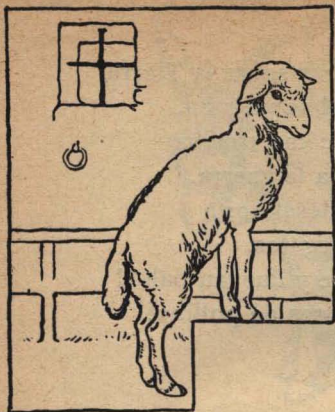


XVII

EL ASNO Y EL CABALLO

— ¡Ay! ¡Quién fuese caballo!,
Un asno melancólico decía.
¡Entonces si que nadie me vería
Flaco, triste y fatal como me hallo!
Tal vez un caballero
Me mantendría ocioso y bien comido,
Dándose su merced por bien servido
Con corvetas y saltos de cárnoro.
Trátanme ahora como vil y bajo;
De risa sirve mi contraria suerte:
Quien me apelea más, más se divierte,
Y menos como cuando más trabajo.

¡No es posible encontrar sobre la Tierra
Infeliz como yo! — Tal se juzgaba,
Cuando al Caballo ve cómo pasaba
Con su jinete y armas a la guerra.
Entonces conoció su desatino;
Rióse de corvetas y regalos,
Y dijo: — ¡Que trabaje y lluevan palos!
¡No me saquen los dioses de pollino!



XVIII

EL CORDERO Y EL LOBO

Uno de los corderos mamantones
Que para los glotones
Se crían sin salir jamás al prado,
Estando en la cabaña muy cerrado,
Vió por la rendija de la puerta
Que un caballero Lobo estaba alerta,
En silencio esperando astutamente
Una calva ocasión de echarle el diente;

Mas él, que bien seguro se miraba,
Así le provocaba:
Sepa usted, señor Lobo, que estoy preso
Porque sabe el pastor que soy travieso;
Mas si él no fuese bobo,
No habría ya en el mundo ningún Lobo,
Pues yo, corriendo libre por los cerros
Sin pastores ni perros,
Con sólo mi pujanza y valentía
Contigo y con tu raza acabaría. —
— ¡Adiós, exclamó el Lobo, mi esperanza
De regalar a mi vacía panza!
Cuando este miserable me provoca,
Es señal de que se halla de mi boca
Tan libre como el Cielo de ladrones. —

*Así son los cobardes fanfarrones,
Que se hacen en los puestos ventajosos
Más valentones cuanto más medrosos.*



XIX

LAS CABRAS Y LOS CHIVOS

Desde antaño en el mundo
Reina el vano deseo
De parecer iguales
A los grandes señores los plebeyos.
Las Cabras alcanzaron
Que Júpiter excelso
Les diese barba larga
Para su autoridad y su respeto.
Indignados los Chivos
De que su privilegio
Se extendiese a las Cabras,
Lampiñas con razón en aquel tiempo,

Sucedió la discordia
Y los amargos celos
A la paz octaviana
Con que fué gobernado el barbón pueblo.
Júpiter dijo entonces,
Acudiendo al remedio:
— ¿Qué importa que las Cabras
Disfruten un adorno propio vuestro,
Si es mayor la ignominia
De su vano deseo,
Siempre que no igualaren
En fuerzas y valor a vuestro cuerpo?

*El mérito aparente
Es digno de desprecio:
La virtud solamente
Es del hombre el ornato verdadero.*



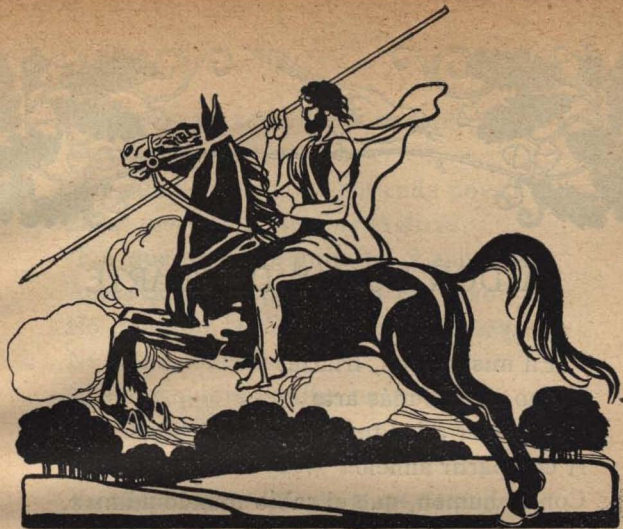
XX

EL CABALLO Y EL CIERVO

Perseguía un Caballo vengativo
A un Ciervo que le hizo leve ofensa;
Mas hallaba segura la defensa
En su veloz carrera el fugitivo.

El vengador, perdida la esperanza
De alcanzarlo y lograr así su intento,
Al hombre le pidió su valimiento
Para tomar del ofensor venganza.

Consiente el hombre, y el Caballo airado
Sale con su jinete a la campaña;
Corre con dirección, sigue con maña,
Y queda al fin del ofensor vengado.



Muéstrase al bienhechor agradecido.
Quiere marcharse libre de su peso;
Mas desde entonces mismo quedó preso,
Y eternamente al hombre sometido.

*El caballo, que suelto y rozagante
En el frondoso bosque y prado ameno
Su libertad gozaba tan de lleno,
Padece sujeción desde este instante.*

*Oprimido del yugo, ara la tierra;
Pasa tal vez la vida más amarga;
Sufre la silla, freno, espuela, carga,
Y aguanta los horrores de la guerra.*

*En fin, perdió la libertad amable
Por vengar una ofensa solamente.
Tales los frutos son que ciertamente
Produce la venganza detestable.*



A DON TOMÁS DE IRIARTE

En mis versos, Iriarte,
Yo no quiero más arte
Que poner a los tuyos por modelo;
A compartir anhelo
Con tu numen, que el sabio mundo admira,
Si me prestas tu lira,
Aquella en que tocaron dulcemente
Música y poesía juntamente.
Esto no puede ser, ordena Apolo,
Que digno sólo tú, la pulses solo.
¿Y por qué sólo tú? Pues, cuando menos,
¿No he de hacer versos fáciles, amenos,
Sin ambicioso ornato?
¿Gastas otro poético aparato?
Si tú sobre el Parnaso te empinases
Y desde allí cantases
Risco tramonto de época altanera,
GÓNGORA que te siga, te dijera;
Pero si vas marchando por el llano
Cantándonos en verso castellano

Cosas claras, sencillas, naturales,
 Y todas ellas tales
 Que aun aquel que no entiende poesía
 Dice: *eso yo también me lo diría*,
 ¿Por qué no he de imitarte, y aun acaso
 Antes que tú trepar por el Parnaso?
 No imploras las Sirenas ni las Musas,
 Ni de númenes usas,
 Ni aun siquiera confías en Apolo:
 A la Naturaleza imploras sólo,
 Y ella, sabia, te dicta sus verdades.
 Yo te imito: no invoco a las deidades,
 Y por mejor consejo,
 Sea mi sacro numen cierto viejo:
 Esopo, digo: dictame machucho
 Una de tus patrañas, que te escucho.





LIBRO TERCERO

I

EL ÁGUILA Y EL CUERVO

Un Águila rapante,
Con vista perspicaz, rápido vuelo,
Descendiendo veloz de junto al cielo,
Arrebató un cordero en un instante.
Quiere un Cuervo imitarla; de un carnero
En el vellón sus uñas hacen presa;
Rueda enredado entre la lana espesa,
Como pájaro en liga prisionero.
Hacen de él los pastores vil juguete
Para castigo de su intento necio.
Bien merece la burla y el desprecio
El Cuervo que a ser Águila se mete.

El viejo me ha dictado esta patraña,
Y astutamente así me desengaña.
Esa facilidad, esa destreza
Con que arrebató el Águila su pieza
Fué la que engañó al Cuervo, pues creía
Que otro tanto a lo menos él haría.
Mas ¿qué logró? Servirme de escarmiento.

*¡Ojalá que sirviese a más de ciento
Poetas de mal gusto inficionados
Y dijesen, cual yo, desengañados:
¡El Águila eres tú, divino Iriarte!
Yo no pretendo más sino admirarte.
Sea tuyo el laurel, tuya la gloria,
Y no sea yo el cuervo de la historia.*





II

LOS ANIMALES CON PESTE

En los montes, los valles y collados
De animales poblados,
Se introdujo la peste de tal modo,
Que en un momento lo inficiona todo.
Allí donde su corte el León tenía,
Mirando cada día
Las cacerías, luchas y carreras
De mansos brutos y de bestias fieras,
Se veían los campos ya cubiertos
De enfermos miserables y de muertos.

— ¡Mis amados hermanos,
Exclamó el triste rey; mis cortesanos,
Ya veis que el justo cielo nos obliga
A implorar su piedad, pues nos castiga
Con tan horrenda plaga!
Tal vez se aplacará con que se le haga



Sacrificio de aquel más delincuente
Y muera el pecador, no el inocente.
Confiese todo el mundo su pecado:
Yo, cruel, sanguinario, he devorado
Inocentes corderos,
Ya vacas, ya terneros,
Y he sido, a fuerza de delito tanto,
De la selva terror, del bosque espanto.
— Señor, dijo la Zorra: en todo eso

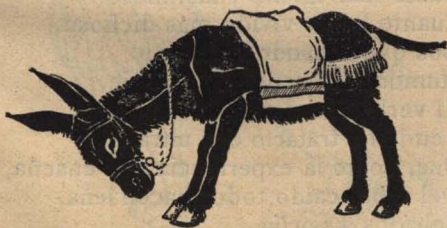
No se halla más exceso
Que el de vuestra bondad, pues que se digna
De teñir en la sangre ruin, indigna
De los viles cornudos animales
Los sacros dientes y las uñas reales. —
Trató la corte al León de escrupuloso.
Allí del Tigre, de la Onza y Oso

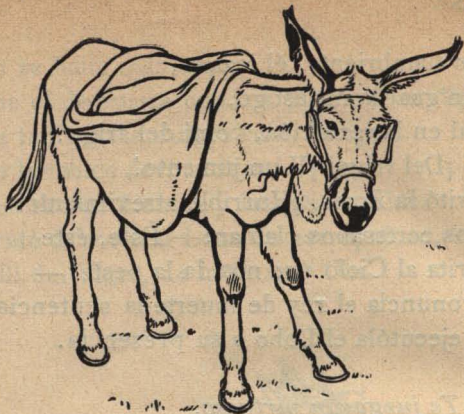


Se oyeron confesiones
De robos y de muertes a millones;
Mas entre la grandeza, sin lisonja,
Pasaron por escrúpulos de monja.
El Asno, sin embargo, muy confuso,
Prorrumpió: — Yo me acuso
Que al pasar por un trigo este verano,

Yo hambriento, él lozano,
Sin guarda ni testigo,
Caí en la tentación, comí del trigo.
— ¡Del trigo! ¡Y un jumento!,
Gritó la Zorra. ¡Horrible atrevimiento! —
Los cortesanos claman: — Éste, éste
Irrita al Cielo que nos da la peste! —
Pronuncia el rey de muerte la sentencia,
Y ejecutóla el Lobo a su presencia.

*Te juzgarán virtuoso,
Si eres, aunque perverso, poderoso;
Y aunque bueno, por malo detestable
Cuando te miren pobre y miserable.
Esto hallará en la corte quien lo vea,
Y aun en el mundo todo. ¡Pobre Astrea!*





III

EL LEÓN ENVEJECIDO

Al miserable estado
De una cercana muerte reducido,
Estaba ya postrado
Un viejo León, del tiempo consumido,
Tanto más infeliz y lastimoso
Cuanto había vivido más dichoso.
Los que, cuando valiente,
Humildes le rendían vasallaje,
Al verlo decadente
Acuden a tratarlo con ultraje;
Que, como la experiencia nos enseña,
Del árbol caído todos hacen leña.
Cebados a porfía,

Lo sitiaban sangrientos y feroces;
 El Lobo le mordía,
 Tirábale el Caballo fuertes coces;
 Luego le daba el Toro una cornada;
 Después el Jabalí su dentellada.
 Sufrió constantemente
 Estos insultos; pero reparando
 Que hasta el Asno insolente
 Iba a ultrajarle, falleció clamando:
 — ¡E-to es doble morir: no hay sufrimiento,
 Porque muero injuriado de un jumento! —

*Si en su mudable vida
 Al hombre la fortuna ha derribado
 Con misera caída
 Desde donde lo había ella encumbrado,
 ¿Qué ventura en el mundo se promete
 Si aun de los viles llega a ser juguete?*





La Zorra y la Gallina.

IV

LA ZORRA Y LA GALLINA

Una zorra, cazando,
De corral en corral iba saltando
A favor de la noche en una aldea.
Oye al gallo cantar, ¡maldito sea!
Agachada y sin ruido,
A merced del olfato y del oído,
Marcha, llega, y, oliendo un agujero,
— ¡Este es!, dice, y se cuela al gallinero. —
Las aves se alborotan, menos una
Que estaba en cesta, como niño en cuna,
Enferma gravemente.
Mirándola la Zorra astutamente,
Le pregunta: — ¿Qué es esto, pobrecita?
¿Cuál es tu enfermedad? ¿Tienes pepita?
¡Habla! ¿Cómo lo pasas, desdichada? —
La enferma le responde apresurada:
— Muy mal me va, señora, en este instante:
Muy bien si usted se quita de delante.

*¡Cuántas veces se vende un enemigo,
Como gato por liebre, por amigo!
Al oír su fingido cumplimiento,
Respondiérale yo, para escarmiento:
¡Muy mal me va, señor, en este instante!
¡Muy bien si usted se quita de delante!*

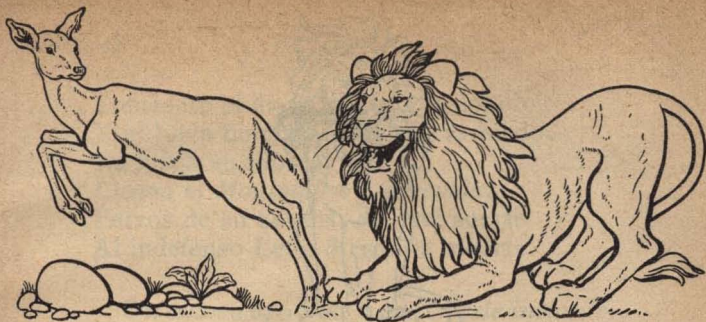


V

EL MILANO ENFERMO

Un Milano, después de haber vivido
Con la conciencia peor que un forajido,
Enfermó gravemente.
Supuesto que el paciente
Ni a Galeno ni a Hipócrates leía,
A bulto conoció que se moría.
A los dioses desea ver propicios
Y ofrecerles entonces sacrificios
Por medio de su madre, que, afligida,
Rogaría sin duda por su vida.
Mas ésta le responde: ¡Desdichado!
¿Cómo podré alcanzar para un malvado
De los dioses clemencia,
Si, en vez de darles culto y reverencia,
Ni aun perdonaste a víctima sagrada
En las aras divinas inmolada?

*Así queremos, irritando al Cielo,
Que en la tribulación nos dé consuelo.*



VI LA CIERVA Y EL LEÓN

Más ligera que el viento,
Precipitada huía
Una inocente Cierva,
De un cazador seguida.
En una oscura gruta,
Entre espesas encinas,
Atropelladamente
Entró la fugitiva.
Mas, ¡ay!, que un León sañado,
Que allí mismo tenía
Su albergue y era susto
De la selva vecina,
Cogiendo entre sus garras
A la res fugitiva,
Dió con cruel fiereza
Fin sangriento a su vida.

*Si al evitar los riesgos
La razón no nos guía,
Por huir de un tropiezo
Damos mortal caída.*

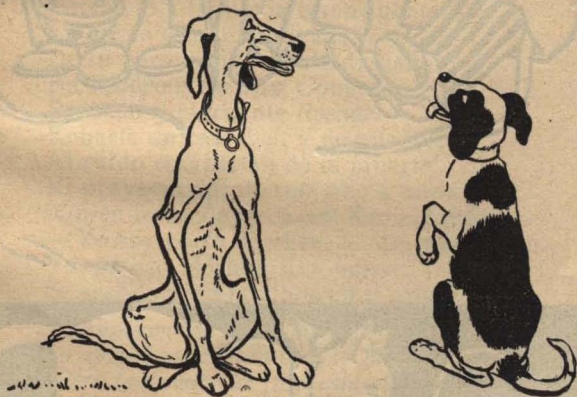


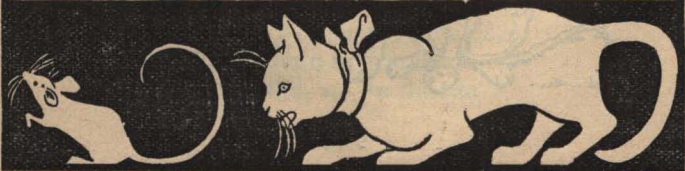
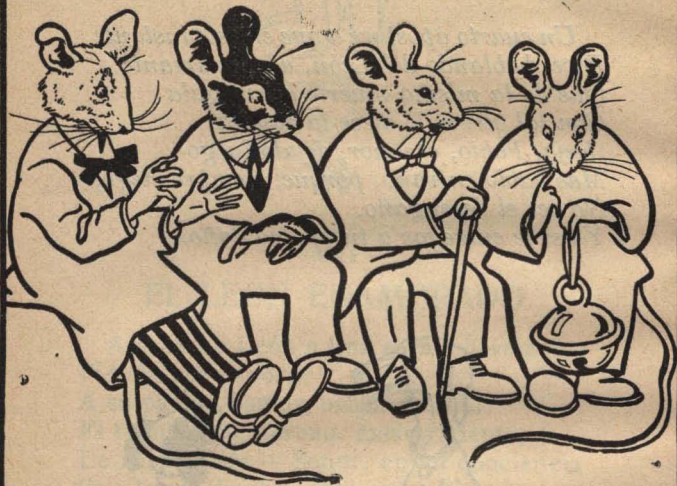
VII EL LEÓN ENAMORADO

Amaba un León a una zagala hermosa;
Pidióla por esposa
A su padre, Pastor, urbanamente.
El hombre, temeroso, mas prudente,
Le respondió: — Señor, en mi conciencia
Que la muchacha logra conveniencia;
Pero la pobrecita, acostumbrada
A no salir del prado y la majada,
Entre la misma oveja y el cordero,
Recelará tal vez que seas fiero.
No obstante, bien podremos, si consientes,
Cortar tus uñas y limar tus dientes,
Y así verá que tiene tu grandeza
Cosas de majestad, no de fiereza. ---

Consiente el manso León enamorado,
Y el buen hombre lo deja desarmado.
Da luego su silbido;
Llegan el Montalobos y Atrevido,
Perros de su cabaña: de esta suerte
Al indefenso León dieron la muerte.

*Un cuarto apostaré a que en este instante
Dice, hablando del León, algún amante
Que de la misma muerte haría gala
Con tal que se le diese la zagala.
¡Deja, Fabio, el amor, déjalo luego!
Mas hablo en vano, porque, siempre ciego,
No ves el desengaño,
Y así te entregas a tu propio daño.*





VIII

EL CONGRESO DE LOS RATONES



Desde el gran Zapirón, el Blanco y rubio,
Que después de las aguas del diluvio
Fué padre universal de todo gato,
Ha sido Miauragato
Quien más sangrientamente
Persiguió a la infeliz ratona gente.
Lo cierto es que, obligada
De su persecución, la desdichada
En Ratópolis tuvo su Congreso.
Propuso el elocuente Roequeso
Echarle un cascabel, y de esta suerte
Al ruido escaparían de la muerte.
El proyecto aprobaron uno a uno.
¿Quién lo ha de ejecutar? Eso ninguno.
— Yo soy corto de vista. — Yo, muy viejo.
Yo, gotoso, decían. El Consejo
Se acabó como muchos en el mundo.

*Proponen un proyecto sin segundo.
Lo aprueban. Hacen otro. ¡Qué portento!
¿Pero la ejecución? ¡Ahi está el cuento!*



IX

EL LOBO Y LA OVEJA

Cruzando montes y trepando cerros,
Aquí mato, allí robo,
Andaba cierto Lobo,
Hasta que dió en las manos de los perros.
Mordido y arrastrado
Fué de sus enemigos cruelmente:
Quedó con vida milagrosamente,
Mas inválido al fin y derrotado.
Iba el tiempo curando su dolencia:
El hambre al mismo paso le afligía;
Pero como cazar aún no podía,
Con las hierbas hacía penitencia.
Una Oveja pasaba, y él le dice:

— ¡Amiga, ven acá, llega al momento!
Enfermo estoy y muero de sediento.
¡Socorre con el agua a este infelice!
— ¿Agua quieres que yo vaya a llevarte?,
Le responde la Oveja recelosa.
Dime, pues, una cosa:
«¿Sin duda que será para enjuagarte,
Limpiar bien el garguero,
Abrir el apetito,
Y tragarme después como a un pollito?
¡Anda, que te conozco, marrullero!»
Así dijo, y se fué; si no, la mata.

¡Cuánto importa saber con quién se trata!





X

EL HOMBRE
Y LA PULGA

— Oye, Júpiter sumo, mis querellas,
Y haz, disparando rayos y centellas,
Que muera este animal vil y tirano,
Plaga fatal para el linaje humano;
Y si vos no lo hacéis, Hércules sea
Quien acabe con él y su ralea. —
Éste es un hombre que a los dioses clama
Porque una Pulga le picó en la cama;
Y es justo, ya que el pobre se fatiga,
Que de Júpiter y Hércules consiga,
De éste, que viva despulgando sayos;
De aquél, matando pulgas con sus rayos.

*Tenemos en el Cielo los mortales
Recurso en las desdichas y los males;
Mas se suele abusar frecuentemente
Por lograr un antojo impertinente.*



XI

EL CUERVO Y LA SERPIENTE

Pilló el Cuervo dormida a la serpiente,
Y al quererse cebar en ella hambriento,
Le mordió venenosa. *Sepa el cuento*
Quien sigue su apetito incautamente.





XII

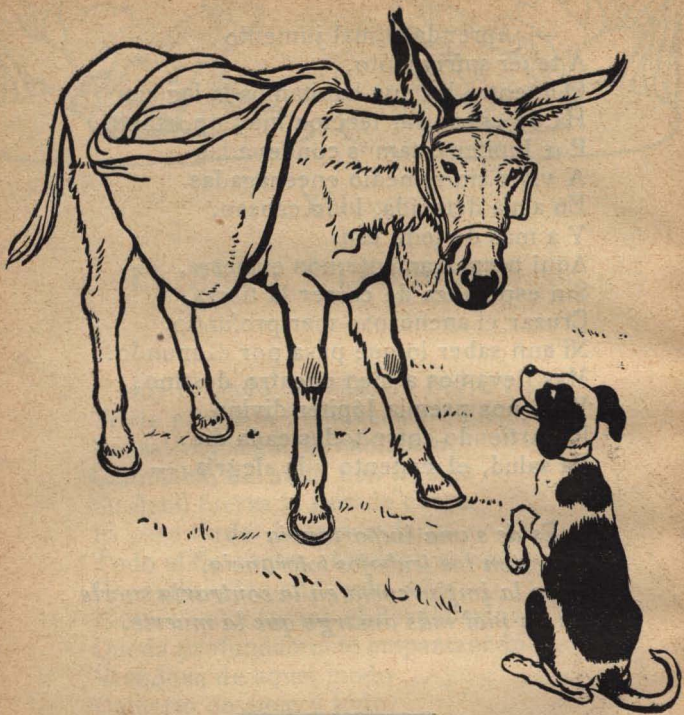
EL ASNO Y LAS RANAS

Muy cargado de leña, un Burro viejo,
Triste armazón de huesos y pellejo,
Pensativo, según lo cabizbajo,
Caminaba, llevando con trabajo
Su débil fuerza la pesada carga.
El paso tardo, la carrera larga,
Todo al fin contra el mísero se empeña:
El camino, los años y la leña.
Entra en una laguna el desdichado:
Queda profundamente empantanado.
Viéndose de aquel modo
Cubierto de agua y lodo,
Trocando lo sufrido en impaciente,
Contra el destino dijo neciamente
Expresiones ajenas de sus canas.
Mas las vecinas ranas,
Al oír sus lamentos y quejidos,
Las unas se tapaban los oídos,
Las otras, que prudentes le escuchaban,
Reprendíanle así y aconsejaban;

— ¡Aprenda el mal jumento
A tener sufrimiento,
Que entre las que habitamos la laguna
Ha de encontrar lección muy oportuna!
Por Júpiter estamos condenadas
A vivir sin remedio encenagadas
En agua detenida, lodo espeso,
Y a más de todo eso,
Aquí perpetuamente nos encierra,
Sin esperanza de correr la tierra,
Cruzar el anchuroso mar profundo.
Ni aun saber lo que pasa por el mundo.
Mas llevamos a bien nuestro destino,
Y así nos premia Júpiter divino
Repartiendo entre todas cada día
La salud, el sustento y la alegría. —

*Es de suma importancia
Tener en los trabajos tolerancia,
Pues la impaciencia en la contraria suerte
Es un mal más amargo que la muerte.*





El Asno y el Perro.

XIII

EL ASNO Y EL PERRO

Un Perro y un borrico caminaban
Sirviendo al mismo dueño.
Rendido éste del sueño,
Se tendió sobre el prado que pisaban.
El borrico, entretanto, aprovechado,
Descansa y pace; mas el Perro, hambriento,
— ¡Bájate, le decía, buen jumento!
¡Pillaré de la alforja algún bocado! —
El Asno se le aparta como en chanza;
El Perro sigue al lado del borrico,
Levantando las manos y el hocico,
Como perro de ciego cuando danza.
— ¡No seas bobo!, el Asno le decía.
Espera a que nuestro amo se despierte,
Y será de esta suerte
El hambre más, mejor la compañía. —
Desde el bosque, entretanto, sale un Lobo.
Pide el Asno favor al compañero;
En lugar de ladrar el marrullero,
Con fisga respondió — ¡No seas bobo!
¡Espera a que nuestro amo se despierte,
Que, pues me aconsejaste la paciencia,
Yo la sabré tener en mi conciencia
Al ver al Lobo que te da la muerte!

*El pollino murió, no hay que dudarle;
Mas si resucitara,
Corriendo el mundo, a todos predicara:
¡Prestad auxilio si queréis hallarlo!*



XIV

EL CHARLATÁN Y EL RUSTICO

— ¡Lo que jamás se ha visto ni se ha oído
Verán ustedes: atención les pido! —
Así decía un Charlatán famoso,
Cercado de un concurso numeroso.
En efecto; quedando todo el mundo
En silencio profundo,
Remedó a un cochinillo de tal modo,
Que el auditorio todo,
Creyendo que lo tiene y que lo tapa,
Atumultuado grita: — ¡Fuera capa! —
Descubrióse, y al ver que nada había,
Con vítores lo aclaman a porfía,

— ¡Pardiez, dijo un patán, que yo prometo
 Para mañana, hablando con respeto,
 Hacer el puerco más perfectamente;
 Si no, que me lo claven en la frente! —
 Con risa prometió la concurrencia
 A burlarse del payo su asistencia.
 Llegó la hora, y todos acudieron.
 No bien al Charlatán gruñir oyeron
 Gentes a su favor preocupadas,
 — ¡Viva!, dicen al son de las palmadas. —
 Sube después el Rústico al tablado
 Con un bulto en la capa y embozado.
 Imita al Charlatán en la postura
 De fingir que lechón tapar procura;
 Mas estaba la gracia en que era el bulto
 Un marranillo que tenía oculto.
 Tírale callandito de una oreja:
 Gruñendo en tiple, el animal se queja;
 Pero al creer que es remedo el tal gruñido,
 Aquí se oía un — ¡Fuera!; — allí un silbido,
 Y todo el mundo queda
 En que es el otro el que mejor remeda.
 El Rústico descubre su marrano,
 Al público lo enseña, y dice ufano:
 — ¿Así juzgan ustedes? —

¡Oh preocupación, y cuánto puedes!

EL LEÓN Y EL ASNO CAZANDO

Su majestad leonesa, en compañía
De un borrico, se sale a montería.
En la parte al intento acomodada,
Formando el mismo León una enramada,
Mandó al asno que en ella se ocultase,
Y que de tiempo en tiempo rebuznase,
Como trompa de caza en el ojeo.
Logró el rey su deseo,
Pues apenas se vió bien apostado,
Cuando al son del rebuzno destemplado,
Que los montes y valles repetían,
A su selvoso albergue se volvían
Precipitadamente
Las fieras enemigas juntamente,
Y, en su cobarde huída,
En las garras del León pierden la vida.
Cuando el Asno se halló con los despojos
De devoradas fieras a sus ojos,
Dijo: — ¡Pardiez! ¡Si llego más temprano,
A ningún muerto dejo hueso sano! —
A tal fanfarronada,
Soltó el rey una grande carcajada.

*Y es que jamás convino
Hacer del andaluz al vizcaíno.*



LIBRO CUARTO

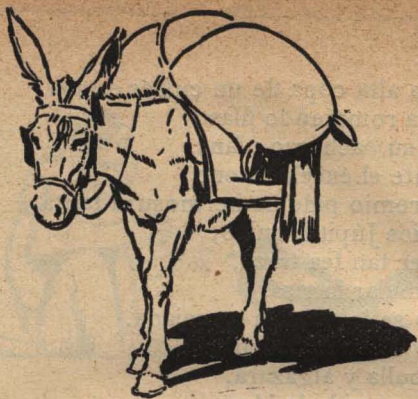
EL AUTOR A SUS VERSOS



I LA MONA CORRIDA

Fieras, aves y peces
Corren, vuelan y nadan,
Porque Júpiter sumo
A general congreso a todos llama.
Con sus hijos se acercan,
Y es que un premio señala
Para aquel cuya prole
En hermosura lleve la ventaja.
El alto regio trono
La multitud cercaba,
Cuando en la concurrencia
Se sentía decir: — *¡La mona falta!*
— ¡Ya llega!, dijo entonces
Una habladora Urraca
Que, como centinela,

En la alta copa de un ciprés estaba.
 Entra rompiendo filas
 Con su cachorro ufana,
 Y ante el excelso trono
 El premio pide de hermosura tanta.
 El dios Júpiter quiso,
 Al ver tan fea traza,
 Disimular la risa;
 Pero se le soltó la carcajada.
 Armóse en el concurso
 Tal bulla y algazara,
 Que, corrida la Mona,
 A Tetuán se volvió desengañada.
 ¡Es creíble, señores,
 Que yo mismo pensara
 El consagrar a Apolo
 Mis versos como dignos de su gracia?
 Cuando, por mi fortuna,
 Me encontré esta mañana,
 Continuando mi obrilla,
 Este cuento moral, esta patraña,
 Yo dije a mi capote:
 ¡Con qué chiste, qué gracia
 Y qué vivos colores
 El jorobado Esopo me retrata!
 Mas ya mis producciones
 Miro con desconfianza,
 Porque aprendo en la Mona
 Cuánto el ciego amor propio nos engaña.



II

EL ASNO Y JÚPITER

— ¡No sé cómo hay jumento
Que teniendo un adarme de talento,
Quiera meterse a burro de hortelano!
Llevo a la plaza desde muy temprano
Cada día cien cargas de verdura;
Vuelvo con otras tantas de basura,
Y, para aminorar mi pesadumbre,
Un criado me azota por costumbre.
Mi vida es ésta: ¿qué será mi muerte,
Como no mude Júpiter mi suerte? —
Un Asno de este modo se quejaba.
El dios, que sus lamentos escuchaba,
Al dominio lo entrega de un tejero.
— Esta vida, decía, no la quiero.

Del peso de las tejas oprimido,
 Bien azotado, pero mal comido.
 A Júpiter me voy con el empeño
 De lograr nuevo dueño. —
 Envióle a un curtidor; entonces dice:
 — Aún con este amo soy más infelice,
 Cargado de pellejos de difunto
 Me hace correr sin sosegar un punto,
 Para matarme sin llegar a viejo
 Y curtir al instante mi pellejo. —
 Júpiter, por no oír tan largas quejas,
 Se tapó lindamente las orejas,
 Y a nadie escucha desde el tal pollino
 Si le habla de mudanza de destino.

*Sólo en versos se encuentran los dichosos
 Que viven ni envidiados ni envidiosos.
 La espada por feliz tiene al arado,
 Como el remo a la pluma y al cayado;
 Mas se tienen bor miseros, en suma,
 Remo, espada, cayado, esteva y pluma.
 ¿Pues a qué e tado el hombre llama bueno?
 Al propio, nunca; pero sí al ajeno.*





III

EL CAZADOR Y LA PERDIZ

Una Perdiz en celo reclamada,
Vino a ser en la red aprisionada.
Al Cazador la mísera decía:
— Si me das libertad en este día,
Te he de proporcionar un gran consuelo.
Por este campo extenderé mi vuelo,
Juntaré a mis amigas en bandada,
Que guiaré a tus redes engañada,
Y tendrás sin costarte dos ochavos,
Doce perdices como doce pavos.
— ¡Engañar y vender a tus amigas!
¿Y así crees que me obligas?,
Respondió el Cazador. ¡Pues no, señora,
Muere, y paga la pena de traidora! —

*La perdiz fué bien muerta, no es dudable.
La traición, aun soñada, es detestable.*



IV

EL ENFERMO Y EL MÉDICO



Un miserable enfermo se moría,
Y el Médico importuno le decía:
— Usted se muere, yo se lo confieso;
Pero por la alta ciencia que profeso,
Conozco, y lo aseguro firmemente,
Que ya estuviera sano
Si se hubiese acudido más temprano
Con el benigno clister detergente. —
El triste Enfermo, que lo estaba oyendo,
Volvió la espalda al Médico, diciendo:
— Señor galeno, su consejo alabo.
¡Al asno muerto, la cebada al rabo! —

*Todo varón prudente
Aconseja en el tiempo conveniente;
Que es hacer de la ciencia vano alarde
Dar el consejo cuando llega tarde,*



V

EL VIEJO Y LA MUERTE

Entre montes, por áspero camino,
Trozando con una y otra peña,
Iba un viejo cargado con su leña,
Maldiciendo su mísero destino.
Al fin cayó, y viéndose de suerte
Que apenas levantarse ya podía,
Llamaba con colérica porfía
Una, dos y tres veces a la Muerte.
Armada de guadaña y esqueleto
La Parca se le ofrece en aquel punto;

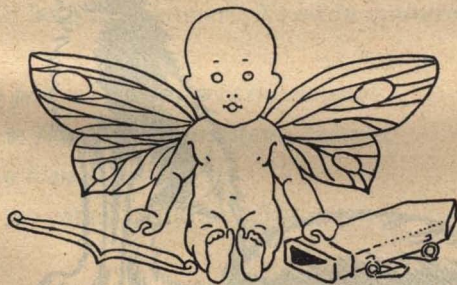
Pero el Viejo, temiendo ser difunto,
Lleno más de terror que de respeto,
Trémulo le decía balbuciente:

— ¡Yo..., señora..., os llamé desesperado!

— Pero acaba. ¿Qué quieres, desdichado?

— ¡Que me carguéis la leña solamente! —

*Tenga paciencia quien se crea infelice,
Que aun en la situación más lamentable,
Es la vida del hombre siempre amable:
El viejo de la leña nos lo dice.*





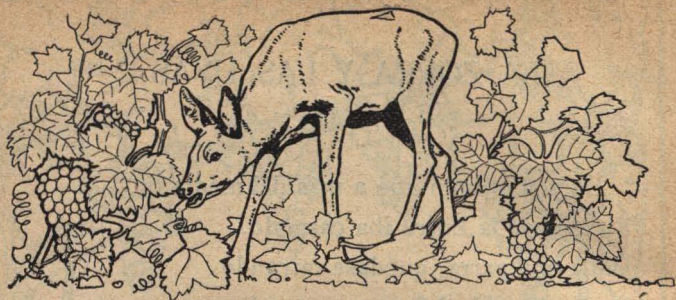
La Zorra y las Uvas.

VI

LA ZORRA Y LAS UVAS

Es voz común que a más del mediodía
En ayunas la Zorra iba cazando.
Halla una parra, quédase mirando
De la alta vid el fruto que pendía.
Causábale mil ansias y congojas
No alcanzar a las Uvas con la garra,
Al mostrar a sus dientes la alta parra
Negros racimos entre verdes hojas.
Miró, saltó y anduvo en probaduras;
Pero vió el imposible ya de fijo.
Entonces fué cuando la Zorra dijo:
— ¡No las quiero comer! ¡No están maduras! —

*No por eso te muestres impaciente
Si se te frustra, Fabio, algún intento;
Aplica bien el cuento
y di: ¡no están maduras!, frescamente.*



VII

LA CIERVA Y LA VIÑA

Huyendo de enemigos cazadores,
Una Cierva ligera
Siente, ya fatigada en la carrera,
Más cercanos los perros y ojeadores.
No viendo la infeliz algún seguro
Y vecino paraje
De gruta o de ramaje
Crece su timidez, crece su apuro.
Al fin, sacando fuerzas de flaqueza,
Continúa la fuga presurosa.
Halla al paso una Viña muy frondosa,
Y en lo espeso se oculta con presteza.
Cambia el susto y pesar en alegría:
Viéndose en paz y a salvo en tan buen hora,

Olvida el bien, y de su defensora
Los frescos verdes pámpanos comía.
Mas, ¡ay!, que de esta suerte,
Quitando ella las hojas de delante,
Abrió puerta a la flecha penetrante,
Y el listo cazador le dió la muerte.
Castigó con la pena merecida
El justo Cielo a la Cierva ingrata

*Mas ¿qué puede esperar el que maltrata
Al mismo que le está dando la vida?*





VIII

EL ASNO CARGADO DE RELIQUIAS

De reliquias cargado
Un Asno recibía adoraciones,
Como si a él se hubiesen consagrado
Reverencias, incienso y oraciones.
En lo vano, lo grave y lo severo
Que se manifestaba,
Hubo quien conoció que se engañaba,
Y le dijo: — Yo infiero
De vuestra vanidad vuestra locura.
El reverente culto que procura
Tributar cada cual este momento
No es dirigido a vos, señor jumento,
Que sólo va en honor, aunque lo sientas,
De la sagrada carga que sustentas. —

*Cuando un hombre sin mérito estuviere
En elevado empleo o gran riqueza,
Y se ensoberbeciere
Porque todos le bajan la cabeza,
Para que su locura no prosiga,
Tema encontrar tal vez con quien le diga:
— ¡Señor jumento, no se engría tanto,
Que si besan la peana es por el santo.*



XI

LOS DOS MACHOS

Dos Machos caminaban: el primero,
Cargado de dinero,
Mostrando su penacho envanecido,
Iba marchando erguido
Al son de los redondos cascabeles;
El segundo, desnudo de oropeles,
Con un pobre aparejo solamente,
Alargando el pescuezo eternamente
Seguía de reata su jornada
Cargado de costales de cebada.
Salen unos ladrones, y al instante
Asieron de la rienda al arrogante.
El se defiende, ellos le maltratan,
Y después que el dinero le arrebatan
Huyen, y dice entonces el segundo:

— ¡Si a estos riesgos exponen en el mundo
Las riquezas, no quiero, a fe de macho,
Dinero, cascabeles ni penacho!



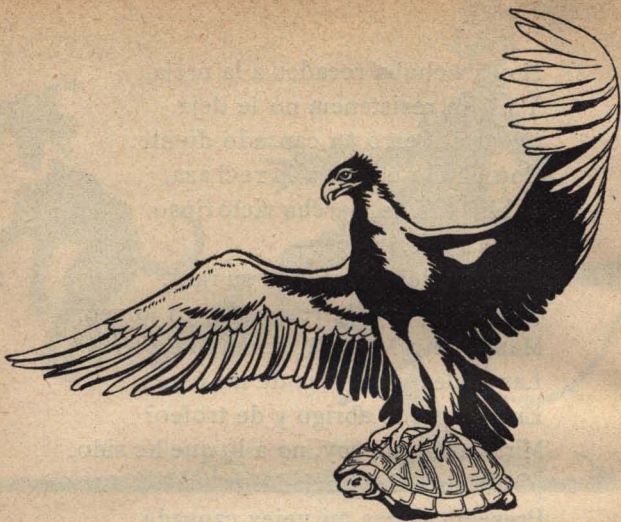
X

EL CAZADOR Y EL PERRO

Mustafá, perro viejo,
Lebrel en montería ejercitado
Y de antiguas heridas señalado
A colmillo y a cuerno su pellejo,
Seguía a un Jabalí, sin esperanza
De poderlo alcanzar; pero, no obstante,
Azuzándolo su amo cada instante,
A duras penas Mustafá lo alcanza.
El cerdoso valiente

No escuchaba recados a la oreja,
 Y así su resistencia no le deja
 Cebiar al Perro su cansado diente.
 Con airado colmillo lo rechaza,
 Y bufando se marcha victorioso.
 El Cazador, furioso,
 Reniega del lebel y de su raza.
 — Viejo estoy, le responde, ya lo veo;
 Mas di: sin Mustafá, ¿cuándo tuvieras
 Las pieles y cabezas de las fieras
 En tu casa de abrigo y de trofeo?
 Miras a lo que soy, no a lo que he sido.
 ¡Oh suerte desgraciada!
 Presente tienes mi vejez cansada,
 Y mis robustos años en olvido.
 Mas ¿para qué me mato
 Si no he de conseguir cosa ninguna? —

*Es ladrar a la luna
 El alegar servicios al ingrato.*



XI

LA TORTUGA Y EL ÁGUILA

Una tortuga a un Águila rogaba
Le enseñase a volar; así le hablaba:
— Con sólo que me des cuatro lecciones
Ligera volaré por las regiones:
Ya remontando el vuelo
Por medio de los aires hasta el cielo,
Veré cercano el Sol y las estrellas
Y otras cien cosas bellas,
Ya, rápida, bajando,

De ciudad en ciudad iré pasando;
Y de este fácil delicioso modo
Lograré en pocos días verlo todo. —
La Águila se rió del desatino.
Le aconseja que siga su destino
Cazando torpemente con paciencia,
Pues lo dispuso así la Providencia.
Ella insiste en su antojo ciegamente.
La reina de las aves prontamente
La arrebató, la lleva por las nubes,
— Mira, le dice, mira cómo subes. —
Y al preguntarle dijo: — ¿Vas contenta?
Y la deja caer y la revienta.

*Para que así escarmiente
Quien desprecia el consejo del prudente.*

EL LEÓN Y EL RATÓN

Estaba un ratoncillo aprisionado
En las garras de un León: el desdichado
En la tal ratonera no fué preso
Por ladrón de tocino ni de queso,
Sino porque con otros molestaba
Al León, que en su retiro descansaba.
Pide perdón, llorando su insolencia.
Al oír implorar la real clemencia,
Responde el rey en majestuoso tono:
(No dijera más Tito) — ¡Te perdono! —
Poco después, cazando el León, tropieza
En una red oculta en la maleza.
Quiere salir; mas queda prisionero.
Atronando la selva, ruge fiero.
El libre ratoncillo, que lo siente,
Corriendo llega, roe diligente
Los nudos de la red, de tal manera
Que al fin rompió los grillos de la fiera.

*Conviene al poderoso
Para los infelices ser piadoso.
Tal vez se puede ver necesitado
Del auxilio de aquel más desdichado.*





XIII

LAS LIEBRES Y LAS RANAS



Asustadas las Liebres de un estruendo,
Echaron a correr todas, diciendo:
— ¡A quien la vida cuesta tanto susto,
La muerte causará menos disgusto! —
Llegan a una laguna de esta suerte
A dar en lo profundo con la muerte.
Al ver a tanta Rana que, asustada,
A las aguas se arroja a su llegada,
— ¡Hola!, dijo una Liebre. ¿Conque hay otras
Tan tímidas que aún tiemblan de nosotras?
Pues suframós como ellas el destino.—
Conocieron, sin más, su desatino.

*Así, la suerte adversa es tolerable
Comparada con otra miserable.*





XIV

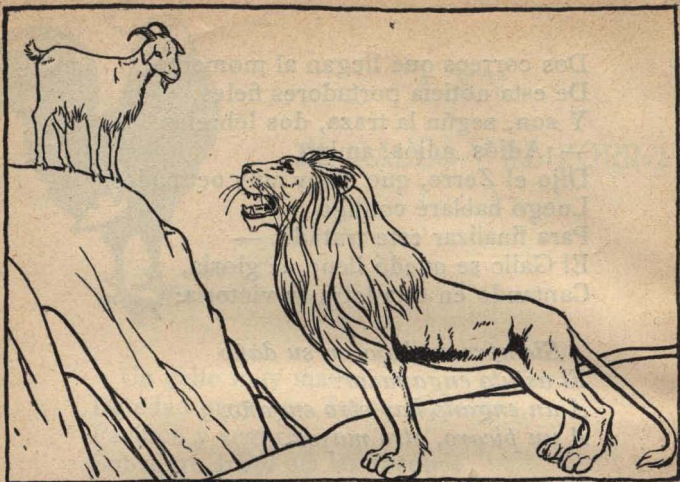
EL GALLO Y EL ZORRO

Un gallo muy maduro,
De edad provecta, duros espolones,
Pacífico y seguro
Sobre un árbol oía las razones
De un Zorro muy cortés y muy atento,
Más elocuente cuanto más hambriento.
— Hermano, le decía;
Ya cesó entre nosotros una guerra
Que cruel repartía
Sangre y plumas al viento y a la tierra.
Baja, y daré para perpetuo sello
Mis amorosos brazos a tu cuello.
— Amigo de mi alma,
Responde el Gallo, ¡qué placer inmenso
En deliciosa calma
Deja esta vez mi espíritu suspenso!
Allá bajo, allá voy, tierno y ansioso,
A gozar en tu seno mi reposo.
Pero aguarda un instante,
Porque vienen ligeros como el viento,
Y ya están adelante,

Dos correos que llegan al momento,
De esta noticia portadores fieles,
Y son, según la traza, dos lebreles.
— ¡Adiós, adiós, amigo,
Dijo el Zorro, que estoy muy ocupado!
Luego hablaré contigo
Para finalizar este tratado. —
El Gallo se quedó lleno de gloria,
Cantando en esta letra su victoria:

*Siempre trabaja en su daño
El astuto engañador:
A un engaño hay otro engaño;
A un pícaro, otro mayor.*





XV

EL LEÓN Y LA CABRA

Un señor León andaba como un perro
Del valle al monte, de la selva al cerro,
A caza, sin hallar pelo ni lana,
Perdiendo la paciencia y la mañana.
Por un risco escarpado
Ve trepar una Cabra a lo encumbrado,
De modo que parece que se empeña

En hacer creer al León que se despeña.
El pretender seguirla fuera en vano.
El cazador entonces, cortesano,
Le dice: — ¡Baja, baja, mi querida,
No busques precipicios a tu vida!
En el valle frondoso
Pacerás a mi lado con reposo.
— ¿Desde cuándo, señor, la real persona
Cuida con tanto amor de la barbona?
Esos halagos tiernos
No son por bien: apostaré los cuernos. —
Así le respondió la astuta Cabra,
Y él se marchó sin replicar palabra.

*Lo paga la infeliz con el pellejo
Si toma sin examen el consejo.*



XVI

LA ONZA Y LOS PASTORES

En una trampa una Onza inadvertida
Dió mísera caída.
Al verla sin defensa,
Corrieron a la ofensa
Los vecinos Pastores,
No valerosos, pero sí traidores.
Cada cual por su lado
La maltrataba airado
Hasta dejar sus fuerzas desmayadas;
Unos a palos, otros a pedradas.
Al fin la abandonaron por perdida;
Pero viéndola dar muestras de vida
Cierta Pastor, dolido de su suerte,
Por evitar su muerte
Le arrojó la mitad de su alimento,
Con que pudiese recobrar aliento.

Llega la noche, téplase la saña,
 Marchan a descansar a la cabaña
 Todos, con esperanza muy fundada
 De hallarla muerta por la madrugada;
 Mas la fiera, entretanto,
 Volviendo poco a poco del quebranto,
 Toma nuevo valor y fuerza nueva;
 Salta, deja la trampa, va a su cueva,
 Y al sentirse del todo reforzada,
 Sale, sí, muy ligera, y más airada,
 Ya destruye ganados,
 Ya deja a los Pastores destrozados,
 Nada aplaca su cólera violenta;
 Todo lo tala, en todo se ensangrienta.
 El buen Pastor, por quien tal vez vivía,
 Lleno de horror, la vida le pedía.
 — No serás maltratado,
 Dijo la Onza; vive descuidado,
 Que yo sólo persigo a los traidores
 Que me ofendieron, no a mis bienhechores. —

*Quien hace agravios tema la venganza:
 Quien hace bien, al final el premio alcanza.*



XVII

EL HACHA Y EL MANGO

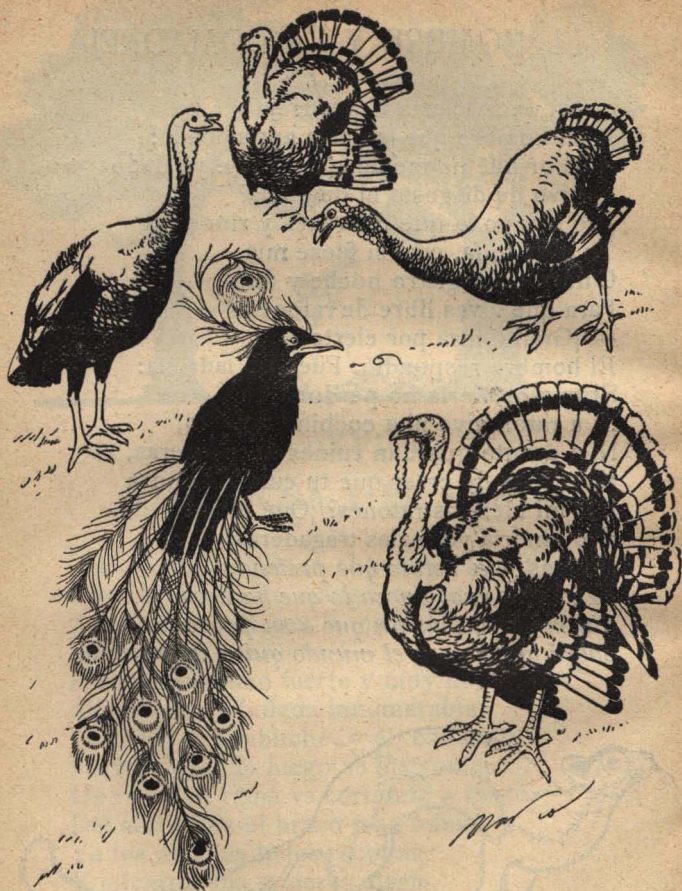
Un hombre que en el bosque se miraba
Con un Hacha sin mango, suplicaba
A los árboles dieses la madera
Que más sólida fuera
Para hacerle uno fuerte y muy durable.
Al punto la arboleda innumerable
Le cedió el acebuche, y él, contento,
Perfeccionando luego su instrumento,
De rama en rama va cortando a gusto
Del alto roble el brazo más robusto.
Ya los árboles todos recorría,
Y mientras los mejores elegía,
Dijo la triste Encina al Fresno: *¡Amigo,
Infeliz del que ayuda a su enemigo!*

XVIII

EL HOMBRE Y LA COMADREJA

Así decía cierta Comadreja
A un hombre que la había aprisionado:
— ¿Por qué no me dejáis? ¿Os he yo dado
Motivo de disgusto ni de queja?
¿No soy yo la que desvanes y rincones
Tu casa toda, cual si fuese mía,
Cuidadosa registro noche y día
Para que vivas libre de ratones? —
— ¡Gran fineza por cierto!,
El hombre respondió. Pues di, ladrona:
Si tu glotonería no perdona
Ni a ratón vivo ni a cochino muerto,
Ni a cuanto guardan ruines despenseras,
¿Cómo he de creer que tu cuidado apura
Por mi bien los ratones? ¡Qué locura!
¿No tendría yo malas tragaderas!
Morirás, y *el astuto que pretenda*
Venderme cual fineza lo que ha hecho
Sin mirar a más fin que a su provecho,
Sabrá que hay en el mundo quien lo entienda.





El Grajo vano.

XIX

EL GRAJO VANO

Con las plumas de un pavo
Un Grajo se vistió: pomposo y bravo
En medio de los pavos se pasea.
La manada lo advierte, lo rodea,
Todos le pican, burlan y lo envían...
¿Dónde, si ni los grajos la querían?

*¡Cuánto ha que repetimos este cuento,
Sin que haya en los plagiarios escarmiento!*



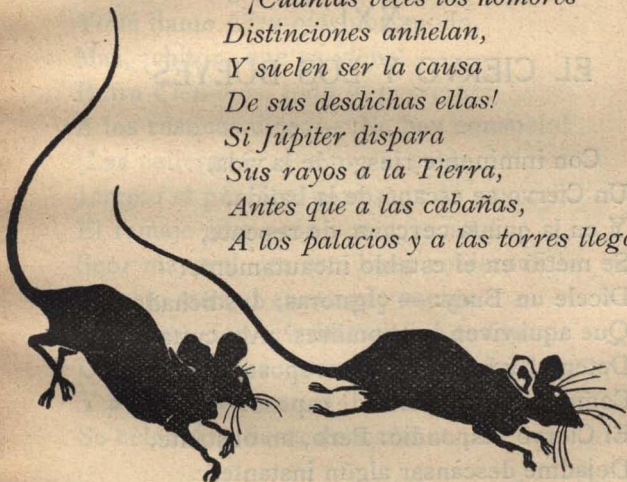
XX

BATALLA DE LAS COMADREJAS Y LOS RATONES

Vencidos los Ratones,
Huían con presteza
De una atroz enemiga
Tropa de Comadrejas.
Marchaban con desorden,
Que cuando el miedo reina,
Es la confusión sola
El jefe que gobierna.
Llegaron presurosos
A sus angostas cuevas,
Logrando los soldados
Entrar a duras penas;
Pero los capitanes
Que en las estrechas puertas
Quedaron atascados
Sin ninguna defensa,
A causa de unos cuernos

Puestos en las cabezas
Para ser de sus tropas
Vistos en la refriega;
Fueron los desdichados
Víctimas de la guerra,
Haciendo de sus cuerpos
Pasto las Comadreas.

*¡Cuántas veces los hombres
Distinciones anhelan,
Y suelen ser la causa
De sus desdichas ellas!
Si Júpiter dispara
Sus rayos a la Tierra,
Antes que a las cabañas,
A los palacios y a las torres llegan.*





XXI

EL CIERVO Y LOS BUEYES

Con inminente riesgo de la vida,
Un Ciervo se escapó de la batida,
Y en la quinta cercana, de repente,
Se metió en el establo incautamente.
Dícele un Buey: — ¿Ignoras, desdichado,
Que aquí viven los hombres? ¡Ah, cuitado!
Detente, y hallarás tanto reposo
Como perdiz en boca de raposo. —
El Ciervo respondió: Pero, no obstante,
Dejadme descansar algún instante,
Y en la ocasión primera
Al bosque espeso emprendo mi carrera. —
Oculto entre el ramaje permanece.
A la noche el boyero se aparece;

Al ganado reparte el alimento;
Nada divisa; sálese al momento.
El mayoral y los criados entran,
Y tampoco le encuentran.
Libre de aquel apuro,
El Ciervo se contaba por seguro;
Pero el Buey más anciano
Le dice: — ¡Qué! ¿Te alegras tan temprano?
Si el amo llega, lo perdiste todo.
Yo le llamo *Cien-ojos* por apodo.
Mas, ¡chitón, que ya viene! —
Entra *Cien-ojos*, todo lo previene;
A los rústicos dice: — ¡No hay consuelo!
¡Las colleras tiradas por el suelo;
Limpio el pesebre, pero muy de paso;
El ramaje muy seco y muy escaso!
Seor mayoral, ¿es éste buen gobierno? —
En esto mira el enramado cuerno
Del triste ciervo; grita, acuden todos
Contra el pobre animal de varios modos,
Y a la rústica usanza
Se celebró la fiesta de matanza.

*Esto quiere decir que el amo bueno
No se debe fiar del ojo ajeno.*



XXII

EL LEÓN Y LA RANA

Una lóbrega noche silenciosa
Iba un León horroroso
Con mesurado paso majestuoso
Por una selva. Oyó una voz ruidosa
Que con tono molesto y continuado
Llamaba la atención y aun el cuidado
Del reinante animal, que no sabía
De qué bestia feroz quizá saldría
Aquella voz, que tanto más sonaba
Cuanto más en silencio todo estaba.
Su majestad leonesa
La selva toda registrar procura;
Mas nada encuentra con la noche oscura,
Hasta que pudo ver, ¡oh, qué sorpresa!,
Que sale de un estanque a la mañana
La tal bestia feroz, y era una Rana.

*Llamará la atención de mucha gente
El charlatán con su manía loca;
Mas, ¿qué logra, si al fin verá el prudente
Que no es sino una rana, toda boca?*



XXIII

LOS NAVEGANTES

Lloraban unos tristes pasajeros
Viendo su pobre nave, combatida
De recias olas y de vientos fieros,
Ya casi sumergida,
Cuando súbitamente
El viento calma, el cielo se serena,
Y la afligida gente
Convierte en risa la pasada pena.
Mas el piloto estuvo muy sereno
Tanto en la tempestad como en bonanza,
*Pues sabe que lo malo y que lo bueno
Está sujeto a súbita mudanza.*



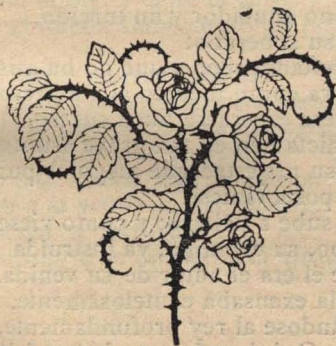
XXIV

EL TORRENTE Y EL RÍO

Despeñado un Torrente
De un encumbrado cerro,
Caía en una peña
Y atronaba el recinto con su estruendo.
Seguido de ladrones
Un triste pasajero,
Despreciando el ruido,
Atravesó el raudal sin desaliento;
Que es común en los hombres
Poseídos del miedo,
Para salvar la vida,
Exponerla tal vez a mayor riesgo.
Llegaron los bandidos,
Practicaron lo mismo
Que antes el caminante,
Y fueron en su alcance y seguimiento.
Encontró el miserable
De allí a muy poco trecho

Un Río caudaloso
Que corría apacible y en silencio.
Con tan buenas señales
Y el pródigo suceso
Del raudal bullicioso,
Determinó vadearlo sin recelo;
Mas apenas dió un paso,
Pagó su desacuerdo
Quedando sepultado
En las alevés aguas sin remedio.

*Temamos los peligros
De designios secretos;
Que el ruidoso aparato,
Si no se desvanece, anuncia el riesgo.*



XXV

EL LEÓN, EL LOBO Y LA ZORRA



Trémulo y achacoso
A fuerza de años un León estaba.
Hizo venir los médicos, ansioso
Por ver si alguno de ellos lo curaba.
De todas las especies y regiones
Profesores llegaban a millones.
Todos conocen incurable el daño;
Ninguno al rey propone el desengaño.
Cada cual su remedio le procura,
Como si la vejez tuviese cura.
Un Lobo cortesano,
Con tono adulador y fin torcido,
Dijo a su soberano:
— He notado, señor, que no ha asistido
La Zorra como médico al congreso,
Y pudiera esperarse buen suceso
De su dictamen en tan grave asunto. —
Quiso su majestad que luego al punto
Por la posta viniese.
Llega, sube a palacio; y como viese
Al Lobo, su enemigo, ya instruída
De que él era el autor de su venida,
Que ella excusaba cautelosamente,
Inclinándose al rey profundamente,
Dijo: — Quizá, señor, no habrá faltado

Quien haya mi tardanza acriminado;
 Mas será porque ignora
 Que vengo de cumplir un voto ahora
 Que por vuestra salud tenía hecho,
 Y para más provecho,
 En mi viaje traté gentes de ciencia
 Sobre vuestra dolencia.
 Convienen, pues, los grandes profesores
 En que no tenéis vicio en los humores,
 Y que solo los años han dejado
 El calor natural algo apagado;
 Pero éste se recobra y vivifica
 Sin fastidios, sin drogas de botica,
 Con un remedio simple, liso y llano,
 Que vuestra majestad tiene en la mano.
 A un Lobo vivo arránquele el pellejo,
 Haced que os lo apliquen al instante,
 Y por más que estéis débil, flaco y viejo,
 Os sentiréis robusto y rozagante,
 Con apetito tal, que sin esfuerzo
 El mismo Lobo os servirá de almuerzo. —
 Convino el rey, y entre el furor y el hierro
 Murió el infeliz Lobo como un perro.

*Así viven y mueren cada día
 En su guerra interior los palaciegos,
 Que con la emulación rabiosa ciegos,
 A degüello se tiran a porfia.
 Tomen esta lección muy oportuna:
 Lleguen a la privanza enhorabuena:
 Mas labren su fortuna
 Sin cimentarla en la desgracia ajena.*



Los Ratones y el Gato.

LIBRO QUINTO

1

LOS RATONES Y EL GATO

Marramaquiz, gran gato,
De nariz roma, pero largo olfato,
Se metió en una casa de Ratones.
En uno de sus lóbregos rincones
Puso su alojamiento.
Por delante de sí, de ciento en ciento,
Les dejaba por gusto libre el paso,
Como hace el bebedor que mira al vaso,
Y ensanchando así más sus tragaderas,
Al fin los escogía como peras.
Este fué su ejercicio cotidiano;
Pero, tarde o temprano,
Al fin ya los ratones conocían
Que por instantes se disminuían.
Don *Roepán*, cacique el más prudente
De la ratona gente,
Con los suyos formó pleno consejo,
Y dijo así con natural despejo:
— Supuesto, hermanos, que el sangriento bruto
Que metidos nos tiene en llanto y luto
Habita el cuarto bajo,
Sin que pueda subir ni aun con trabajo
Hasta nuestra vivienda, es evidente
Que se atajara el daño solamente
Con no bajar allí de modo alguno. —

El medio pareció muy oportuno;
 Y fué tan observado,
 Que ya *Marraquiz*, el muy taimado,
 Metido por el hambre en calzas prietas,
 Discurrió entre mil tretas
 La de colgarse por los pies de un palo
 Haciendo el muerto. No era el ardid malo;
 Pero don *Roepán*, luego que advierte
 Que su enemigo estaba de tal suerte,
 Asomando el hocico a su agujero:
 — ¡Hola!, dice. ¿Qué es eso, caballero?
 ¿Estás muerto de burlas, o de veras?
 ¡Si es lo que yo recelo, en vano esperas,
 Pues no nos contaremos ya seguros
 Aun sabiendo de cierto
 Que eres a más... a más de Gato muerto,
 Gato relleno ya de pesos duros!

*Si alguno llega con astuta maña
 Y una vez nos engaña,
 Es cosa muy sabida
 Que puede algunas veces
 El huir de sus trazas y dobleces
 Valernos nada menos que la vida.*



II

EL ASNO Y EL CABALLO

Iban, mas no sé adónde ciertamente,
Un Caballo y un Asno juntamente;
Este cargado, pero aquél sin carga.
El grave peso, la carrera larga,
Causaron al borrico tal fatiga
Que la necesidad misma le obliga
A dar en tierra.— ¡Amigo, compañero,
No puedo más!, decía. ¡Yo me muero!
Repartamos la carga, y será poca:
Si no, se me va el alma por la boca.—
Dice el otro: — ¡Revienta enhorabuena!
¿Por eso he de sufrir la carga ajena?
¡Gran bestia seré yo si tal hiciere!
¡Miren y qué borrico se me muere!—
Tan justamente se quejó el jumento,
Que expiró el infeliz en un momento.
El Caballo conoce su pecado,
Pues tuvo que llevar, mal de su grado,
Los fardos y aparejo todo junto:
Item más, el pellejo del difunto.

*Juan, alivia en sus penas al vecino,
Y él cuando tú las tengas, déte ayuda.
Si no lo hacéis así, temed sin duda
Que seréis el Caballo y el Pollino.*



III

EL ASNO Y EL LOBO

Un Burro cojo vió que le seguía
Un Lobo cazador, y, no pudiendo
Huir de su enemigo, le decía:
—Amigo Lobo, yo me estoy muriendo,
Me acaban por instantes los dolores
De este maldito pie de que cojeo.
Si yo no me valiese de herradores,
No me vería así como me veo.
Y pues fallezco, sé caritativo:
Sácame con los dientes este clavo.
Muera yo sin dolor tan excesivo,
Y cómeme después de cabo a rabo.
— ¡Oh!, dijo el cazador con ironía,
Contando con la presa ya en la mano.
¡No solamente sé la anatomía,
Sino que soy perfecto cirujano!
El caso es para mí una patarata:
La operación, no más que de un momento.
¡Alargue bien la pata,
Y no se me acobarde, buen jumento! —
Con su estuche molar desenvainado,

El nuevo profesor llega al doliente;
Mas éste le dispara de contado
Una coz que le deja sin un diente.
Escapa el cojo; pero el triste herido
Llorando se quedó su desventura.
— ¡Ay, infeliz de mí! ¡Bien merecido
El pago tengo de mi gran locura!
¡Yo siempre me llevé el mejor bocado
En mi oficio de Lobo carnicero!
Pues si pude vivir tan regalado,
¿A qué meterme ahora a curandero? —

*Hablemos con razón: no tiene juicio
Quien deja el propio por ajeno oficio.*





IV

EL LABRADOR Y LA PROVIDENCIA

Un labrador cansado,
En el ardiente estío,
Debajo de una encina
Reposaba pacífico y tranquilo,
Desde su dulce estancia
Miraba agradecido

El bien con que la tierra
Premiaba sus penosos ejercicios.
Entre mil producciones,
Hijas de su cultivo,
Veía calabazas,
Melones por los suelos esparcidos.
— ¿Por qué la Providencia,
Decía entre sí mismo,
Puso a la ruin bellota
En elevado y preeminente sitio?
¿Cuánto mejor sería
Que, trocando el destino,
Pendiesen de las ramas
Calabazas, melones y pepinos? —
Bien oportunamente,
Al tiempo que esto dijo,
Cayendo una bellota,
Le pegó en las narices de improviso.
— ¡Pardiez!, prorrumpió entonces
El labrador sencillo.
¡Si lo que fué bellota
Algún gordo melón hubiera sido,
Desde luego pudiera
Tomar a buen partido,
En caso semejante,
Quedar desnarigado, pero vivo! —

*Aquí la Providencia
Manifestarle quiso
Que supo a cada cosa
Señalar sabiamente su destino.
A mayor bien del hombre
Todo está repartido:
Preso el pez en su concha,
Y libre por el aire el pajarillo.*



V

EL ASNO VESTIDO DE LEÓN

Un Asno disfrazado
Con una grande piel de León andaba.
Por su temible aspecto, casi estaba
Desierto el bosque, solitario el prado.
Pero quiso el Destino
Que le llegase a ver desde el molino,
La punta de una oreja el molinero.
Armado entonces de un garrote fiero,
Dale de palos, llévalo a su casa.
Divúlgase al contorno lo que pasa;
Llegan todos a ver en el instante
Al que habían temido león reinante,
Y haciendo mofa de su idea necia,
Quien más le respetó, más le desprecia.

*Desde que oí del Asno contar esto,
Dos ochavos apuesto,
Si es que Pedro Fernández no se deja
De andar con el disfraz de caballero,
A vueltas del vestido y el sombrero,
Que le han de ver la punta de la oreja*

VI

LA GALLINA DE LOS HUEVOS DE ORO



Érase una gallina que ponía
Un huevo de oro al dueño cada día.
Aun con tanta ganancia, malcontento
Quiso el rico avariento
Descubrir de una vez la mina de oro
Y hallar en menos tiempo más tesoro.
Matóla; abrióle el vientre de contado;
Pero después de haberla registrado,
¿Qué sucedió? Que, muerta la Gallina,
Perdió su huevo de oro, y no halló mina.

*¡Cuántos hay que, teniendo lo bastante,
Enriquecerse quieren al instante,
Abrazando proyectos
A veces de tan rápidos efectos,
Que sólo en pocos meses,
Cuando se contemplaban ya marqueses,
Contando sus millones,
Se vieron en la calle sin calzones!*



VII LOS CANGREJOS

Los más autorizados, los más viejos
De todos los Cangrejos
Una gran asamblea celebraron.
Entre los graves puntos que trataron,
A propuesta de un docto presidente,
Como resolución la más urgente
Tomaron la que sigue: pues que al mundo
Estamos dando ejemplo sin segundo,
El más vil y grosero,
En andar hacia atrás como el soguero;
Siendo cierto también que los ancianos,
Duros de pies y manos,
Causándonos los años pesadumbre,
No podemos vencer nuestra costumbre,
Toda madre, desde este mismo instante,
Ha de enseñar a andar hacia adelante
A sus hijos, y dure la enseñanza
Hasta quitar del mundo tal usanza.
«¡Garras a la obra!», dicen las maestras
Que se creían diestras,
Y, sin dejar ninguno,
Ordenan a sus hijos uno a uno.





Que muevan sus patitas blandamente
Hacia adelante sucesivamente.
Pasito a paso, al modo que podían,
Ellos obedecían;
Pero al ver a sus madres que marchaban
Al revés de lo que ellas enseñaban,
Olvidando los nuevos rudimentos,
Imitaban sus pasos más contentos.
Repetían las madres sus lecciones;
Mas no bastaban teóricas razones,
Porque obraba en los jóvenes Cangrejos
Sólo un ejemplo más que mil consejos.
Cada maestra se aflige y desconsuela
No pudiendo hacer práctica su escuela;
De modo que, en efecto,
Abandonaron todas el proyecto.
Los magistrados saben el suceso,
Y en su pleno congreso
La nueva ley al punto derogaron,
Porque se aseguraron
De que en vano intentaban la reforma,
Cuando ellos no sabían ser la norma.

*Y es así que la fuerza de las leyes
Suele ser el ejemplo de los reyes.*



VIII
LAS RANAS
SEDIENTAS



Dos Ranas que vivían juntamente,
En un verano ardiente
Se quedaron en seco en su laguna.
Saltando aquí y allí, llegó la una
A la orilla de un pozo.

Llena entoces de gozo,
 Gritó a su compañera:
 — ¡Ven y salta ligera! —
 Llegó, y estando entrambas a la orilla,
 Notando como grande maravilla
 Entre los agostados juncos y heno
 El fresco pozo, casi de agua lleno,
 Prorrumpió la primera: — ¿A qué esperamos
 Que no nos arrojamós
 Al agua, que apacible nos convida? —
 La segunda responde: — ¡Inadvertida!
 Yo tengo igual deseo;
 Pero pienso y preveo
 Que, aunque es fácil al pozo nuestra entrada,
 El agua con los calores exhalada,
 Según vaya faltando,
 Nos irá dulcemente sepultando,
 Y al tiempo que salir solicitemos,
 En la Estigia laguna nos veremos. —

*Por consultar al gusto solamente,
 Entra en la nasa el pez incautamente;
 El pájaro sencillo en la red queda.
 ¿Y en qué lazos el hombre no se enreda?*



IX

EL CUERVO Y EL ZORRO

En la rama de un árbol,
Bien ufano y contento,
Con un queso en el pico,
Estaba un señor Cuervo.
Del olor atraído,
Un Zorro muy maestro
Le dijo estas palabras
A poco más o menos:
— ¡Tenga usted buenos días,
Señor Cuervo, mi dueño!
¡Vaya, que estáis donoso,
Mono, lindo en extremo!
Yo no gasto lisonjas,
Y digo lo que siento;
Que si a tu bella traza
Corresponde el gorjeo,
Juro a la diosa Ceres,
Siendo testigo el Cielo,
Que tú serás el fénix
De sus vastos imperios.—

Al oír un discurso
Tan dulce y halagüeño,
De vanidad llevado,
Quiso cantar el Cuervo.
Abrió su negro pico,
Dejó caer el queso.
El muy astuto Zorro,
Después de haberlo preso,
Le dijo: — ¡Señor bobo,
Pues sin otro alimento
Quedáis con alabanzas
Tan hinchado y repleto,
Digerid las lisonjas
Mientras digiero el queso!

*Quien oye aduladores,
Nunca espere otro premio.*





X

UN COJO Y UN PICARÓN

A un buen Cojo un descortés
Insultó atrevidamente,
Oyóle pacientemente,
Continuando su carrera;
Cuando al son de la cojera
Dijo el otro: — ¡Una, dos, tres,
Cojo es! —

Oyóle el Cojo; aquí fué
Donde el buen hombre perdió
Los estribos, pues le dió
Tanta cólera y tal ira,
Que la muleta le tira,
Quedándose, ya se ve,
Sobre un pie.

— ¡Sólo el no poder correr
Para darte el escarmiento,
Dijo el Cojo, es lo que siento!
Que este mal no me atormenta;

*Porque al hombre sólo afrenta
Lo que supo merecer
Padecer.*

XI

EL CARRETERO Y HÉRCULES

En un atolladero

El carro se atascó de Juan Regaña;
Él a nada se mueve ni se amaña,
Pero jura muy bien. ¡Gran Carretero!
A Hércules invocó, y el dios le dice:
— Aligera la carga, ceja un tanto,
Quita ahora ese canto.
¿Está? — Sí, le responde; ya lo hice. —
— Pues enarbola el látigo, y con eso
Puedes ya caminar. De esta manera,
Arreando a la Mohina y la Roncera,
Salió Juan con su carro del suceso.

*Si haces lo que estuviere de tu parte,
Pide al cielo favor, y ha de ayudarte.*



XII

LA ZORRA Y EL CHIVO

Una Zorra cazaba,
Y al seguir a un gâzapo,
Entre aquí se escabulle, allí lo atrapo,
En un pozo cayó que al paso estaba.
Cuando más le afligía su tristeza
Por no hallar la infeliz salida alguna,
Vió asomarse al brocal, por su fortuna,
Del Chivo padre la gentil cabeza.
— ¿Qué tal?, dijo el barbón. ¿El agua es salada?
— Es tal dulce, tan fresca y deliciosa,
Respondió la raposa,
Que en el tal pozo estoy como encantada.—
Al agua el Chivo se arrojó sediento.
Monta sobre él la Zorra, de manera
Que, haciendo de sus cuernos escalera,
Pilla el brocal, y sale en el momento.
Quedó el pobre atollado. ¡Cosa dura!

*Más ¿quién podrá a la Zorra dar castigo,
Cuando el hombre, aun a costa de su amigo,
Del peligro mayor salir procura?*



Los dos Gallos.

XIII

LOS DOS GALLOS

Habiendo a su rival vencido un Gallo,
Quedó entre sus gallinas victorioso,
Más grave, más pomposo
Que el mismo Gran Sultán en su serrallo.
Desde un alto pregona vocinglero
Su gran hazaña. El gavilán lo advierte,
Le pillá, le arrebatá, y por su muerte
Quedó el rival señor del gallinero.

*Consuele al abatido tal mudanza:
Sirva también de ejemplo a los mortales
Que se juzgan exentos de los males
Cuando se ven en próspera bonanza.*



XIV

LA MONA Y LA ZORRA

En visita una Mona
Con una Zorra estaba cierto día,
Y así, ni más ni menos, le decía:
— Por mi fe que tenéis bella persona,
Gallardo talle, cara placentera,
Airosa en el andar como vos sola;
Y a no ser tan deforme vuestra cola,
Serías en lo hermoso la primera.

Escuchad un consejo
Que ha de ser a las dos muy importante:
Yo os la he de cortar, y lo restante
Me lo acomodaré por zagalejo.
¡Abrenuncio!, la Zorra le responde.
Es cosa para mí menos amarga
Barrer el suelo con mi cola larga
Que verla por pañal bien sé yo dónde.

*Por ingenioso que el necesitado
Sea para pedir al avariento,
Éste será de superior talento
Para negarse a dar de lo sobrado.*



XV

EL LOBO, LA ZORRA Y EL MONO JUEZ

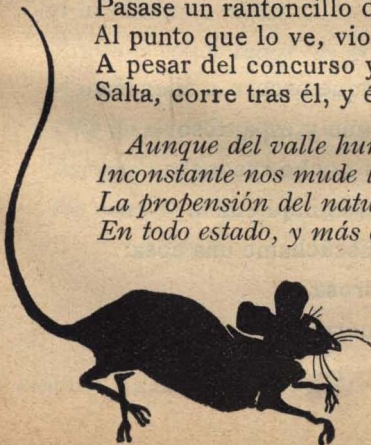
Un Lobo se quejó criminalmente
De que una Zorra astuta le robase.
El Mono juez, como ella lo negase,
Dejólos alegar prolijamente.
Enterado, pronuncia la sentencia:
— No consta que te falte nada, Lobo;
Y tú, raposa, tú tienes el robo —
Dijo; y los despidió de su presencia.
Esta contradicción es cosa buena,
Lo dijo el docto Mono con malicia:

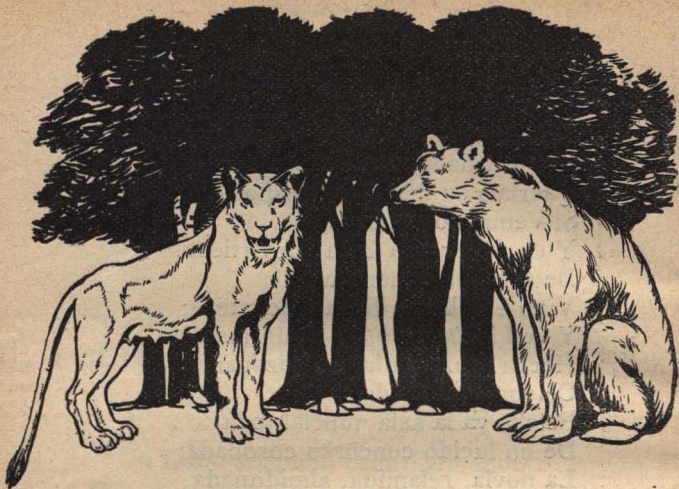
*Al perverso su fama le condena,
Aun cuando alguna vez pida justicia.*

LA GATA MUJER

Zapaquilda la bella
Era gata doncella
Muy recatada, no menos hermosa.
Queríala su dueño por esposa,
Si Venus consintiese
Y en mujer a la Gata convirtiese.
De agradable manera
Vino en ello la diosa placentera;
Y ved a *Zapaquilda* en un instante
Hecha moza gallarda, rozagante.
Celebróse la boda.
Estaba ya la sala nupcial toda
De un lucido concurso coronada;
La novia, relamida, almidonada,
Junto al novio galán enamorado;
Todo brillantemente preparado,
Cuando quiso la diosa
Que cerca de la esposa
Pasase un rantoncillo de repente.
Al punto que lo ve, violentamente,
A pesar del concurso y de su amante,
Salta, corre tras él, y échale el guante.

*Aunque del valle humilde a la alta cumbre
Inconstante nos mude la fortuna,
La propensión del natural es una
En todo estado, y más con la costumbre.*





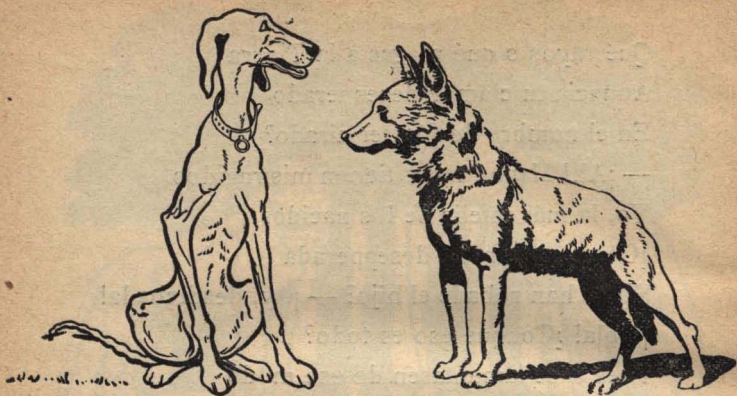
XVII

LA LEONA Y EL OSO

Dentro de un bosque oscuro y silencioso,
Con un rugir continuo y espantoso
Que en medio de la noche resonaba,
Una Leona a las fieras inquietaba.
Dícele un Oso: — Escúchame una cosa:
¿Qué tragedia horrorosa
O qué sangrienta guerra,

Qué rayos o qué plagas a la Tierra
 Anuncia tu clamor desesperado
 En el nombre de Júpiter airado?
 — ¡Ah! Mayor causa tienen mis rugidos.
 Yo, la más infeliz de los nacidos,
 ¿Cómo no moriré desesperada
 Si me han robado el hijo? — ¡Ay, desdichada!
 ¡Hola! ¿Conque eso es todo?
 Pues si se lamentasen de ese modo
 Las madres de los muchos que devoras,
 ¡Buena música hubiera a todas horas!
 ¡Vaya, vaya, consuélate como ellas;
 No nos quiten el sueño tus querellas! —

*A desdichas y males
 Vivimos condenados los mortales:
 A cada cual, no obstante, le parece
 Que de esta ley una excepción merece.
 Así nos conformamos con la pena,
 No cuando es propia, sí cuando es ajena.*



XVIII

EL LOBO Y EL PERRO FLACO

Distante de la aldea
Iba cazando un Perro
Flaco, que parecía
Un andante esqueleto.
Cuando menos lo piensa,
Un Lobo lo hizo preso.
Aquí de sus clamores,
De sus llantos y ruegos.
— Decidme, señor Lobo:
¿Qué queréis de mi cuerpo,
Si no tiene otra cosa
Que huesos y pellejo?
Dentro de quince días

Casa a su hija mi dueño,
Y ha de haber para todos
Arroz y gallo muerto.
Dejadme ahora libre,
Que, pasado este tiempo,
Podréis comerme a gusto,
Lucio, gordo y relleno. —
Quedaron convenidos,
Y apenas se cumplieron
Los días señalados,
El Lobo buscó al Perro.
Estábase en su casa
Con otro compañero
Llamado *Matalobos*,
Mastín de los más fieros.
Salen a recibirle
Al punto que lo vieron.
Matalobos bajaba
Con corbatín de hierro.
No era el Lobo persona
De tantos cumplimientos,
Y así, por no gastarlos,
Cedió de su derecho.
Huía, y le llamaban;
Mas él iba diciendo
Con el rabo entre piernas:
— Pies, ¿para qué os quiero? —

*Hasta los niños saben
Que es de mayor aprecio
Un pájaro en la mano
Que por el aire ciento.*



XIX

LA OVEJA Y EL CIERVO

Un celemín de trigo
Pidió a la Oveja el Ciervo, y le decía:
— Si es que usted de mi paga desconfía,
A presentar me obligo
Un fiador desde luego
Que no dará lugar a tener queja.
— ¿Y quién es ese?, preguntó la Oveja.
— Es un Lobo abonado, llano y lego.
— ¿Un Lobo? ¡Ya! Mas hallo un embarazo:
Si no tenéis más fincas que él sus dientes
Y tú los pies para escapar valientes,
¿A quién acudiré, cumplido el plazo? —

*Si quién es el que pide y sus fiadores
Antes de dar prestado se examina,
Será menor, sin otra medicina,
La peste de los malos pagadores.*



XX LA ALFORJA

En una Alforja al hombro
Llevo los vicios:
Los ajenos delante,
Detrás los míos.

*Esto hacen todos:
Así ven los ajenos,
Mas no los propios.*

XXI

EL ASNO INFELIZ

Yo conocí un jumento
Que murió muy contento
Por creer (y no iba fuera de camino)
Que así cesaba su fatal destino.
Pero la adversa suerte
Aun después de su muerte
Lo persiguió: dispuso que al difunto
Le arrancasen el cuero luego al punto
Para hacer tamboriles
Y que en los regocijos pastoriles
Bailasen las zagalas en el prado
Al son de su pellejo baqueteado.

*Quien por su mala estrella es infelice,
Aun muerto lo será: Fedro lo dice.*



XXII

EL JABALÍ Y LA ZORRA

Sus terribles colmillos aguzaba
Un Jabalí en el tronco de una encina.
La Zorra, que vecina
Del animal cerdoso se miraba,
Le dice: — Extraño el verte,
Siendo tú en paz señor de la bellota,
Cuando ningún contrario te alborota,
Que tus armas afiles de esa suerte. —
La fiera le responde: — Tengo oído
Que en la paz se prepara el buen guerrero,
Así como en la calma el marinero,
Y que vale por dos el prevenido.



XXIII

LA COMADREJA Y LOS RATONES

Débil y flaca cierta Comadreja,
No pudiendo ya más, de puro vieja,
Ni cazaba ni hacía provisiones
De abundantes Ratones,
Como en tiempos pasados,
Que elegía los tiernos, regalados,
Para cubrir su mesa.
Sólo de tarde en tarde hacía presa
En tal cual que pasaba muy cercano,
Gotoso, paralítico o anciano.
Obligada del hambre, cierto día
Urdió el modo mejor con que saldría
De aquella pobre situación hambrienta,
Pues la necesidad todo lo inventa.
Esta vieja taimada
Métese entre la harina amontonada.

Alerta y con cautela,
Cual suele en la garita el centila,
Espera ansiosa su feliz momento
Para la ejecución del pensamiento.
Llega el Ratón sin conocer su ruina,
Y mete el hociquillo entre la harina.
Entonces ella le echa de repente
La garra al cuello y al hocico el diente.
Con este nuevo ardid tan oportuno,
Se los iba embuchando de uno en uno,
Y a merced de discurso tan extraño
Logró sacar su tripa de mal año.

*Es un feliz ingenio interesante:
Él nos ayuda, si el poder nos deja;
Y al ver lo que pasó a la Comadreja,
¿Quién no aguzará el suyo en adelante?*



El Lobo y el Perro.

XXIV

EL LOBO Y EL PERRO

En busca de alimento
Iba un Lobo muy flaco y muy hambriento.
Encontró con un Perro tan relleno,
Tan lucio, sano y bueno,
Que le dijo: — Yo extraño
Que estés tan de buen año
Como se deja ver por tu semblante,
Cuando a mí, más pujante,
Más osado y sagaz, mi triste suerte
Me tiene hecho retrato de la muerte. —
El Perro respondió: — Sin duda alguna
Lograrás, si tú quieres, mi fortuna.
Deja el bosque y el prado,
Retírate a poblado;
Servirás de portero
A un rico caballero,
Sin otro afán ni más ocupaciones
Que defender la casa de ladrones.
— Acepto desde luego tu partido,
Que para mucho más estoy curtido.
Así me libraré de la fatiga,
A que el hambre me obliga,
De andar por montes, sendeando peñas,
Trepando riscos y rompiendo breñas,
Sufriendo de los tiempos los rigores,
Lluvias, nieves, escarchas y calores. —
A paso diligente
Marchaban juntos amigablemente,
Tratando varios puntos de confianza
Pertenecientes a llenar la panza.

En esto el Lobo, por algún recelo
 Que comenzó a turbarle su consuelo,
 Mirando al Perro dijo: — He reparado
 Que tienes el pescuezo algo pelado.
 Dime: ¿qué es eso? — Nada.
 — ¡Dímelo, por tu vida, camarada!
 — No es más que la señal de la cadena;
 Pero no me da pena,
 Pues aunque por inquieto
 A ella estoy sujeto,
 Me sueltan cuando comen mis señores.
 Recíbenme a sus pies con mil amores;
 Ya me tiran el pan, ya la tajada,
 Y todo aquello que les desagrada;
 Este lo mal asado;
 Aquél, un hueso poco descarnado;
 Y aun un glotón, que todo se lo traga,
 A lo menos me halaga
 Pasándome la mano por el lomo.
 Yo meneo la cola, callo y como.
 — Todo eso es bueno, yo te lo confieso;
 Pero, por fin y postre, tú estás preso.
 Jamás sales de casa,
 Ni puedes ver lo que en el pueblo pasa.
 ¿Es así? Pues, amigo,
 La amada libertad que yo consigo
 No he de trocarla de manera alguna
 Por tu abundante y próspera fortuna.
 ¡Marcha, marcha a vivir encarcelado!
 ¡No serás envidiado
 De quien pasea el campo libremente,
 Aunque tú comas tan glotonamente
 Pan, tajadas y huesos, porque, al cabo,
No hay bocado en sazón para un esclavo.

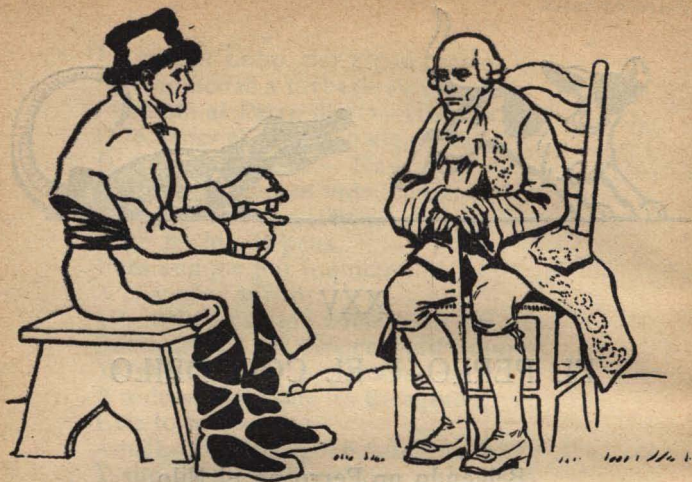


XXV

EL PERRO Y EL COCODRILO

Bebiendo un Perro en el Nilo,
Al mismo tiempo corría.
— ¡Bebe quieto!, le decía
Un taimado Cocodrilo.
Díjole el Perro, prudente:
— Dañoso es beber y andar;
Pero ¿es sano el aguardar
A que me claves el diente?

*¡Oh; qué docto perro viejo!
Yo venero su sentir
En esto de no seguir
Del enemigo el consejo.*



LIBRO SEXTO

I

EL PASTOR Y EL FILÓSOFO

De los confusos pueblos apartado,
Un anciano Pastor vivió en su choza,
En el feliz estado en que se goza
Existir ni envidioso ni envidiado.
No turbó con cuidados la riqueza
A su tranquila vida,
Ni la extremada mísera pobreza
Fué del dichoso anciano conocida.

Empleado en su labor gustosamente,
Envejeció: sus canas, su experiencia
Y su virtud le hicieron, finalmente,
Respetable varón, hombre de ciencia.
Voló su grande fama por el mundo,
Y llevado de nueva tan extraña,
Acercóse un Filósofo profundo
A la humilde cabaña
Y preguntó al Pastor: — Dime: ¿en qué escuela
Te hiciste sabio? ¿Acaso te ocupaste
Largas noches leyendo a la candela?
¿A Grecia y Roma sabias observaste?
¿Sócrates refinó tu entendimiento?
¿La ciencia de Platón has tú medido?
¿O pesaste de Tulio el gran talento?
¿O tal vez, como Ulises, has corrido
Por ignorados pueblos y confusos,
Observando costumbres, leyes y usos?
— Ni las letras seguí, ni como Ulises,
Humildemente respondió el anciano,
Discurrí por incógnitos países:
Sé que el género humano
En la escuela del mundo lisonjero
Se instruye en la doblez y en la patraña.
Con la ciencia que engaña,
¿Quién podrá hacerle sabio verdadero?
Lo poco que yo sé me lo ha enseñado
Naturaleza en fáciles lecciones,
Un odio firme al vicio me ha inspirado,
Ejemplos de virtud da a mis acciones.
Aprendí de la abeja lo industrioso,
Y de la hormiga, que en guardar se afana,

A pensar en el día de mañana.
Mi mastín, el hermoso
Y fiel sin semejante
De gratitud y lealtad constante
Es el mejor modelo,
Y si acierto a copiarle, me consuelo.
Si mi nupcial amor lecciones toma,
Las encuentra en la cándida paloma.
La gallina a sus pollos abrigando
Con sus piadosas alas como madre,
Y las sencillas aves aun volando,
Me prestan reglas para ser buen padre.
Sabia Naturaleza, mi maestra,
Lo malo y lo ridículo me muestra
Para hacérmelo odioso.
Jamás hablo a las gentes
Con aire grave, tono jactancioso,
Pues saben los prudentes
Que, lejos de ser sabio el que así hable,
Será un buho solemne, despreciable.
Un hablar moderado,
Un silencio oportuno
En mis conversaciones he guardado;
El hablador molesto e importuno
Es digno de desprecio:
Quien escuche a la urraca, será un necio.
A los que usan la fuerza y el engaño
Para el ajeno daño
Y usurpan a los otros su derecho,
Los debe aborrecer un noble pecho.
Únanse con los lobos en la caza,
Con milanos y halcones,

Con la maldita serpentina raza,
Caterva de carnívoros ladrones.
Mas, ¡qué dije!, los hombres tan malvados
Ni aun merecen tener estos aliados.
No hay dañino animal tan peligroso
Como el usurpador y el envidioso.
Por último, en el libro interminable
De la Naturaleza yo medito:
En todo lo creado es admirable;
Del ente más sencillo y pequeñito
Una contemplación profunda alcanza
Los más preciosos frutos de enseñanza.
— Tu virtud acredita, buen anciano,
El Filósofo exclama,
Tu ciencia verdadera y justa fama.
Vierte el género humano
En sus libros y escuelas sus errores.
En preceptos mejores:
Nos da Naturaleza su doctrina.

*Así, quien sus verdades examina
Con la meditación y la experiencia,
Llegará a conocer virtud y ciencia.*

II

EL HOMBRE Y LA FANTASMA

Un joven licencioso
Se hallaba en un estado vergonzoso
Con sus males secretos retirado.
En soledad, doliente, exasperado,
Cavila, llora, canta, jura, reza,
Como quien ha perdido la cabeza.
— ¿Te falta la salud? Pues, caballero,
De todo tu dinero,
Nobleza, juventud y poderío
Sábete que me río:
Trata de recobrarla, pues perdida,
¿De qué sirven los bienes de la vida? —
Todo esto una Fantasma le previno,
Y al instante se fué como se vino.
El enfermo se cuida, se repone,
Un nuevo plan de vida se propone.
En efecto; se casa,
Cércanle los cuidados de la casa,
Que se van aumentando de hora en hora;
La mujer, ¡Dios nos libre!, gastadora
Aún mucho más que rica,
Los hijos y las deudas multiplica;
De modo que el marido,
Más que nunca aburrido,
Se puso sobre un pie de economía,
Que, estrechándola más de día en día,
Al fin se enriqueció con opulencia.

La Fantasma le dice: — En mi conciencia,
Que te veo amarillo como el oro,
Tienes tu corazón en el tesoro:
Miras sobre tu pecho acongojado
El puñal del ladrón enarbolado;
Las noches pasas en mortal desvelo.
¿Y así quieres vivir? ¡Qué desconsuelo! —
El Hombre, como caso milagroso,
Se transformó de avaro en ambicioso,
Llegó dentro de poco a la privanza;
El Señor don Dinero ¿qué no alcanza?
La Fantasma le muestra claramente
Un falso confidente,
Cien traidores amigos
Que quieren ser autores y testigos
De su pronta caída.
Resuélvese a dejar aquella vida,
Y, ya desengañado,
En los campos se mira retirado.
Buscaba los placeres inocentes
En las flores y frutas diferentes.
¿Quieren ustedes creer (esto me pasma)
Que aun allí le persigue la Fantasma?
— Los insectos, los hielos y los vientos,
Todos los elementos
Y las plagas de todas estaciones,
Han de ser en el campo tus ladrones.—
¿Pues adónde irá el pobre caballero?

*Digo que es un solemne majadero
Todo aquel que pretende
Vivir en este mundo sin su duende.*



III

EL JABALÍ Y EL CARNERO

De la rama de un árbol un carnero
Degollado pendía:
En él a sangre fría
Cortaba el remangado carnicero.
El rebaño inocente,
Que trágico espectáculo miraba,
De miedo, ni pacía ni balaba.
Un Jabalí gritó: — ¡Cobarde gente

Que miráis la carnívora matanza!
¿Cómo no os vengáis del enemigo? —
— Tendrá, dijo un carnero, su castigo;
Mas no de nuestra parte la venganza.
La piel, que arranca con sus propias manos,
Sirve para los pleitos y la guerra,
Las dos mayores plagas de la tierra
Que afligen a los míseros humanos.
Apenas nos desuellan, se destina
Para hacer pergaminos y tambores.

*Mira cómo los hombres malhechores
Labran en su maldad su propia ruina.*





VI

LA MUJER, EL RAPOSO Y EL GALLO

Con las orejas gachas
Y la cola entre piernas,
Se llevaba un Raposo
Un Gallo de la aldea.
Muchas gracias al alba,
Que pudo ver la fiesta,
Al salir de su casa
Juana la madruguera,
Como una loca grita:
— ¡Vecinos, que le lleva!
¡Que es el mío, vecinos! —
Oye el Gallo las quejas,
Y le dice al Raposo;



— Dile que no nos mienta,
Que soy tuyo, y muy tuyo.—
Volviendo la cabeza,
Les responde el Raposo:
— ¿Oyes, gran embustera?
No es tuyo, sino mío:
Él mismo lo confiesa.—
Mientras esto decía,
El Gallo libre vuela,
Y en la copa de un árbol
Canta que se las pela.
El Raposo, burlado,
Huyó, ¡quién lo creyera!

*Yo, pues, a más de cuatro
Muy zorros en sus tretas,
Por hablar a destiempo
Los vi perder la presa.*





V

EL FILÓSOFO Y EL RÚSTICO

La del alba sería

La hora en que un Filósofo salía

A meditar al campo solitario

En lo hermoso y lo vario

Que a la luz de la aurora nos enseña

Naturaleza, entonces más risueña.

Distraído, sin senda caminaba,

Cuando llegó a un cortijo, donde estaba

Con un martillo el Rústico en la mano,

En la otra, un milano,

Y sobre una portátil escalera.

— ¿Qué haces de esa manera? —

El Filósofo dijo.

— Castigar a un ladrón de mi cortijo,

Que en mi corral ha hecho más destrozos

Que todos los ladrones en Toroños.

Le clavo en la pared. — ¡Ya estoy contento!
¡Sirva a toda su raza de escarmiento!
— El matador es digno de la muerte,
El sabio dijo; mas si de esta suerte
El milano merece ser tratado,
¿De qué modo será bien castigado
El hombre sanguinario, cuyos dientes
Devoran a infinitos inocentes,
Y cuenta como mísera su vida
Si no hace de cadáveres comida?
Y aun tú, que así castigas los delitos,
Cenarías anoche tus pollitos.
— Al mundo lo encontramos de este modo,
Dijo airado el patán; y, sobre todo,
Si lo mismo son hombres que milanos,
Guárdese, no le pille entre mis manos.—
El sabio se dejó de reflexiones.

*Al tirano le ofenden las razones
Que demuestran su ogullo y tiranía,
Mientras, por su sentencia, cada día
Muere (viviendo él mismo impunemente)
Por menores delitos otra gente.*

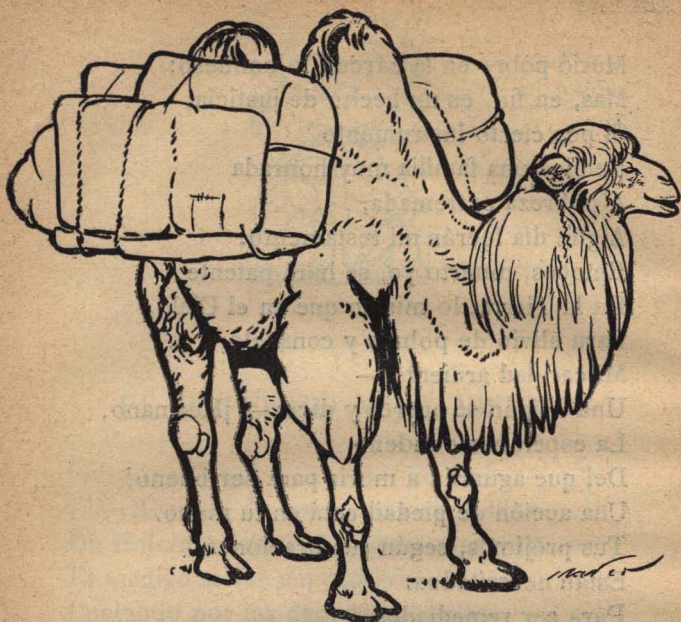


VI

EL ENFERMO Y LA VISIÓN

— ¡Conque de tus recetas exquisitas,
Un Enfermo exclamó, ninguna alcanza!...—
El médico se fué sin esperanza,
Contando por los dedos sus visitas.
Así desengañado,
Y creciendo por horas su dolencia,
De este modo examina su conciencia:
— En todos mis contratos he logrado,
No lo niego, ganancia muy segura;
Trabajé en calcular mis intereses,
Aumenté mi caudal en pocos meses,
Más por felicidad que por usura.
Sin rencor ni malicia
Hice que a mi deudor pusieran preso.

Murió pobre en la cárcel, lo confieso;
Mas, en fin, es un hecho de justicia.
Si por cierto instrumento
Reduce una familia muy honrada
A pobreza extremada,
Algún día leerán mi testamento.
Entoces, muerto yo, se hará patente
En la Tierra, lo mismo que en el Cielo,
Para alivio de pobres y consuelo,
Mi caridad ardiente.—
Una Visión se acerca y dice: — ¡Hermano,
La esperanza condeno
Del que aguarda a morir para ser bueno!
Una acción de piedad está en tu mano.
Tus prójimos, según sus oraciones,
Están necesitados:
Para ser remediados
Han menester siquiera cien doblones.
— ¡Cien doblones! ¡No es nada!
Y si, porque Dios quiera, no me muero
Y después me hace falta ese dinero,
¿Sería caridad bien ordenada?
— Avaro, ¿te resistes? Pues al cabo
Te anuncio que tu muerte está cercana.
— ¿Me muero? ¡Pues que esperen a mañana! —
La Visión se volvió sin un ochavo.



VII

EL CAMELLO Y LA PULGA

Al que ostenta valimiento
Cuando su poder es tal
Que ni influye en bien ni en mal,
Le quiero contar un cuento.

En una larga jornada,
Un Camello muy cargado
Exclamó, ya fatigado:

— ¡Oh; qué carga tan pesada! —

Doña Pulga, que montada
Iba sobre él, al instante

Se apea y dice arrogante:

— ¡Del peso te libro yo! —

El Camello respondió:

— ¡Gracias, señor elefante!



VIII

EL CERDO, EL CARNERO Y LA CABRA

Poco antes de morir un corderillo
Lame alegre la mano y el cuchillo
Que han de ser de su muerte el instrumento,
Y es feliz hasta el último momento.
Así, cuando es el mal inevitable
En quien menos prevé más envidiable.
Bien oportunamente mi memoria
Me presenta el lechón de cierta historia.
Al mercado llevaba un carretero
Un Marrano, una Cabra y Carnero.
Con perdón, el cochino
Clamaba sin cesar en el camino:
— ¡Esta sí que es miserial
¡Perdido soy! ¡Me llevan a la feria! —
Así gritaba; mas ¡con qué gruñidos!
No dió en su esclavitud tales gemidos

Hécuba la intelice.

El carretero al gruñidor le dice:

— ¿No miras al Carnero y a la Cabra,
Que vienen sin hablar una palabra?

— ¡Ay, señor, le responde; ya lo veo!
¡Son tontos, y no piensan! ¡Yo preveo
Nuestra muerte cercana!

A los dos por la leche y por la lana
Quizá no matarán tan prontamente;
Pero a mí, que soy bueno solamente
Para pasto del hombre, no lo dudo.
¡Mañana comerán de mi menudo!
¡Adiós, pocilga! ¡Adiós, gamella mía! —
Sutilmente su muerte preveía.
Mas ¿qué lograba el pensador marrano?
Nada, sino sertirla de antemano.

*El dolor ni los ayes es seguro
Que no remediarán el mal futuro.*

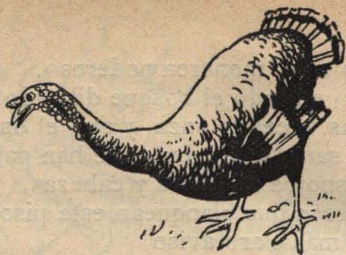


IX

EL LEÓN, EL TIGRE Y EL CAMINANTE

Entre sus fieras garras oprimía
Un Tigre a un caminante.
A los tristes quejidos, al instante
Un León acudió con bizzaría.
Lucha, vence a la fiera, y lleva al hombre
A su regia caverna. — Toma aliento,
Le decía el León; nada te asombre.
Soy tu libertador, estáme atento.
¿Habrá bestia sañuda y enemiga
Que se atreva a mi fuerza incomparable?
Tú puedes responder, o que lo diga
Esa pintada fiera despreciables.

¡Yo, yo solo, monarca poderoso,
Domino en todo el bosque dilatado!
¡Cuántas veces la onza, y aun el oso,
Con su sangre el tributo me han pagado!
Los despojos de pieles y cabezas,
Los huesos que blanquean este piso,
Dan el más claro aviso
De mi valor sin par y mis proezas.
— Es verdad, dijo el hombre, soy testigo;
Los triunfos miro de tu fuerza airada;
Contemplo a tu nación amedrentada.
Al librarme, venciste a mi enemigo,
En todo esto, señor, con tu licencia,
Sólo es digna del trono tu clemencia.
Sé benéfico, amable,
En lugar de despótico, tirano;
Porque, señor, es llano
Que el monarca será más venturoso
Cuando hiciere a su pueblo más dichoso.
— Con razón has hablado,
Y ya me causa pena
El haber yo buscado
La propia gloria en la desdicha ajena.
En mis jóvenes años
El orgullo produjo mil errores,
Que me los ha encubierto con engaños
Una corte servil de aduladores.
*Ellos me aseguraban de concierto
Que por el mundo todo
No reinan los humanos de otro modo.
Tú lo sabrás mejor. Dime: ¿y es cierto?*



X

LA PAVA Y LA HORMIGA

Al salir con las yuntas
Los criados de Pedro,
El corral se dejaron
De par en par abierto.
Todos los pavipollos
Con su madre se fueron,
Aquí y allí picando
Hasta el cercano otero.
Muy contenta la pava,
Decía a sus polluelos:
—Mirad, hijos, el rastro
De un copioso hormiguero.
¡Ea; comed hormigas,
Y no tengáis recelo,
Que yo también las como!
Es un sabroso cebo,

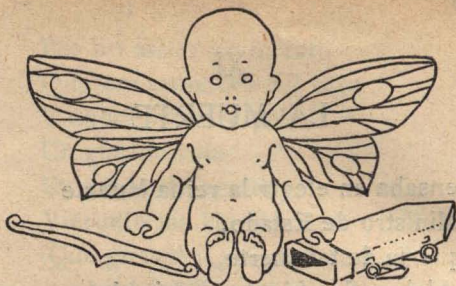
¡Picad, queridos míos!
¡Oh; qué días los nuestros,
Si no hubiese en el mundo
Malditos cocineros!
Los hombres nos devoran,
Y todos nuestros cuerpos
Humean en las mesas
De nobles y plebeyos.
A cualquier fiestecilla
Ha de haber pavos muertos.
¡Qué pocas Navidades
Contaron mis abuelos!
¡Oh glotones humanos,
Cruelles carniceros! —
Mientras tanto una Hormiga
Se puso en salvamento
Sobre un árbol vecino,
Y gritó con denuedo:
— ¡Hola! ¿Conque los hombres
Son crueles, perversos?
¿Y qué seréis los pavos?
¡Ay de mí! ¡Ya lo veo!
¡A mis tristes parientes,
¡Qué digo! a todo el pueblo,
Sólo por desayuno
Os lo vais engullendo! —
No respondió la Pava

Por no saber un cuento
Que era entonces del caso
Y ahora viene al pelo:
Un gusano roía
Un grano de centeno;
Viéronlo las Hormigas:
¡Qué gritos! ¡Qué aspavientos!
— ¡Aquí fué Troya!, dicen.
¡Muere, pícaro perro! —
Y ellas, ¿que hacían? Nada:
Robar todo el granero.

*Hombres, pavos, hormigas,
Según estos ejemplos,
Cada cual en su libro
Esta moral tenemos.
La falta leve en otro
Es un pecado horrendo;
Pero el delito propio,
No más que pasatiempo.*

XI
LA MUERTE

Pensaba en elegir la reina Muerte
Un Ministro de Estado:
Le quería de tal suerte
Que hiciese floreciente su reinado.
— El Tabardillo, Gota, Pulmonía
Y todas las demás enfermedades
Yo conozco, decía,
Que tienen excelentes cualidades.
Mas ¿qué importa? La Peste, por ejemplo,
Un ministro sería sin segundo;
Pero ya por inútil la contemplo,
Habiendo tanto médico en el mundo.
Uno de éstos elijo... ¡Mas no quiero,
Que están muy bien premiados sus servicios
Sin otra recompensa que el dinero! —
Pretendieron la plaza algunos vicios,
Alegando en su abono mil razones.
Consideró la reina su importancia;
Y después de maduras reflexiones
El empleo ocupó la Intemperancia.

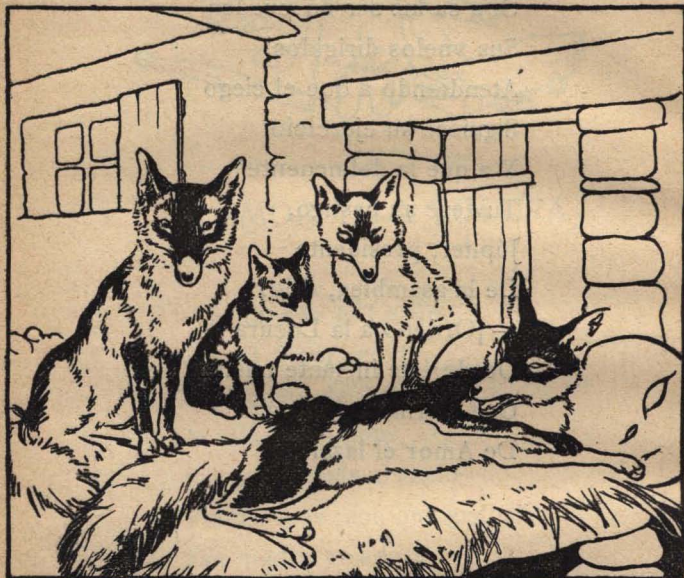


XII

EL AMOR Y LA LOCURA

Habiendo la Locura
Con el Amor reñido,
Dejó ciego de un golpe
Al miserable niño.
Venganza pide al Cielo
Venus; mas ¡con qué gritos!
Era madre y esposa:
Con esto queda dicho.
Queréllase a los dioses,
Presentando a su hijo:
— ¡De qué sirven las flechas,
De qué el arco a Cupido,
Faltándole la vista

Para asestar sus tiros!
¡Quítensele las alas
Y aquel ardiente cirio,
Si a su luz ser no pueden
Sus vuelos dirigidos! —
Atendiendo a que el ciego
Siguiese su ejercicio
Y a que la delincuente
Tuviese su castigo,
Júpiter, presidente
De la asamblea, dijo:
— ¡Ordeno a la Locura
Desde este instante mismo
Que eternamente sea
De Amor el lazarillo!



El Raposo enfermo.

LIBRO SÉPTIMO

I

EL RAPOSO ENFERMO

El tiempo, que consume de hora en hora
Los fuertes murallones elevados,
Y lo mismo devora
Montes agigantados,
A un Raposo quitó de día en día
Dientes, fuerza, valor, salud, de suerte
Que él mismo conocía
Que se hallaba en las garras de la muerte.
Cercado de parientes y de amigos,
Dijo en trémula voz y lastimera:
— ¡Oh vosotros, testigos
De mi hora postrera!
¡Atentos escuchad un desengaño!
Mis ya pasadas culpas me atormentan.
Ahora, conjuradas en mi daño,
¿No veis como a mi lado se presentan?
¡Mirad, mirad los gansos inocentes
Con su sangre teñidos,
Y los pavos en partes diferentes
Al furor de mis garras divididos!
¡Apartad esas aves que aquí veo
Y me piden sus pollos devorados!
¡Su infernal cacareo
Me tiene los oídos penetrados! —
Los Raposos le afirman con tristeza,
No sin lamerse labios y narices:
— ¡Tienes debilitada la cabeza!
Ni una pluma se ve de cuanto dices:

Bien lo puedes creer, que si se viese...
— ¡Oh glotones! ¡Callad, que ya os entiendo!,
El enfermo exclamó. ¡Si yo pudiese
Corregir las costumbres, cual pretendo!
¿No sentís que los gustos,
Si son contra la paz de la conciencia,
Se cambian en disgustos?
Tengo en esta verdad gran experiencia.
Expuestos a las trampas y los perros,
Matáis, y perseguís a todo trapo
En la aldea gallinas, y en los cerros,
Los inocentes lomos del gazapo.
¡Moderad, hijos míos, las pasiones!
¡Observad vida quieta y arreglada,
Y con buenas acciones
Ganaréis opinión muy estimada! —
— Aunque nos convirtamos en corderos,
Le respondió un oyente sentencioso,
Otros han de robar los gallineros
A costa de la fama del Raposo.
Jamás se cobra la opinión perdida.
Esto es lo uno; Mas ¿usted pretende
Que mudemos de vida?
Quien malas mañas ha... ¡Ya usted me entiende!—
— Sin embargo, hermanito, crea, crea...
El enfermo le dijo. Mas ¿qué siento?
¿No oís que una gallina cacarea? —
¡Esto sí que no es cuento!
¡Adios sermón! Escápase la gente.
El enfermo orador esfuerza el grito:
— ¿Os vais, hermanos? ¡Pues tened presente
Que no me haría daño algún pollito!

II

DEMETRIO Y MENANDRO

*Si te falta el buen nombre,
Fabio, en vano presumes
Que en el mundo te tengan por gran hombre
Sin más que por tus galas y perfumes.*

Demetrio el Faleriano se apodera
De Atenas, y aunque fué con tiranía,
De agradable manera
Los del vulgo le aclaman a porfía.
Los grandes y los nobles distinguidos
Con fingido placer la mano besan
Que los tiene oprimidos.
Aun a los que en el ocio se embelesan
Y a la poltrona gente
Los arrastra el temor al cumplimiento.
Con ellos va Menandro juntamente,
Dramático escritor de gran talento,
Cuyas obras leyó sin conocerle
Demetrio. Con perfumes olorosos
Y pasos afectados entra. Al verle
Llegar entre los tardos perezosos,
El nuevo arconte prorrumpió enojado:
— ¿Con qué valor se pone en mi presencia
Ese hombre afeminado?
— ¡Señor le respondió la concurrencia,
Es Menandro, el autor! — Al punto muda
De semblante el tirano;
Al escritor saluda.
Y con grata expresión le da la mano.



III

LAS EXEQUIAS DE LA LEONA

En su regia caverna inconsolable
El rey león yacía,
Porque en el mismo día
Murió, ¡cruel dolor!, su esposa amable.
A palacio la corte toda llega,
Y en fúnebre aparato se congrega.
En la cóncava gruta resonaba
Del triste rey el doloroso llanto.
Allí los cortesanos entretanto
También gemían, porque el rey lloraba;
Que si el viudo monarca se riera,
La corte lisonjera
Trocara en risa el lamentable paso.
Perdone la difunta: voy al caso.

Entre tanto sollozo,
 El Ciervo no lloraba, ¡yo lo creo!,
 Porque, lleno de gozo,
 Miraba ya cumplido su deseo.
 La tal reina le había devorado
 Un hijo y la mujer al desdichado.
 El Ciervo, al fin, no llora.
 El concurso lo advierte,
 El monarca lo sabe, y en la hora
 Ordena con furor darle la muerte.
 —¿Cómo podré llorar, el Ciervo dijo,
 Si apenas puedo hablar de regocijo?
 ¡Ya disfruta, gran rey, más venturosa
 Los Elíseos Campos vuestra esposa!
 Me lo ha revelado a la venida,
 Muy cerca de la gruta aparecida:
 Me mandó lo callase algún momento,
 Porque gusta mostréis el sentimiento. —
 Dijo así, y el concurso cortesano
 Aclamó por milagro la patraña.
 El Ciervo consiguió que el soberano
 Cambiase en amistad su fiera saña.

*Los que en la indignación han incurrido
 De los grandes señores,
 A veces su favor han conseguido
 Con ser aduladores;
 Mas no por eso advierto
 Que el medio sea justo, pues es cierto
 Que a más príncipes vicia
 La adulación servil que la malicia.*



IV

EL POETA Y LA ROSA

Una fresca mañana
En el florido campo
Un poeta buscaba
Las delicias de Mayo.
Al peso de las flores
Se inclinaban los ramos,
Como para ofrecerse
Al huésped solitario.
Una rosa lozana,
Movida al aire blando,
Le llama, y él se acerca,
La toma, y dice ufano:
— Quiero, Rosa, que vayas,
No más que por un rato,
A que la hermosa Clori
Te reciba en su mano.
¡Mas no, no, pobrecita;

Que si vas a su lado,
 Tendrás de su hermosura
 Unos celos amargos!
 Tu suave fragancia,
 Tu color delicado,
 El verdor de tus hojas
 Y tus pimpollos caros,
 Entre estas florecillas
 Pueden ser alabados;
 Mas junto a Clori bella
 Es locura pensarlo.
 ¡Marchita, cabizbaja,
 Te irías deshojando
 Hasta parar tu vida
 En un desnudo cabo! —
 La Rosa, que hasta entonces
 No desplegó sus labios,
 Le dijo resentida:
 — ¡Poeta chabacano,
 Cuando a un héroe quieras
 Coronar con el lauro,
 Del jardín de sus hechos
 Has de cortar los ramos!
 Por labrar su corona
 No es justo que tus manos
 Desnuden otras sienes
 Que la virtud y el mérito adornaron.



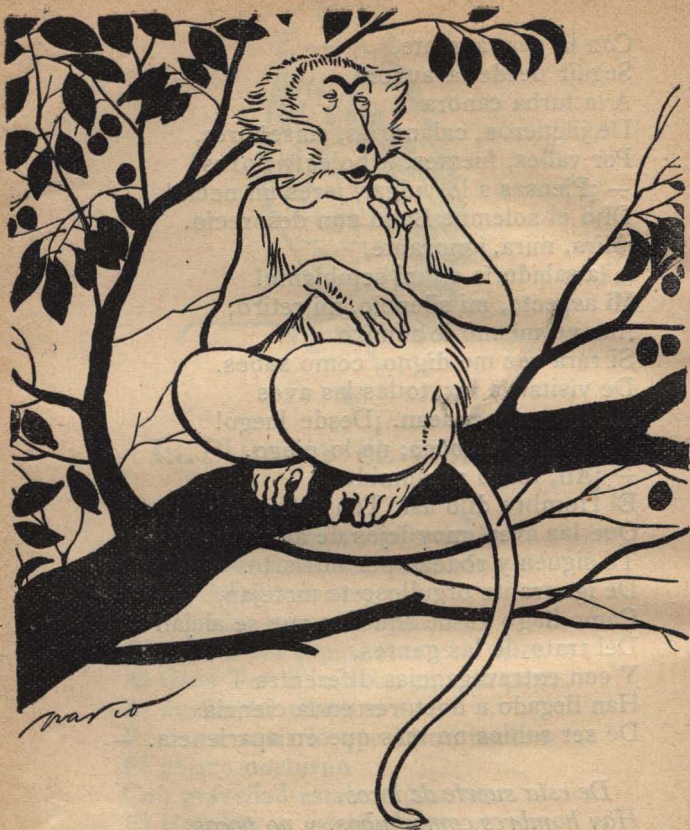
V

EL BUHO Y EL HOMBRE

Vivía en un granero retirado
Un reverendo Buho, dedicado
A sus meditaciones,
Sin olvidar la caza de ratones.
Se dejaba ver poco, mas con arte:
Al Gran Turco imitaba en esta parte.
El dueño del granero
Por azar advirtió que en un madero
El pájaro nocturno
Con gravedad estaba taciturno.
El Hombre lo miraba, se reía.
— ¡Qué carita de Pascual, le decía.
¿Puede haber más ridículo visaje?
¡Vaya; que eres un raro personaje!
¿Por qué no has de vivir alegremente

Con la pájara gente,
Seguir desde la aurora
A la turba canora
De jilgueros, calandrias, ruiseñores,
Por valles, fuentes, árboles y flores?
— ¡Piensas a lo vulgar! ¡eres un necio!,
Dijo el solemne Buho con desprecio.
¡Mira, mira, ignorante,
A la sabiduría en mi semblante!
Mi aspecto, mi silencio, mi retiro,
Aun yo mismo lo admiro.
Si rara vez me digno, como sabes.
De visitar la luz, todas las aves
Me siguen y rodean. ¡Desde luego!
Mi mérito conocen; no lo niego.
— ¡Ah, tonto presumido!,
El Hombre dijo así. Ten entendido
Que las aves, muy lejos de admirarte,
Te siguen y rodean por burlarte.
De ignorante orgulloso te motejan,
Como hago yo de aquellos que se alejan
Del trato de las gentes,
Y con extravagancias diferentes
Han llegado a doctores en la ciencia
De ser sabios no más que en apariencia. —

*De esta suerte de locos
Hay hombres como buhos, y no pocos.*



La Mona.

VI
LA MONA

Subió una Mona á un nogal,
Y cogiendo una nuez verde,
En la cáscara la muerde,
Conque le supo muy mal.
Arrojóla el animal,
Y se quedó sin comer.

*Así suele suceder
A quien su empresa abandona
Porque se halla, como la Mona,
Al principio que vencer.*

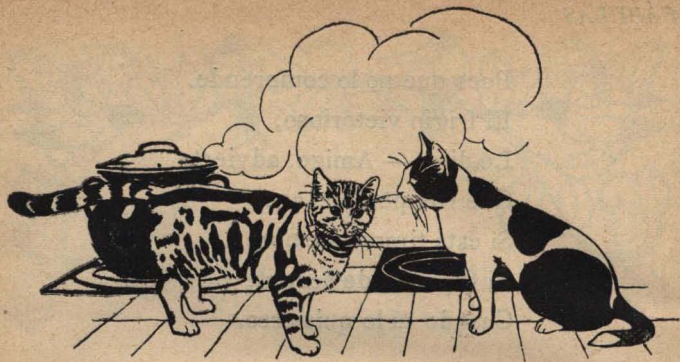


VII
ESOPO Y UN ATENIENSE

Cercado de muchachos
Y jugando a las nueces,
Estaba el viejo Esopo,
Más que todos alegre.
— ¡Ah, pobre! ¡Ya chochea!,
Le dijo un Ateniense.
En respuesta, el anciano
Coge un arco que tiene
La cuerda floja, y dice:
— ¡Ea! Si es que lo entiendes,
Dime: ¿qué significa
El arco de esta suerte? —
Lo examina el de Atenas,
Piensa, cavila, vuelve,
Y se fatiga en vano,

Pues que no lo comprende.
El frigio victorioso,
Le dijo: — Amigo, advierte
Que romperás el arco
Si está tirante siempre.
Si flojo, ha de servirte
Cuando tú lo quisieres.

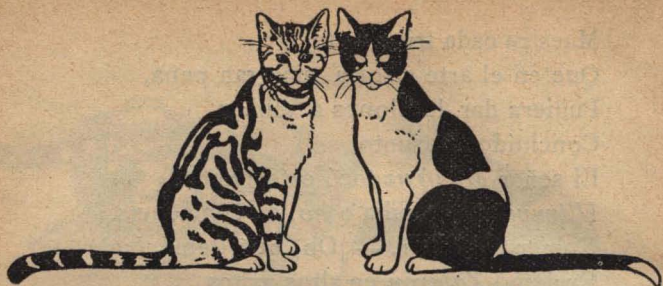
*Si al ánimo estudioso
Algún recreo dieres,
Volverá a sus tareas
Mucho más útilmente.*



VIII LOS GATOS ESCRUPULOSOS

A las once, y aún más de la mañana,
La cocinera Juana,
Con pretexto de hablar a la vecina,
Se sale, cierra y deja en la cocina
A *Micifuz* y *Zapirón* hambrientos.
Al punto, pues no gastan cumplimientos
Gatos enhambrecidos,
Se avanzan a probar de los cocidos.
— ¡Fu!, dijo *Zapirón*. ¡Maldita olla!
¡Cómo abrasa! ¡Veamos esa polla
Que está en el asador, lejos del fuego! —
Ya, también escaldado, desde luego
Se arrima *Micifuz*, y en un instante

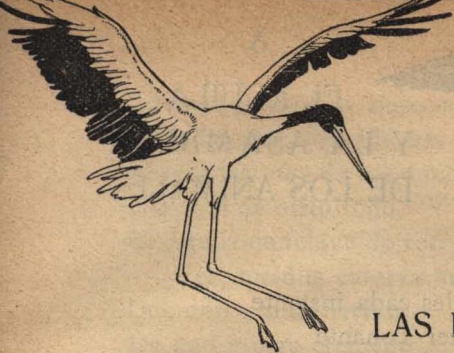
Muestra cada trinchante
Que en el arte cisoría, sin gran pena,
Pudiera dar lecciones a Villena.
Concluído el asunto,
El señor *Micifruz* tocó este punto:
Ultrum, si se podía o no, en conciencia,
Comer el asador. — ¡Oh, qué demencia!,
Exclamó *Zapirón* en altos gritos.
¡Cometer el mayor de los delitos!
¿No sabes que el herrero
Ha llevado por él mucho dinero,
Y que, si bien la cosa se examina,
Entre la batería de cocina
No hay un mueble más serio y respetable?
¡Tu pasión te ha engañado, miserable! —
Micifruz, en efecto,
Abandonó el proyecto,
Pues eran los dos gatos
De suerte timoratos,
Que si el Diablo, tentando sus pasiones,
Les pusiese asadores a millones
(No hablo yo de las pollas), o me engaño,
O no comieran uno en todo el año.



DE OTRO MODO

¡Qué dolor! por un descuido
Micifuz y Zapirón
Se comieron un capón
En un asador metido.
Después de haberse lamido,
Trataron en conferencia
Si obrarían con prudencia
En comerse el asador.

¿Lo comieron? ¡No señor!
Era caso de conciencia.



IX LAS HORMIGAS

Lo que hoy las Hormigas son
Eran los hombres antaño:
De lo propio y de lo extraño
Hacían su provisión.
Júpiter, que tal pasión
Notó de siglos atrás,
No pudiendo aguantar más
En Hormigas los transforma.

*Ellos mudaron de forma.
¿Y de costumbres? ¡Jamás!*





X

EL ÁGUILA Y LA ASAMBLEA DE LOS ANIMALES

Todos los animales cada instante
Se quejaban a Júpiter Tonante
De la misma manera
Que si fuese un alcalde de montera.
El dios, y con razón, amostazado.
Viéndose importunado,
Por dar fin de una vez a las querellas,
En lugar de sus rayos y centellas,
De receptor envía desde el cielo
Al Águila rapante, que de un vuelo
En la tierra juntó a los animales
Y expusieron, en suma, cosas tales:
Pidió el León la astucia del Raposo;
Éste, de aquél lo fuerte y valeroso;
Envidia la Paloma al Gallo fiero;
El Gallo, a la Paloma en lo ligero;
Quiere el Sabueso patas más felices,
Y cuenta como nada sus narices;
El Galgo lo contrario solicita;
Y en fin ¡cosa inaudita!,
Los Peces, de las ondas ya cansados,



Quieren poblar los bosques y los prados;
Y las bestias, dejando sus lugares,
Surcar las olas de los anchos mares.
Después de oirlo todo,
El Águila concluye de este modo:
— ¿Ves, maldita caterva impertinente,
Que entre tanto viviente
De uno y otro elemento,
Pues nadie está contento,
No se encuentra feliz ningún destino?
¿Pues para qué envidiar al del vecino? —
Con sólo este discurso,
Aun el bruto mayor de aquel concurso
Se dió por convencido.

*De modo que es sabido
Que ya sólo se matan los humanos
En envidiar la suerte a sus hermanos.*



XI

EL CHIVO AFEITADO

¡Vaya una quisicosa!
Si aciertas, Juana hermosa,
Cuál es el animal más presumido
Que rabia por hacerse distinguido
Entre sus semejantes,
Te he de regalar un par de guantes.
No es el pavón, ni el gallo,
Ni el león, ni el caballo,
Y así, no te fatigues con demandas,
— ¿Será tal vez... el Mono? ¡Cerca le andas!
— ¿El Mico? — ¡Que te quemas!
¡Pero no acertarás, no; no lo temas!
¡Déjalo; no te canses el caletre!
Yo te diré cuál es: el *Petimetre*.
Este vano orgulloso
Pierde tiempo, doblones y reposo
En hacer distinguida su figura.
No para en los adornos su locura:
Hace estudios de gestos y de acciones
A costa de violentas contorsiones.
De perfumes va siempre prevenido:
No quiere oler a hombre ni en descuido:
Que mire, marche o hable,
En todo busca hacerse *remarcable*.
¿Y qué consigue? Lo que todo necio:
Cuanto más se distingue, más desprecio.
En la historia siguiente yo me fundo:

Un Chivo, como todos en el mundo,
Vano extremadamente,
Se miraba al espejo de una fuente.
— ¡Qué lástima, decía,
Que esté mi juventud y lozanía
Por siempre disfrazada
Debajo de esta barba tan poblada!
¿Y cuándo? Cuando en todas las naciones
No tienen ni aun bigote los varones,
Pues ya cuentan que son los moscovitas,
Si barbones ayer, hoy señoritas.
¡Qué cabrunos estilos tan groseros!
¡A bien que estoy en tierra de barberos! —
La historia fué en Tetuán, y todo el día
La barberil guitarra se sentía.
El Chivo fué, guiado de su tono,
A la tienda de un Mono
Barberillo afamado,
Que afeitó al señorito de contado.
Sale barbilampiño a la campaña.
Al ver una figura tan extraña,
No hubo perro ni gato
Que no le hiciese burla al mentecato.
Los chivos le desprecian, de manera
Que no hay más que decir, ¡quién lo creyera!
Un respetable macho
Dicen que se rió como un muchacho.



XII

LA PALOMA

Un pozo pintado vió
Una paloma sedienta:
Tiróse a él tan violenta,
Que contra la tabla dió.
Del golpe al suelo cayó,
Y allí muere de contado.

*De su apetito guiado,
Por no consultar al juicio,
Así vuela al precipicio
El hombre desenfrenado.*



LIBRO OCTAVO

I

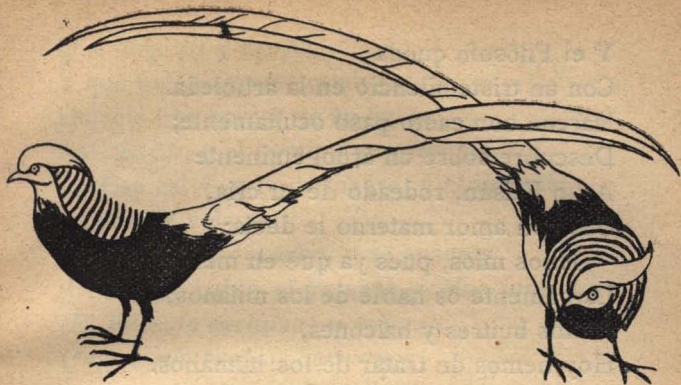
EL NAUFRAGIO DE SIMÓNIDES

A ELISA

En tanto que tus vanas compañeras,
Cercadas de galanes seductores,
Escuchan placenteras
En la escuela de Venus los amores,
Elisa, retirada te contemplo
De la diosa Minerva al sacro templo.
Ni eres menos donosa
Ni menos agraciada
Que Glori, ponderada
De gentil y de hermosa.
Pues, Elisa divina, ¿por qué quieres
Huir en tu retiro los placeres?

¡Oh sabia! Qué bien haces
En estimar en poco la hermosura,
Los placeres fugaces,
El bien que sólo dura
Como rosa en el ábrego marchita!
Tu prudencia infinita
Busca el sólido bien y permanente
En la virtud y ciencia solamente.
Cuando el tiempo implacable, con presteza,
O los males tal vez inopinados,
Se lleven la hermosura y gentileza,
Con lágrimas estériles llorados
Serán aquellos días que se fueron
Y a juegos vanos tus amigas dieron.
Pero a tu bien estable
No hay tiempo ni accidente que consuma;
Serás siempre feliz, siempre estimable.
Eres sabia, y, en suma,
Este bien de la ciencia no perece.
Oye cómo esta FÁBULA lo explica,
Que mi respeto a tu virtud dedica:
Simónides en Asia se enriquece
Cantando a justo precio los loores
De algunos generosos vencedores.
Este sabio poeta, con deseo
De volver a su amada patria Ceo,
Se embarca, y en la mar embravecida

Fué la mísera nave sumergida.
De la gente a las ondas arrojada
Sale quien diestro nada,
Y el que nadar no sabe,
Fluctúa en las reliquias de la nave.
Pocos llegan a tierra afortunados
Con las náufragas tablas abrazados.
Todos cuantos el oro recogieron,
Con el peso abrumados perecieron.
A Clecémone vãn. Allí vivía
Un varón literato que leía
Las obras de Simónides; de suerte
Que, al conversar los náufragos, advierte
Que Simónides habla, y en su estilo
Le conoce; le presta todo asilo
De vestidos, criados y dineros;
Però a sus compañeros
Les quedó solamente por sufragio
Mendigar con la tabla del naufragio.



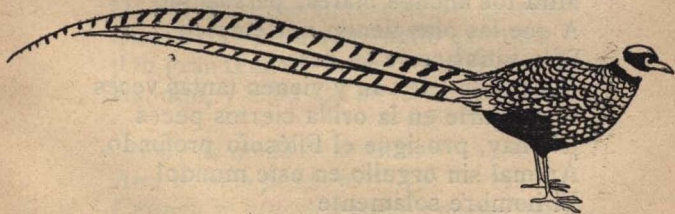
II

EL FILÓSOFO Y EL FAISÁN

Llevado de la dulce melodía
Del cántico variado y delicioso
Que en un bosque frondoso
Las aves forman saludando al día,
Entró cierta mañana
Un sabio en los dominios de Diana.
Sus pasos esparcieron el espanto
En la agradable estancia
Interrúmpese el canto;
Las aves vuelan a mayor distancia;
Todos los animales asustados,
Huyen delante de él precipitados;

Y el Filósofo queda
Con un triste silencio en la arboleda.
Marcha con cauto paso ocultamente;
Descubre sobre un árbol eminente
A un Faisán, rodeado de su cría,
Que con amor materno le decía:
— Hijos míos, pues ya que en mis lecciones
Largamente os hablé de los milanos,
De los buitres y halcones,
Hoy hemos de tratar de los humanos.
La oveja, en leche y lana,
Da abrigo y alimento
Para la raza humana;
Y en agradecimiento
A tan gran bienhechora,
La mata el hombre mismo y la devora.
A la abeja, que labra sus panales
Artificiosamente,
La roba, come, vende sus caudales
Y le mata en ejércitos su gente.
¿Qué recompensa, en suma,
Consigue, en fin, el ganso miserable
Por el precioso bien incomparable
De ayudar a las ciencias con su pluma?
Le da muerte temprana el hombre ingrato,
Y hace de su cadáver un gran plato.
Y pues que los humanos son peores

Que milanos y azores
Y que toda perversa criatura,
Huiréis con horror de su figura. —
Así charló, y el hombre se presenta.
— ¡Ese es! — grita la madre, y al instante
La familia volante
Se desprende del árbol y se ausenta.
¡Oh; cómo habló el Faisán! — *Mas ¡qué dijera*
(El Filósofo exclama) si supiera
Que en sus propios hermanos
La ingratitud ejercen los humanos!

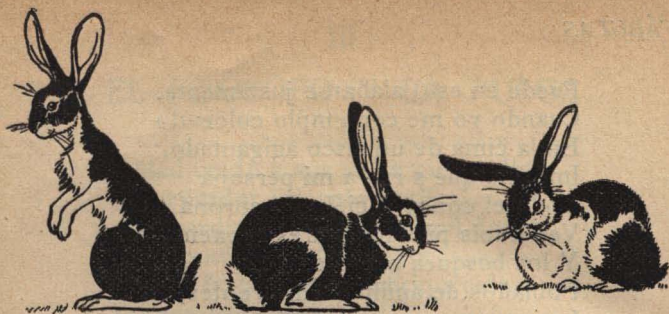


EL FILÓSOFO Y LA PULGA

Meditando a sus solas cierto día
Un pensador Filósofo decía:
— El jardín, adornado de mil flores
Y diferentes árboles mayores,
Con su fruta sabrosa enriquecidos,
Tal vez entretejidos
Con la frondosa vid que se derrama
Por una y otra rama,
Mostrando a todos lados
Las peras y racimos desgajados,
Es cosa destinada solamente
Para que la disfrute libremente
La oruga, el caracol, la mariposa;
No se persuaden ellos otra cosa.
Los pájaros sin cuento,
Burlándose del viento,
Por los aires sin dueño van girando;
El milano cazando
Saca la consecuencia:
¡Para mí los crió la Providencia!
El cangrejo, en la playa, envanecido,
Mira los anchos mares, persuadido
A que las olas tienen por empleo
Sólo satisfacerle su deseo,
Pues cree que van y vienen tantas veces
Por dejarle en la orilla ciertos peces.
¡No hay, prosigue el Filósofo profundo,
Animal sin orgullo en este mundo!
El hombre solamente

Puede en esto alabarse justamente.
 Cuando yo me contemplo colocado
 En la cima de un risco agigantado,
 Imagino que sirve a mi persona
 Todo el cóncavo cielo de corona.
 Veo a mis pies los mares espaciosos,
 Y los bosques umbrosos
 Poblados de animales diferentes;
 Las escamosas gentes,
 Los frutos y las fieras
 Y las aves ligeras,
 Y cuanto tiene aliento
 En la tierra, en el agua y en el viento,
 Y digo finalmente: ¡todo es mío!
 ¡Oh grandeza del hombre y poderío! —
 Una Pulga, que oyó con gran cachaza
 Al Filósofo maza,
 Dijo: — Cuando me miro en tus narices,
 Como tú sobre el risco que nos dices,
 Y contemplo a mis pies aquel instante
 Nada menos que al hombre dominante
 Que manda en cuanto encierra
 El agua, viento y tierra.
 Y que el tal poderoso caballero
 De alimento me sirve cuando quiero,
 Concluyo finalmente: ¡todo es mío!
 ¡Oh grandeza de Pulga y poderío! —
 Así dijo, y saltando se le ausenta.

*De este modo se afrenta
 Aun al más poderoso
 Cuando se muestra vano y orgulloso.*



IV

EL CAZADOR Y LOS CONEJOS

Poco antes que esparciese
Sus cabellos en hebras
El rubicundo Apolo
Por la faz de la Tierra,
De cazador armado
Al soto Fabio llega.
Por el nudoso tronco
De cierta encina vieja
Sube para ocultarse
En las ramas espesas.
Los incautos Conejos
Alegres se le acercan:
Uno, del verde prado
Igualaba la hierba;
Otro, cual jardinero,

Las florecillas riega;
 El tomillo y romero
 Éste y aquél cercenan.
 Entre tanto al más gordo
 Fabio su tiro asesta.
 Dispara, y al estruendo
 Se meten en sus cuevas
 Tan repentinamente,
 Que a muchos pareciera
 Que, salvo el muerto, a todos
 Se los tragó la tierra.
 Después de tanto espanto,
 ¿Habrà alguno que crea
 Que de allí a poco rato
 La tímida caterva,
 Olvidando el peligro,
 Al riesgo se presenta?

*Cosa extraña parece;
 Mas no se admiren de ella.
 ¿Acaso los humanos
 Hacen de otra manera?*



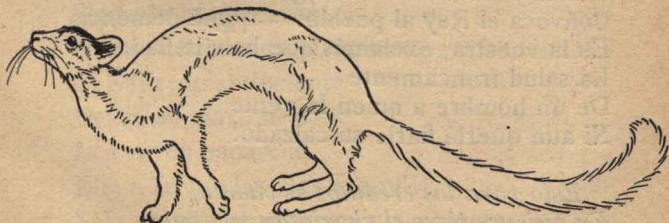
V

EL MURCIÉLAGO Y LA COMADREJA

Cayó sin saber cómo
Un Murcié ago a tierra,
Y al instante le atrapa
La lista Comadreja.
Clamaba el desdichado
Viendo su muerte cerca.
Ella le dice: — ¡Muere,
Que por naturaleza
Soy mortal enemiga
De todo cuanto vuela! —
El avechucho grita,
Y mil veces protesta
Que él es ratón, cual todos
Los de su descendencia.
Con esto, ¡qué fortunál,
El preso se liberta.
Pasado cierto tiempo,
No sé de qué manera
Segunda vez lo pilla.
El nuevamente ruega;
Mas ella le responde

Que Júpiter le ordena
Tenga paz con las aves,
Con los ratones, guerra.
-- ¿Soy yo ratón acaso?
¡Yo creo que estás ciega!
¿Quieres ver cómo vuelo? —
En efecto; le deja
Y, merced a su ingenio,
Libre el pájaro vuela.

*Aquí aprendió de Esopo
La gente marinera,
Murciélagos que fingen
Pasaporte y bandera.
No importa que haya pocos
Ingleses comadreja.
Tal vez puede de un riesgo
Sacarnos una treta.*





VI

EL ZAPATERO MÉDICO



Un inhábil y hambriento Zapatero
En la corte por médico corría.
Con un contraveneno que fingía,
Ganó fama y dinero.
Estaba el Rey postrado en una cama
De una grave dolencia.
Para hacer la experiencia
Del talento del médico, le llama;
El antídoto pide, y en un vaso
Finge el Rey que lo mezcla con veneno.
Se lo manda beber: el tal galeno
Teme morir; confiesa todo el caso,
Y dice que sin ciencia.
Logró hacerse doctor de grande precio
Por la credulidad del vulgo necio.
Convoca el Rey al pueblo. — ¡Qué demencia
Es la vuestra, exclamó, que habéis fiado
La salud francamente
De un hombre a quien la gente
Ni aun quería fiarle su calzado!

*Esto para los crédulos se cuenta,
En quienes tiene el charlatán su venta.*



VII

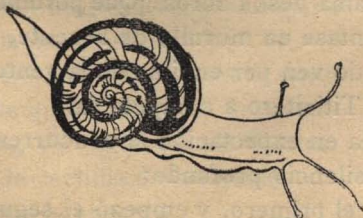
LA MARIPOSA Y EL CARACOL

Aunque te haya elevado la Fortuna
Desde el polvo a los cuernos de la Luna,
Si hablas, Fabio, al humilde con desprecio,
Tanto como eres grande, serás necio.
¡Qué! ¿Te irritas? ¿Te ofende mi lenguaje?
¿No se habla de ese modo a un personaje?
Pues haz cuenta, señor, que no me oíste,
Y escucha a un Caracol. ¡Vaya de chiste!
En un bello jardín, cierta mañana
Se puso muy ufana
Sobre la blanca rosa
Una recién nacida Mariposa.
El Sol resplandeciente
Desde su claro oriente
Los rayos esparcía:
Ella a su luz las alas extendía,
Sólo porque envidiasen sus colores

Manchadas aves y pintadas flores.
Esta vana preciada de belleza,
Al volver la cabeza,
Vió muy cerca de sí, sobre una rama,
A un pardo Caracol. La bella dama,
Irritada exclamó; — ¡Cómo, grosero,
A mi lado te acercas? Jardinero,
¿De qué sirve que tengas con cuidado
El jardín cultivado,
Y guarde tu desvelo
La rica fruta del rigor del hielo
Y los tiernos botones de las plantas,
Si ensucia y come todo cuanto plantas
Este vil Caracol, de baja esfera?
¡O mátales al instante, o vaya fuera! —
— Quien ahora te oyese,
Si no te conociese,
Respondió el Caracol, en mi conciencia
Que pudiera temblar en tu presencia.
Mas dime, miserable criatura,
Que acabas de salir de la basura:
¿Puedes negar que aun no hace cuatro días
Que gustoso solías
Como humilde reptil andar conmigo,
Y yo te hacía honor en ser tu amigo?
¿No es también evidente
Que eres por línea recta descendiente

De los orugas, pobres hilanderos,
Que, mirándose en cueros,
De sus tripas hilaban y tejían
Un fardo en que en invierno se metían,
Como tú te has metido,
Y aún no hace cuatro días que has salido?
Pues si éste fué tu origen y tu casa,
¿Por qué tu ventolera se propasa
A despreciar a un Caracol honrado?

*El que tiene de vidrio su tejado,
Esto logra de bueno
Con tirar las pedradas al ajeno.*





VIII

LOS DOS TITIRITEROS

Todo el pueblo admirado
Estaba en una plaza amontonado,
Y en medio se empinaba un Titerero
Enseñando una bolsa sin dinero.
— ¡Pase de mano en mano!, les decía.
¡Señores, no hay engaño: está vacía! —
Se la vuelven, la sopla, y al momento
Derrama pesos duros. ¡Qué portentoso!
Levántase un murullo de repente,
Cuando ven por encima de la gente
Otro Titiritero a competecia.
Queda en expectación la concurrencia
Con silencio profundo:
Cesó el primero, y empezó el segundo.

Presenta de licor unas botellas:
Algunos se arrojaron hacia ellas,
Y al punto las hallaron transformadas
En sangrientas espadas.
Muestra un par de bolsillos de doblones:
Dos personas, sin duda dos ladrones,
Los echaron la garra muy ufanos,
Y se ven dos cordeles en sus manos.
A un relator cargado de procesos
Una letra le enseña de mil pesos.
«¡Sople usted!» Sopla el hombre apresurado
Y le cierra los labios un candado.
A un abate arrimado a su cortejo
Le presenta un espejo;
Y al mirar su retrato peregrino,
Se vió con las orejas de pollino.
A un santero le manda
Que se acerque; le pilla la demanda,
Y allá con sus hechizos
Le convirtió en merienda de chorizos.
A un joven desenvuelto y rozagante
Le regala un diamante:
Éste le dió a su dama, y en el punto
Pálido se quedó como un difunto;
Item más, sin narices y sin dientes:
Allí fué la rechifla de las gentes,
La burla y la chacota.

El primer Titereró se alborota.
 Dice por el segundo con denüedo:
 —¡Ese hombre tiene un diablo en cada dedo,
 Pues no encierran virtud tan peregrina
 Los polvos de la madre Celestina!
 Que declare su nombre
 El concurso le pide, y el buen hombre
 Entonces, más modesto que un novicio,
 Dijo:—No soy el diablo, sino el vicio.





IX

EL RAPOSO Y EL PERRO

De un modo muy afable y amistoso,
El Mastín de un pastor con un Raposo
Se solía juntar algunos ratos,
Como tal vez los perros y los gatos
Con amistad se tratan. Cierta día
El Zorro a su compadre le decía.
—Estoy muy irritado.
Los hombres por el mundo han divulgado

Que mi raza inocente (¡qué injusticia!)

Les anda circuncirca en la malicia.

¡Ah maldita canalla!

¡Si yo pudiera....!—En esto el Zorro calla

Y erizado se agacha.—¡Soy perdido,

Dice; los cazadores he oído!

¿Qué me sucede?—¡Nada!

¡No temas!, le responde el camarada.

Son las gentes que pasan al mercado.

¡Mira, mira, cuitado,

Marchar, haldas en cinta, a mis vecinas

Coronadas con cestas de gallinas!

—No estoy, dijo el Raposo, para fiestas.

¡Vete con tus gallinas y tus cestas

Y satiriza a otro! Porque sabes

Que robaron anoche algunas aves,

¿He de ser yo el ladrón?—En mi conciencia

Que hablé, dijo el Mastín, con inocencia.

¡Yo pensar que has robado gallinero,

Cuando siempre te vi como un cordero!

—¡Cordero!, exclama el Zorro. ¡No hay aguante!

¡Que cordero me vuelva en el instante

Si he robado el que falta en tu majada!

— ¡Hola, concluye el Perro. ¡Camarada,
El ladrón es usted, según se explica! —
El estuche molar al punto aplica
Al mísero Raposo,
Para que así escarmiente el cosquilloso
Que de las fabulillas se resiente.
Si no estás inocente,
Dime ¿por qué no bajas las orejas?
Y si ocaso lo estás, ¿de qué te quejas?



LIBRO NOVENO

LA DANZA PASTORIL

A la sombra que ofrece

Un gran peñón tajado,

Por cuyo pie corría

Un arroyuelo manso,

Se formaba en estío

Un delicioso prado.

Los árboles silvestres

Aquí y allá plantados,

El suelo siempre verde

De mil flores sembrado,

Más agradable hacían

El lugar solitario.

Contento en él pasaba

La siesta recostado

Debajo de una encina,

Con el albogue, Bato.

Al son de sus tonadas

Los pastores cercanos,

Sin olvidar algunos

La guarda del ganado,

Descendían ligeros

Desde la sierras al llano.

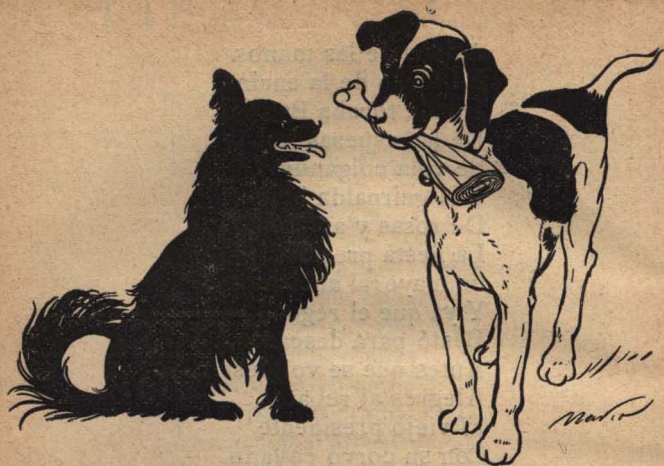
Las honestas zagalas,

Según iban llegando,

Bailaban lindamente

Asidas de las manos
En torno de la encina
Donde tocaba Bato.
De las espesas ramas
Se veía colgando
Una guirnalda bella
De rosas y amaranto.
La fiesta presidía
un mayoral anciano,
Y ya que el regocijo
Bastó para descanso,
Antes que se volviesen
Alegres al rebaño,
El viejo presidente
Con su corvo cayado
Alcanzó la guirnalda
Que pendía del árbol,
Y coronó con ella
Los cabellos dorados
De la gentil zagala
Que con sencillo agrado
Supo ganar a todas
En modestia y recato.

*Si la virtud premiaran
Así los cortesanos,
Yo sé que no huiría
Desde la corte al campo.*



II

LOS DOS PERROS

*Procure ser en todo lo posible
El que ha de reprender, irrepreensible.*

*Sultán, perro goloso y atrevido,
En su casa robó, por un descuido,
Una pierna excelente de carnero.
Pinto, gran tragador, su compañero,
Le encuentra con la presa encarnizado
Ojo al través, colmillo acicalado,
Fruncidas las narices y gruñendo,
—¿Qué cosa estás haciendo,*

Desgraciado *Sultán*?, *Pinto* le dice.
 ¿No sabes, infelice,
 Que un perro infiel, ingrato,
 No merece ser perro, sino gato?
 ¿Al amo que nos fía
 La custodia de casa noche y día,
 Nos halaga, nos cuida y alimenta,
 Le das tan buena cuenta
 Que le robas goloso
 La pierna del carnero más jugoso?
 Como amigo, te ruego
 No la maltrates más; déjala luego.
 —Hablas, dijo *Sultán*, perfectamente.
 Una duda me queda solamente
 Para seguir al punto tu consejo:
 Di: ¿te la comerás si yo la dejo?



III

LA MODA

Después de haber corrido
Cierta danzante Mono
Por cantones y plazas,
De ciudad en ciudad el mundo todo,
Logró (dice la historia,
Aunque no cuenta cómo)
Volverse libremente
A los campos del Africa orgulloso.
Los monos al viajero
Reciben con más gozo
Que a Pedro el Zar los rusos,
Que los griegos a Ulises generoso.
De leyes, de costumbres,
Ni él habló ni algún otro
Le preguntó palabra;
Pero de trajes y de modas, todos.
En cierta jerigonza,

Con extranjero ^o tono,
 Les hizo un *gran detalle*
 De lo más *remarcable* a los curiosos.
 —Empecemos, decían,
 Aunque sea por poco.—
 Hiciéronse zapatos
 Con cáscaras de nueces, por lo pronto.
 Toda la raza mona
 Andaba con sus choclós,
 Y el no traerlos era
 Faltar a la decencia y al decoro:
 Un leopardo hambriento
 Trepa para los monos;
 Ellos huir intentan
 A salvarse en los árboles del soto.
 Las chinelas lo estorban,
 Y de muy fácil modo
 Aquí y allí mataba,
 Haciendo a su placer dos mil destrozos.
 En Tetuán desde entonces
 Manda el Senado docto
 Que cualquier uso o moda
 De países cercanos o remotos,
 Antes que llegue el caso
 De adoptarse en el propio,
 Haya de examinarse
 En junta de políticos al fondo.

Con tan justo decreto
 Y el suceso horroroso,
 ¿Dejaron tales modas?
 ¡Primero dejarían de ser monos!

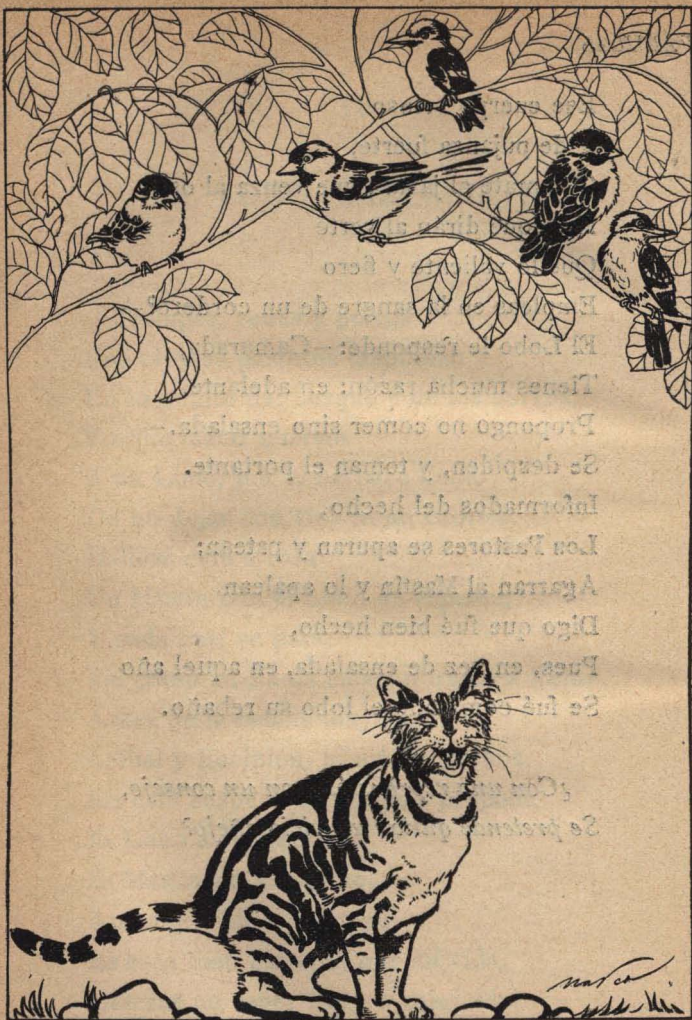
IV

EL LOBO Y EL MASTÍN

Trampas, redes y perros
Los celosos pastores disponían
En lo oculto del bosque y de los cerros,
Porque matar querían
A un Lobo, por el bárbaro delito
De no dejar con vida ni un cabrito.
Hallóse cara a cara
Un Mastín con el Lobo de repente,
Y cada cual se para,
Tal como en Zama estaban frente a frente,
Antes de la batalla muy serenos,
Aníbal y Escipión, ni más ni menos.
En esta suspensión, treguas propone
El Lobo a su enemigo;
El Mastín no se opone,
Antes le dice: — ¡Amigo,
Es cosa bien extraña, por mi vida,
Meterse un señor Lobo a cabricida!

Ese cuerpo brioso
Y de pujanza fuerte,
Que mate al jabalí, que venza al oso.
Mas ¿qué dirán al verte
Que lo valiente y fiero
Empleas en la sangre de un cordero?—
El Lobo le responde:— Camarada,
Tienes mucha razón: en adelante,
Propongo no comer sino ensalada.—
Se despiden, y toman el portante.
Informados del hecho,
Los Pastores se apuran y patean;
Agarran al Mastín y lo apalean.
Digo que fué bien hecho,
Pues, en vez de ensalada, en aquel año
Se fué comiendo el lobo su rebaño.

*¿Con una reprensión, con un consejo,
Se pretende quitar un vicio añejo?*



El Gato y las Aves.

EL GATO Y LAS AVES

Charlatanes se ven por todos lados
En plazas y en estrados,
Que ofrecen sus servicios, ¡cosa rara!,
A todo el mundo por su linda cara.
Este, químico y médico excelente,
Cura a todo doliente;
Pero *gratis*: ¡no se hable de dinero!
El otro, petimetre, caballero,
Canta, toca, dibuja, borda, danza,
Y ofrece la enseñanza
Gratis por afición a cierta gente.
Veremos en la fábula siguiente
Si puede haber en esto algún engaño;
La prudente cautela no hace daño.

Dejando los desvanes y rincones,
El señor *Mirrimiz*, gato de maña,
Se salió de la villa a la campaña.
En paraje sombrío,
A la orilla de un río
De sauces coronado,
En unas matas se quedó agachado
El gatazo callaba como un muerto
Escuchando el concierto
De dos mil avecillas
Que en las ramas cantaban maravillas;
Pero callaba en vano

Mientras no se acercaban a su mano
Los músicos volantes, pues quería
Mimirriz arreglar la sinfonía.
Cansado de esperar, prorrumpe al cabo,
Sacando la cabeza: — ¡*Bravo, bravo!* —
La turba calla: cada cual procura
Alejarse o meterse en la espesura;
Mas él los persuadió con buenos modos,
Y al fin logró que le escuchasen todos.
—No soy Gato montes o campesino:
Soy honrado vecino
De la cercana villa.
Fuí gato de un maestro de capilla;
La música aprendí, y aun, si me empeño,
Veréis cómo os la enseño,
Pero gratis y en menos de una hora.
— ¡Qué cosa tan sonora
Será el oír un coro de cantores,
Verbigracia, calandrias, ruiseñores! —
Con estas y otras cosas diferentes
Algunas de las aves, inocentes,
Con manso vuelo a *Mimirriz* llegaron,
Todas en torno de él se colocaron.
Entonces, con más gracia
Y más diestro que el músico de Tracia,
Echando su compás hacia el más gordo;
Consigue *gratis* merendarse un tordo.

VI

LOS DOS CAZADORES

Que en una marcial función,
O cuando el caso lo pida,
Arriesgue un hombre su vida,
Digo que es mucha razón;
Pero el que por diversión
Exponer su vida quiera
A juguete de una fiera
O peligros no menores,
Sepa de dos cazadores
Una historia verdadera.

Pedro Ponce el valeroso
Y Juan Carranza el prudente
Vieron venir frente a frente
Al Lobo más horroroso.
El prudente, temeroso,
A una encina se abalanza
Y, cual otro Sancho Panza,
En las ramas se salvó.
Pedro Ponce allí murió.

¡Imitemos a Carranza!



VII

EL VIEJO Y EL CHALÁN

Fabio está, no lo niego, muy notado
De una cierta pasión que le domina;
Mas ¿qué importa, señor? Si se examina,
Se verá que es un mozo muy honrado,
Generoso, cortés, hábil, activo,
Y que de todo entiende

Cuanto pide el empleo que pretende.
¡Y qué! ¿No se lo dan? ¿Por qué motivo?

Trataba un Viejo de comprar un perro
Para que le guardase los doblones.
Le decía el Chalán estas razones:

— Con un collar de hierro
Que tenga el animal, ¡échele gente!
Es hermoso, pujante,
Leal, bravo, arrogante,
Y aunque tiene la falta solamente
De ser algo goloso...

— ¿Goloso?, dice el rico. ¡No lo quiero!

— No es para marmitón ni despensero,
Continúa el Chalán muy presuroso,
Sino para valiente centinela.

— ¡Menos!, concluye el viejo.
¡Dejará que me quiten el pellejo
Por lamer entre tanto la cazuela!





La Hermosa y el Espejo.

VIII

LA HERMOSA Y EL ESPEJO

Anarda la bella
Tenía un amigo
Con quien consultaba
Todos sus caprichos.
Colores de moda
Más o menos vivos,
Plumas, sombreretes,
Lunares y rizos
Jamás en su adorno
Fueron admitidos
Si él no le decía:
¡Gracioso, bonito!
Cuando su hermosura,
Llena de atractivo,
En sus verdes años
Tenía más brillo,
Traidoras la roban
(¡Ni acierto a decirlo!)Las negras viruelas
Sus gracias y hechizos.
Llegóse al espejo
(Éste era su amigo);

Y como se jacta
De fiel y sencillo,
Lisa y llanamente
La verdad le dijo.
Anarda, furiosa,
Casi sin sentido,
Le vuelve la espalda
Dando mil quejidos.
Desde aquel instante
Cuenta que no quiso
Volver a consultas
Con el señor mío.
Escúchame, Anarda:
Si buscas amigos
Que te representen
Tus gracias y hechizos,
Mas que no te adviertan
Defectos, y aun vicios
De aquellos que nadie
Conoce en sí mismo,
Dime: ¿de qué modo
Podrás corregirlos?

IX

EL LADRÓN

Por catar una colmena
Cierta goloso Ladrón,
Del venenoso aguijón
Tuvo que sufrir la pena.
— La miel, dice, está muy buena:
Es un bocado exquisito;
Por el aguijón maldito
No volveré al colmenar. —

*¡Lo que tiene el encontrar
La pena tras el delito!*



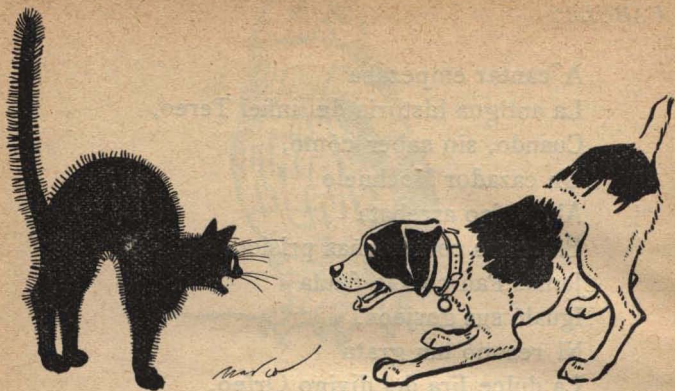
X

EL RUISEÑOR Y EL MOCHUELO

Una noche de Mayo,
Dentro de un bosque espeso,
Donde, según reinaba
La triste oscuridad con el silencio,
Parece que tenía
Su habitación Morfeo;
Cuando todo viviente
Disfrutaba de dulce y blando sueño,
Pendiente de una rama
Un Ruiseñor parlero
Empezó con sus ayes
A publicar sus dolorosos celos.
Después de mil querellas
Que llegaron al cielo,

A cantar empezaba
La antigua historia del infiel Tereo,
Cuando, sin saber cómo,
Un cazador Mochuelo
Al músico arrebató
Entre las corvas uñas prisionero.
Jamás Pan con la flauta
Igualó sus gorjeos,
Ni resonó tan grata
La dulce lira del divino Orfeo.
No obstante, cuando daba
Sus últimos lamentos,
Los vecinos del bosque
Aplaudían su muerte. ¡Yo lo creo!
Si con sus serenatas
El mismo *Farinelo*
Viniese a despertarme
Mientras que yo dormía en blando lecho,
En lugar de los *bravos*
Diría: — ¡Caballero,
Que no viniese ahora
Para tal Ruiseñor algún Mochuelo!

Clori tiene mil gracias
¿Y qué logra con eso?
Hacerse fastidiosa
Por no querer usarlas a su tiempo.



XI

EL AMO Y EL PERRO

— ¡Callen todos los Perros de este mundo
Donde está mi *Palomo*!
Es fiel, decía el amo, sin segundo
Y me guarda la casa. Pero ¿cómo?
Con la despensa abierta
Le dejé cierto día,
Y en medio de la puerta
De guardia se plantó con bizarría.
Un formidable gato,
En vez de perseguir a los ratones,
Se venía, guiado del olfato,
A visitar chorizos y jamones.

Palomo le despide buenamente;
El gatazo se encrespa y acalora,
Riñen sangrientamente,
Y mi *guardajamones* lo devora. —
Esto contaba el amo a sus amigos,
Y después a su casa se los lleva
A que fuesen testigos
De tal fidelidad en otra prueba.
Tenía al buen *Palomo* prisionero
Entre manidas pollas y perdices;
Los sebosos riñones de un carnero
Casi casi le untaban las narices.
Dentro de este retiro a penitencia
El triste fué metido
Después de algunos días de abstinencia.
Al fin ya su señor, compadecido,
Abre con sus amigos el encierro.
Sale rabo entre piernas agachado;
Al amo se acercaba el pobre perro
Lamiéndose el hocico ensangrentado;
El dueño se alborota y enfurece
Con tan fatales nuevas.

*Yo le preguntaría: ¿y qué merece
Quien la virtud expone a tales pruebas?*



El Pastor.

XII
EL PASTOR

Salicio usaba tañer
La zampoña todo el año,
Y, por oirle, el rebaño
Se olvidaba de pacer.
Mejor sería romper
La zampoña al tal Salicio,

*Porque, si causa perjuicio
En lugar de utilidad,
La mejor habilidad,
En vez de virtud, es vicio.*

XIII

EL GATO Y EL CAZADOR

Cierto Gato, en poblado descontento,
Por mejorar sin duda de destino
(Que no sería gato de convento),
Pasó de ciudadano a campesino.
Metióse santamente
Dentro de una covacha, mas no lejos
De un gran soto poblado de conejos.
Considere el lector piadosamente
Si el leal ermitaño
Probaría la hierba en todo el año.
Lo mejor de la caza devoraba,
Haciendo mil excesos;
Mas al fin, por el rastro que dejaba
De plumas y de huesos,
Un cazador lo advierte, lo persigue,
Arma trampas y redes con tal maña,
Que al instante consigue
Atrapar la carnívora alimaña.

Llégase el Cazador al prisionero;
Quiere darle la muerte.
El animal le dice: — ¡Caballero,
Duélase de la suerte
De un triste pobrecito
Metido en la prisión y sin delito! —
— ¿Sin delito me dices,
Cuando sé que tus uñas y tus dientes
Devoran infinitos inocentes?
— Señor, eran conejos y perdices,
Y yo no hacía más, a fe de gato,
Que lo que ustedes hacen en el plato. —
— ¡Ea, pícaro, muere,
Que tu mala razón no satisface! —

*Conque, sea la cosa que se fuere,
¿La podrá usted hacer si otro la hace?*



XIV

EL TORDO FLAUTISTA

Era un gusto el oír, era un encanto,
A un Tordo, gran flautista; pero tanto,
Que en la gaita gallega,
O la pasión me ciega,
O a Misón le llevaba mil ventajas.
Cuando todas las aves se hacen rajas
Saludando a la aurora
Y la turba confusa, charladora,
La canta sin compás y con destreza
Todo cuanto le viene a la cabeza,
El flautista empezó: cesó el concierto;
Los pájaros, con tanto pico abierto,
Oyeron en un tono soberano
Las folías, la gaita y el villano.

Al escuchar las aves tales cosas,
Quedaron admiradas y envidiosas;
Los jilgueros, preciados de cantores,
Los vanos ruseñores,
Unos y otros corridos,
Callan, entre las hojas escondidos.
Ufano el Tordo grita: — ¡Camaradas,
Ni saben ni sabrán estas tonadas
Los pájaros ociosos,
Sino los retirados estudiosos!
Sabed que con un hábil zapatero
Estudié un año entero:
Él, dale que le das a sus zapatos,
Y alternando silbábamos a ratos.
En fin, viéndome diestro,
— Vuela al campo, me dice mi maestro,
Y harás ver a las aves de mi parte
Lo que gana el ingenio con el arte.

XV

EL RAPOSO Y EL LOBO

Un triste Raposo
Por medio del llano
Marchaba sin piernas,
Cual otro soldado
Que perdió las suyas
Allá en Campo-Santos.
Un Lobo le dijo:
— ¡Hola, buen hermano!
Diga: ¿en qué refriega
Quedó tan lisiado?
— ¡Ay de mí!, responde.
Un maldito rastro
Me llevó a una trampa
Donde, por milagro,
Dejando una pierna
Salí con trabajo.
Después de algún tiempo
Iba yo cazando,

Y en la trampa misma
Dejé pierna y rabo. —
El Lobo le dice:
— Creíble es el caso.
Yo estoy tuerto, cojo
Y desorejado
Por ciertos mastines
Guardas de un rebaño.
Soy de estas montañas
El Lobo decano;
Y como conozco
Las mañas dentrambos,
Temo que acabemos,
No digo enmendados,
Sino tú en la trampa,
Y yo en el rebaño: —

*¡Que el ciego apetito
Pueda arrastrar tanto!
A los brutos, pase;
¡Pero a los humanos!*



El Ciudadano Pastor.



XVI

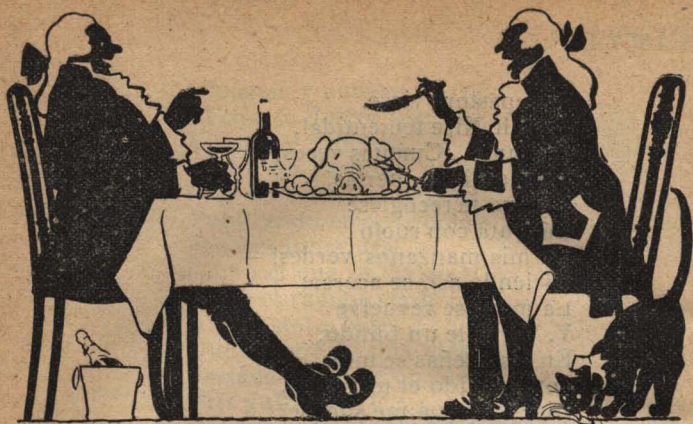
EL CIUDADANO PASTOR

Cierto joven leía
En versos excelentes
Las dulces pastorelas
Con el mayor deleite.
Tenía la cabeza
Llena de prados, fuentes,
Pastoras y zagalas,
Zampoñas y rabeles.
Al fin, cierta mañana
Prorrumpe de esta suerte:
— ¿Yo he de estar prisionero,
Cercado de paredes,
Esclavo de los hombres
Y sujeto a las leyes,
Pudiendo entre pastores,
Grata y sencillamente,
Disfrutar desde ahora
La libertad campestre?
De la ciudad al bosque
Me marchó para siempre.
Allí Naturaleza
Me brinda con sus bienes;
Los árboles y ríos,
Con frutos y con peces;
Los ganados y abejas,
Con la miel y la leche,
Hasta las duras rocas
Habitación me ofrecen
En grutas coronadas
De pámpanos silvestres.
Desde tan bella estancia,

¡Cuántas y cuántas veces,
Al son de dulces flautas
Y sonoros rabeles,
Oíré a los pastores
Que discretos contienden,
Publicando en sus versos
Amores inocentes!
Como el que ya diviso
Entre el ramaje verde
A la pastora Nise,
Que al lado de una fuente,
Sentada al pie de un olmo,
Una guirnalda teje.
¿Si será para Mopso? —
Tanto al joven entiende
Su loca fantasía,
Que ya al fin se resuelve,
Y en Zagal disfrazado
En los bosque se mete.
A un rabadán encuentra,
Y le pregunta alegre:
— *Dime: ¿Es de Melibeo
Ese ganado?* — ¡Miente,
Que es mío! ¡Y, sobre todo,
Sea de quien se fuere! —
Me respondió el buen hombre
Muy poéticamente.
El joven, temeroso
De que tal vez le diese
Con el fiero garrote
Que por cayado tiene,
Sin chistar más palabra
Huyó bonitamente.
Marchaba pensativo,
Cuando quiso la suerte
Que, cogiendo bellotas,

A la pastora viese.
 — ¡Oh Nise fementida!,
 Exclama. ¡Cuántas veces,
 Siendo niña, querías
 Que yo te recogiese
 La fruta con rocío
 De mis manzanos verdes! —
 Diciendo así, se acerca;
 La moza se revuelve
 Y, dándole un bufido,
 En las breñas se mete.
 Sorprendido el mancebo,
 Dice: — ¿Qué me sucede?
 ¿Son éstos los pastores
 Discretos, inocentes,
 Que pintan los poetas
 Tan delicadamente?
 ¡A nuevos desengaños
 Ya no quiero exponerme! —
 Rendido, caviloso,
 A la ciudad se vuelve.

*Yo siento a par del alma
 Que no se detuviese
 A disfrutar un poco
 De la vida campestre.
 Por mi fe, que las migas,
 El pastoril albergue,
 El rigor del verano,
 Los hielos y las nieves
 Le hubieran persuadido
 Mucho más vivamente
 Que es un solemne loco
 Todo aquel que creyere
 Hallar en la experiencia
 Cuanto el hombre nos pinta con deleite.*



XVII

EL JOVEN FILÓSOFO Y SUS COMPAÑEROS

Un Joven, educado
Con el mayor cuidado
Por un viejo, filósofo profundo,
Salió por fin a visitar el mundo.
Concurrió cierto día,
Entre civil y alegre compañía,
A una mesa abundante y primorosa.
— ¡Espectáculo horrendo! ¡Fiera cosa!
¡La mesa de cadáveres cubierta
Y là vista del hombre! ¡Y éste acierta
A comer los despojos de la muerte! —
El Joven declamaba de esta suerte.
Al son de filosóficas razones
Devorando perdices y pichones
Le responden algunos concurrentes:

— Si usted ha de vivir entre las gentes,
 Deberá hacerse a todo. —
 Con un gracioso modo,
 Alabando el bocado de exquisito,
 Le presentan un gordo pajarito..
 — Cuanto usted ha exclamado será cierto;
 Mas, en fin, le decían, ya está muerto.
 ¡Pruébelo, por su vida! Considere
 Que otro lo comerá si no lo quiere. —
 La ocasión, las palabras, el ejemplo
 Y, según yo contemplo,
 Yo no sé qué olorcillo
 Que exhalaba el caliente pajarillo,
 Al Joven persuadieron de manera
 Que al fin se lo comió. — ¡Quién lo dijera!
 ¡Haber yo devorado a un inocente! —
 Así clamaba, pero friamente.
 Lo cierto es que, llevado de aquel cebo,
 Con más facilidad cayó de nuevo.
 Lo ocasión se repite
 De uno en otro convite,
 Y de una codorniz a una becada,
 Llegó el Joven, al fin de la jornada,
 Olvidando sus máximas primeras,
 A ser devorador como las fieras.

*De esta suerte los vicios se insinúan,
 Crecen, se perpetúan
 Dentro del corazón de los humanos,
 Hasta ser sus señores y tiranos.
 Pues ¿qué remedio? ¡Incautos jovencitos,
 Cuenta con los primeros pajaritos!*



La Gata con cascabeles.

XVIII

LA GATA CON CASCABELES

Salió cierta mañana
Zapaquilda al tejado
Con un collar de grana,
De pelo y cascabeles adornado.
Al ver tal maravilla,
Del alto corredor y la guardilla
Van saltando los gatos de uno en uno.
Congrégase al instante
Tal congreso gatuno
En torno de la dama rozagante,
Que entre flexibles colas arboladas
Apenas divisarla se podía.
Ella, con mil monadas,
El cascabel parlero sacudía;
Pero, cesando al fin el sonsoñete,
Dijo que por juguete
Quitó el collar al perro su señora
Y se lo puso a ella.
Cierto que *Zapaquilda* estaba bella.
A todos enamora;
Tanto, que la gatesca compañía,
Cuál dice su atrevido pensamiento,

Cuál se encrespa celoso,
Riñen éste y aquél con ardimiento,
Pues con ansia quería
Cada gato soltero ser su esposo.
Entre los arañazos y maullidos
Levántase *Garraf*, gato prudente,
Y a los enfurecidos
Les grita: — Noble gente,
¿Gata con cascabeles por esposa?
¿Quién pretende tal cosa?
¿No veis que el cascabel la caza ahuyenta
Y que la dama hambrienta
Necesita, sin duda, que el marido,
Ausente y aburrido,
Busque la provisión en los desvanes,
Mientras ella, cercada de galanes,
Porque el mundo la vea,
De tejado en tejado se pasea? —
Marchóse *Zapaquilda* convencida,
Y lo mismo* quedó la concurrencia.

*¡Cuántos chascos se llevan en la vida
Los que no miran más que la apariencia!*

XIX

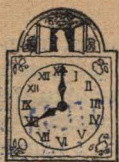
EL ELEFANTE, EL TORO, EL ASNO
Y LOS DEMÁS ANIMALES

Los mansos y los fieros animales,
A que se remediasen ciertos males
Desde los bosques llegan,
Y en la rasa campaña se congregan.
Desde la más pelada y alta roca
Un asno trompetero los convoca.
El concurso, ya junto,
Instruído también en el asunto
(Pues a todos por Júpiter previno
Con cédula *ante diem* el pollino),
Imponiendo silencio el Elefante,
Así dijo: — Señores: es constante
En todo el vasto mundo
Que yo soy en lo fuerte sin segundo.
Los árboles arranco con la mano,
Venzo al león, y es llano
Que un golpe de mi cuerpo en la muralla
Abre sin duda brecha. A la batalla
Llevo todo un castillo guarnecido:
En la paz y en la guerra soy temido
Por un bruto invencible,
No sólo por mi fuerza irresistible,
Por mi gordo colete y grave masa
Que hace temblar la tierra donde pasa.
Mas, señores, con todo lo que cuento,
Sólo de vegetales me alimento;
Y como a nadie daño, soy querido,
Mucho más respetado que temido.

Aprened, pues, de mí, crueles fieras,
Las que hacéis profesión de carniceras,
Y no hagáis, por comer, atroces muertes,
Puesto que no seréis ni menos fuertes
Ni menos respetadas,
Sino muy estimadas
De grandes y pequeños animales
Viviendo, como yo, de vegetales.
— ¡Gran pensamiento, dicen, gran discurso! —
Ya nadie se le opone del concurso.
Habló después un Toro del Jarama;
Escarba el polvo, cabecea, brama.
— ¡Vengan, dice, los lobos y los osos,
Si son tan poderosos,
Y en el circo verán con qué donaire
Les haré que volteen por el aire!
¡Qué! ¿Son menos gallardos y valientes
Mis cuernos que sus garras y sus dientes?
¿Pues por qué los villanos carniceros
Han de comer mis vacas y terneros?
Y si no se contentan
Con las hojas y hierbas que alimentan
En los bosques y prados
A los más generosos y esforzados,
Que muerdan de mis cuernos al instante,
O si no, de la trompa al Elefante. —
La asamblea aprobó cuanto decía
El Toro con razón y valentía.
Seguíase a los dos en el asiento,
Por falta de buen orden, el Jumento,
Y con rubor expuso sus razones:
— Los milanos, prorrumpe, y los halcones
(No ofendo a los presentes, ni siquiera),
Sin esperar tampoco a que me muera,
Hallan para sus uñas y su pico
Estuche entre los lomos del borrico.

Ellos querrán ahora, como bobos,
 Comer la hierba a los señores lobos.
 Nada menos: aprendan los malditos
 De las chochaperdices o chorlitos,
 Que, sin hacer a los jumentos guerra,
 Envainan sus picotes en la tierra,
 Y viva todo el mundo santamente,
 Sin picar ni morder en lo viviente.
 — ¡Necedad, disparate, impertinencia!,
 Gritaba aquí y allá la concurrencia.
 — ¡Haya silencio, claman, haya modo! —
 Alborótase todo;
 Crece la confusión, la grito crece:
 Por más que el Elefante se enfurece.
 Se deshizo en desorden la asamblea.
 ¡Adiós gran pensamiento, adiós idea!

*Señores animales, yo pregunto:
 ¿Habló el Asno tan mal en el asunto?
 ¿Discurrieron tal vez con más acierto
 El Elefante y Toro? No por cierto.
 Pues ¿por qué solamente al buen pollino
 Le gritan: ¡Disparate, desatino!?
 Porque nadie en razones se paraba,
 Sino en la calidad de quien hablaba.
 Pues, amigo Elefante, no te asombres:
 Por la misma razón entre los hombres
 Se desprecia una idea ventajosa.
 ¡Qué preocupación tan peligrosa!*



FIN



BIBLIOTECA NACIONAL
DE MAESTROS



INDICE

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas.</u>
A los Caballeros Alumnos del Real Seminario Patriótico Vascongado.....	7

LIBRO PRIMERO

I.—El Muchacho y la Fortuna.....	10
II.—El Asno y el Cochino.....	11
III.—La Cigarra y la Hormiga.....	12
IV.—El Águila y el Escarabajo.....	14
V.—El León vencido por el Hombre.....	17
VI.—La Zorra y el Busto.....	18
VII.—La Codorniz.....	19
VIII.—El Ratón de la corte y el del campo.....	20
IX.—El Herrero y Perro.....	22
X.—La Zorra y la Cigüeña.....	25
XI.—El Leopardo y las Monas.....	26
XII.—El Ciervo en la fuente.....	28
XIII.—El León y la Zorra.....	30
XIV.—La Cierva y el Cervato.....	32
XV.—La Serpiente y la Lima.....	34

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas.</u>
XVI.—Las Moscas.....	35
XVII.—El Labrador y la Cigüeña.....	37
XVIII.—Los dos Amigos y el Oso.....	38
XIX.—El Águila, la Gata y la Jabalina.....	40
XX.—El Calvo y la Mosca.....	42
A D. Javier María de Munive e Idiáquez.....	44

LIBRO SEGUNDO

I.—El León con su ejército.....	47
II.—La Lechera.....	49
III.—El Asno sesudo.....	52
IV.—El Águila, la Corneja y la Tortuga.....	54
V.—El Lobo y la Cigüeña.....	56
VI.—El Hombre y la Culebra.....	57
VII.—El Zagal y las Ovejas.....	58
VIII.—El Pájaro herido de una flecha.....	59
IX.—El Pescador y el Pez.....	60
X.—El Gorrión y la Liebre.....	61
XI.—El Charlatán.....	62
XII.—Júpiter y la Tortuga.....	64
XIII.—El Milano y las Palomas.....	65
XIV.—Las dos Ranas.....	66
XV.—Las Ranas pidiendo Rey.....	69
XVI.—El Parto de los Montes.....	71
XVII.—El Asno y el Caballo.....	72
XVIII.—El Cordero y el Lobo.....	74
XIX.—Las Cabras y los Chivos.....	76
XX.—El Caballo y el Ciervo.....	78
A D. Tomás de Iriarte.....	80

LIBRO TERCERO

Fábulas.

Páginas.

I.—El Águila y el Cuervo.....	82
II.—Los animales con peste.....	84
III.—El León envejecido.....	88
IV.—La Zorra y la Gallina.....	91
V.—El Milano enfermo.....	92
VI.—La Cierva y el León.....	93
VII.—El León enamorado.....	94
VIII.—El Congreso de los Ratones.....	97
IX.—El Lobo y la Oveja.....	98
X.—El Hombre y la Pulga.....	100
XI.—El Cuervo y la Serpiente.....	101
XII.—El Asno y las Ranas.....	102
XIII.—El Asno y el Perro.....	105
XIV.—El Charlatán y el Rústico.....	106
XV.—El León y el Asno cazando	108

LIBRO CUARTO

I.—La Mona corrida.....	110
II.—El Asno y Júpiter.....	112
III.—El Cazador y la Perdiz.. ..	114
IV.—El Enfermo y el Médico.....	115
V.—El Viejo y la Muerte.....	116
VI.—La Zorra y las Uvas.....	119
VII.—La Cierva y la Viña.....	120
VIII.—El Asno cargado de reliquias.....	122
IX.—Los dos Machos.....	123
X.—El Cazador y el Perro.....	124
XI.—La Tortuga y el Águila.....	126
XII.—El León y el Ratón.....	128

Fábulas.Páginas.

XIII.—Las Liebres y las Ranas.....	129
XIV.—El Gallo y el Zorro.....	130
XV.—El León y la Cabra.....	132
XVI.—La Onza y los Pastores.....	134
XVII.—El Hacha y el Mango.....	136
XVIII.—El Hombre y la Comadreja.....	137
XIX.—El Grajo vano.....	139
XX.—Batalla de las Comadreas y los Ratones...	140
XXI.—El Ciervo y los Bueyes.....	142
XXII.—El León y la Rana.....	144
XXIII.—Los Navegantes.....	145
XXIV.—El Torrente y el Río.....	146
XXV.—El León, el Lobo y la Zorra.....	148

LIBRO QUINTO

I.—Los Ratones y el Gato.....	151
II.—El Asno y el Caballo.....	153
III.—El Asno y el Lobo.....	154
IV.—El Labrador y la Providencia.....	156
V.—El Asno vestido de León.....	158
VI.—La Gallina de los huevos de oro.....	159
VII.—Los Cangrejos.....	160
VIII.—Las Ranas sedientas.....	162
XI.—El Cuervo y el Zorro.....	164
X.—Un Cojo y un Picarón.....	166
XI.—El Carretero y Hércules.....	168
XII.—La Zorra y el Chivo.....	169
XIII.—Los dos Gallos.....	171
XIV.—La Mona y la Zorra.....	172
XV.—El Lobo, la Zorra y el Mono juez.....	174

FÁBULAS

Fábulas.

Páginas.

XVI.—La Gata mujer.....	175
XVII.—La Leona y el Oso.....	176
XVIII.—El Lobo y el Perro flaco.....	178
XIX.—La Oveja y el Ciervo.....	180
XX.—La Alforja.....	181
XXI.—El Asno infeliz.....	182
XXII.—El Jabali y la Zorra.....	183
XXIII.—La Comadreja y los Ratones.....	184
XXIV.—El Lobo y el Perro.....	187
XXV.—El Perro y el Cocodrilo.....	189

LIBRO SEXTO

I.—El Pastor y el Filósofo.....	190
II.—El Hombre y la Fantasma.....	194
III.—El Jabalí y el Carnero.....	196
IV. • La Mujer, el Raposo y el Gallo.....	198
• V.—El Filósofo y el Rústico.....	200
VI.—El Enfermo y la Visión.....	202
VII.—El Camello y la Pulga.....	204
VIII.—El Cerdo, el Carnero y la Cabra.....	206
IX.—El León, el Tigre y el Caminante.....	208
X.—La Pava y la Hormiga.....	210
XI.—La Muerte.....	213
XII.—El Amor y la Locura.....	214

LIBRO SÉPTIMO

I.—El Raposo enfermo.....	217
II.—Demetrio y Menandro.....	219
III.—Las exequias de la Leona.....	220

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas.</u>
IV.—El Poeta y la Rosa.....	222
V.—El Buho y el Hombre.....	224
VI.—La Mona.....	227
VII.—Esopo y un Ateniense.....	228
VIII.—Los Gatos escrupulosos.....	230
De otro modo.....	232
IX.—Las Hormigas.....	233
X.—El Águila y la Asambrea de los animales..	234
XI.—El Chivo afeitado.....	237
XII.—La Paloma.....	239

LIBRO OCTAVO

I.—El naufragio de Simónides.....	240
II.—El Filósofo y el Faisán.....	243
III.—El Filósofo y la Pulga.....	246
IV.—El Cazador y los Conejos.....	248
V.—El Murciélago y la Comadreja.....	250
VI. El Zapatero médico.....	252
VII.—La Mariposa y el Caracol.....	253
VIII.—Los dos Titiriteros.....	256
IX.—El Raposo y el Perro.....	259

LIBRO NOVENO

I. La Danza pastoril.....	262
II.—Los dos Perros.....	264
III.—La Moda.....	266
IV.—El Lobo y el Mastín.....	268
V.—El Gato y las Aves.....	271
VI.—Los dos Cazadores.....	273

FÁBULAS

<u>Fábulas.</u>	<u>Páginas.</u>
VII.—El Viejo y el Chalán.....	274
VIII.—La Hermosa y el Espejo.....	277
IX.—El Ladrón.....	279
X.—El Ruiseñor y el Mochuelo.....	280
XI.—El Amo y el Perro.....	282
XII.—El Pastor.....	285
XIII.—El Gato y el Cazador.....	286
XIV.—El Tordo flautista.....	288
XV.—El Raposo y el Lobo.....	290
XVI.—El Ciudadano pastor.....	293
XVII.—El Joven filósofo y sus compañeros.....	296
XVIII.—La Gata con cascabeles.....	299
XIX.—El Elefante, el Toro, el Asno y los demás animales.....	301

6192328



EL PENSAMIENTO INFANTIL

MÉTODO COMPLETO DE LECTURA CONFORME A LA
INTELIGENCIA DE LOS NIÑOS, DISPUESTO POR

SATURNINO CALLEJA

1.^a PARTE. - INSTRUIR DELEITANDO. - Libro de
lectura basado en el SISTEMA ICONOGRÁFICO. - Un tomo
de 128 páginas, con 566 grabados. - DOS EDICIONES:

EN TIPO MANUSCRITO

DOCENA: En pasta flexible.....	9,00 pesetas.
» » pasta dura al cromo.....	15,00 »

EN TIPO DE IMPRENTA

DOCENA: En pasta flexible.....	9,00 pesetas.
» » dura al cromo.....	15,00 »
» » edición de lujo.....	24,00 »

2.^a PARTE.- LENGUAJE DE LOS NIÑOS.
(Ejercicios de lectura). - Un tomo de 280 páginas, con 800
grabados. - DOCENA: En pasta al cromo, 16,80 pesetas.

3.^a PARTE.- LOS DEBERES DE LOS NIÑOS.
(Lecciones de cosas). - Un tomo de 306 páginas y gran
ilustración. - DOCENA: En pasta al cromo, 18,00 pesetas.

4.^a PARTE. - ENCICLOPEDIA PARA NIÑOS.

(Conocimientos generales sobre diversas materias). - Un tomo de 306 páginas y gran ilustración. - DOCENA: En pasta al cromo, **27,00** pesetas.

5.^a PARTE. - LECTURA DE VERSOS Y MANUSCRITOS. - Un tomo de 358 páginas. - DOCENA:

En pasta al cromo, **24,00** pesetas.

6.^a PARTE. - EL GRÁFICO. - (Lecciones de cosas). - Un tomo de 442 páginas y 1.200 grabados. - DOCENA: En pasta al cromo, **21,00** pesetas.

7.^a PARTE. - RECUERDOS DE ESPAÑA.

(Descripción y noticias de sus regiones). - Un tomo de 378 páginas con gran ilustración. - DOCENA: En pasta al cromo, **21,00** pesetas.

8.^a PARTE. - EL INGENIOSO HIDALGO DON QUIJOTE DE LA MANCHA, POR CERVANTES. - Un tomo de 682 páginas con grandes ilustraciones. - DOCENA: En pasta al cromo, **30,00** pesetas.

LECCIONES DE UNA MADRE

MÉTODO COMPLETO DE LECTURA
PARA NIÑAS, DISPUESTO POR

SATURNINO CALLEJA

LIBRO 1.^o - INSTRUIR DELEITANDO. - Un tomo de 128 páginas con 566 grabados. - DOS EDICIONES:

IMPRESO Y MANUSCRITO

EJEMPLAR: En pasta al cromo, 1,25 pesetas. En pasta flexible, 0,75 pesetas.

LIBRO 2.^o - LA BUENA JUANITA. - (Libro de lectura). - Un tomo de 256 páginas con infinidad de ilustraciones. - EJEMPLAR: En pasta al cromo, 1,40 pesetas.

LIBRO 3.^o - LA PERLA DEL HOGAR. - (Selección de conocimientos generales). - Un tomo de 254 páginas profusamente ilustrado. - EJEMPLAR: En pasta al cromo, 1,40 pesetas.

LIBRO 4.^o - CARMENCITA O EL AÑO CRISTIANO. - (Lecciones de cosas). - Un tomo de 560 páginas con gran ilustración. - En prensa nueva edición.

LIBRO 5.^o - LECTURA DE VERSOS Y MANUSCRITOS. - Un tomo de 358 páginas. - EJEMPLAR: En pasta al cromo, 2,00 pesetas.

EL INSTRUCTOR

MÉTODO DE LECTURA, POR

JIMÉNEZ AROCA

1.^a PARTE. - CATÓN DE LOS NIÑOS. - Un tomo de 109 páginas con 53 grabados.

Edición económica, en papel satinado.-DOCENA 7,80 pts.

» corriente, reformada.....	» 15,00 »
» de lujo	» 24,00 »

ESTA PRIMERA PARTE SE VENDE TAMBIÉN EN LOS SIGUIENTES

SILABARIOS O CARTILLAS

SILABARIO 1.^o - Un tomo de 30 páginas con grabados y cubiertas en colores. - DOCENA, 0,90 pesetas.

SILABARIO 2.^o - Un tomo de 36 páginas con gran ilustración y cubierta en colores. - DOCENA, 1,45 pesetas.

SILABARIO 3.^o - Un tomo de 36 páginas con gran ilustración y cubierta en colores. - DOCENA, 1,45 pesetas.

2.^a PARTE.-FRASES Y CUENTOS.-(DOS EDICIONES)

CORRIENTE: Un tomo de 222 páginas con grabados y encuadernado al cromo.-DOCENA, 15,00 pesetas.-ECONÓ-

MICA: Un tomo de 208 páginas, adornado con 36 láminas y sólida encuadernación al cromo.-DOCENA, 10,80 pesetas.

3.^a PARTE. - CUENTOS DEL ABUELO. - (DOS

EDICIONES). - **CORRIENTE:** Un tomo de 320 páginas con grabados y encuadernado al cromo.-DOCENA: 21,00 pese-

tas.-ECONÓMICA: Un tomo de 190 páginas, 90 grabados y encuadernado al cromo. - DOCENA, 10,80 pesetas.

OBRAS VARIAS

DEL CATÁLOGO DE LIBROS ESCOLARES

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

GRAMÁTICA CASTELLANA. - Un tomo de 148 páginas, en pasta, con cubierta a dos tintas.-DOCENA, 7,20 pesetas.

P. GÓMEZ

HISTORIA SAGRADA, 2.º GRADO.

Un tomo con 214 páginas y 20 láminas en pasta al cromo.
DOCENA, 15,00 pesetas.

CALLEJA

ARITMÉTICA RAZONADA, 2.º GRADO.

Un tomo de 294 páginas, en pasta, con cubierta en tricolor. - DOCENA, 15,00 pesetas.

CALLEJA

GEOMETRÍA PLANA Y DEL ESPACIO,

2.º GRADO. - Un tomo de 194 páginas, 208 grabados en pasta con cubierta tricolor.-DOCENA, 15,00 pesetas.

CALLEJA

GEOGRAFÍA PARA USO DE LOS NIÑOS.

Un tomo con 208 páginas y más de 1.000 grabados en pasta al cromo. - DOCENA, 12,00 pesetas.

CALLEJA

NOCIONES DE HISTORIA DE ESPAÑA,

Un tomo con 190 páginas y gran ilustración, en pasta al cromo. - DOCENA, 12,00 pesetas.

